

JAMES MARTIN

# TENDER UN PUENTE

Cómo la  
**IGLESIA CATÓLICA**  
y la **COMUNIDAD LGBTI**  
pueden entablar una relación de  
respeto, compasión y sensibilidad

JAMES MARTIN



Cómo la  
**IGLESIA CATÓLICA**  
y la **COMUNIDAD LGBTI**  
pueden entablar una relación de  
respeto, compasión y sensibilidad

COLECCIÓN  
TESTIMONIO 11

JAMES MARTIN, SJ

# Tender un puente

---

*Cómo la Iglesia Católica  
y la comunidad LGBTI  
pueden entablar una relación  
de respeto, compasión y sensibilidad*

MENSAJERO

# *Índice*

---

Portada

Agradecimientos

Introducción a la edición revisada y aumentada

¿Por qué escribo?

Primera parte: Un puente de doble sentido → ←

Respeto →

Compasión →

Sensibilidad →

Respeto ←

Compasión ←

Sensibilidad ←

Juntos sobre el puente

Segunda parte: Pasajes bíblicos para la reflexión y la meditación

Sobre los nombres

Diferentes dones

Cuidar de quienes son perseguidos

Jesús se encuentra con la gente allí donde esta se encuentre

Habéis sido «maravillosamente creados»

Dios es tu fuerza

Jesús proclama su identidad

Jesús llama a Pedro

Jesús y la mujer samaritana

Cristo Resucitado se aparece a María Magdalena

El camino de Emaús

Tercera parte: Una oración para cuando me siento rechazado  
Una oración para cuando me siento rechazado

Cuarta parte: Preguntas para la reflexión personal o en grupo  
Introducción a la edición revisada y ampliada

¿Por qué escribo?

Un puente de doble sentido

El «primer carril»: de la Iglesia a los católicos lgbti  
Respeto

Compasión

Sensibilidad

El «segundo carril»: de los católicos lgbti a la Iglesia  
Respeto

Compasión

Sensibilidad

Juntos sobre el puente

Pasajes bíblicos para la reflexión y la meditación  
Una oración para cuando me siento rechazado

Últimas preguntas

Valoraciones positivas de la primera edición de «Tender un puente»

Notas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO

a través de la red:

[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono:

+34 91 702 1970 / +34 93 272 0447

Título original:  
*Building a Bridge.*  
*How the Catholic Church and the LGBT Community*  
*Can Enter into a Relationship*  
*of Respect, Compassion and Sensibility*  
by JAMES MARTIN, SJ

Publicado mediante acuerdo con Harper One,  
an imprint of Harper Collins Publishers.  
195 Broadway, New York, NY  
[www.harpercollins.com](http://www.harpercollins.com)

Revised and Expanded Edition  
Copyright © 2018 by James Martin, SJ.

*Traducción:*  
Jesús García-Abril, SJ

© Ediciones Mensajero, 2018  
Grupo de Comunicación Loyola  
C. Padre Lojendio, 2  
48008 Bilbao – España  
Tfno.: +34 944 470 358 / Fax: +34 944 472 630  
[info@gcloyola.com](mailto:info@gcloyola.com) / [www.gcloyola.com](http://www.gcloyola.com)

*Diseño de cubierta:*  
Vicente Aznar Mengual, SJ

Edición Digital  
ISBN: 978-84-271-4206-0

*Dedicado a todas las personas LGBTI  
y a sus familiares y amigos  
que han compartido conmigo  
sus gozos y sus esperanzas,*

«Fuiste Tú quien  
creó mis entrañas;

Tú me tejiste  
en el seno de mi madre.

Te doy gracias  
por tantas maravillas:

prodigo soy,  
prodigios son tus obras».

(SALMO 139,13-14)

## **Jesús de los rincones**

por PÁDRAIG Ó TUAMA

---

«*Entonces, volviéndose hacia la mujer,  
dijo a Simón:  
“¿Ves a esta mujer?”»*

(Lucas 7,44)

«*Jesús de los rincones,*

*Tú ves a todos:  
los del centro  
y los de los márgenes.*

*Guíanos a todos los rincones  
de nuestro ancho mundo,*

*Pues, cuando viniste a nosotros,  
descubriste vida y amor  
en las historias  
que otros desconocían.*

*Amén».*

## *Agradecimientos*

---

**S**ON muchas las personas que han contribuido a la publicación de este libro, y a todas ellas les estoy sumamente agradecido.

Ante todo, quisiera mostrar mi agradecimiento a *New Ways Ministry* («El Ministerio de Nuevos Modos») –en especial a la Hermana Jeannine Gramick, SL, y a Francis DeBernardo– por invitarme a pronunciar la conferencia en la que se basa la primera parte de este libro. Quisiera también dar las gracias a los PP. John Cecero, SJ, y Robert Hussey, SJ, superiores provinciales de las provincias jesuíticas del Nordeste y de Maryland, respectivamente, y al P. Matt Malone, SJ, presidente y jefe de redacción de *America Media*, por su apoyo a la citada conferencia y a este libro. A mi Provincial jesuita, el P. Cecero, le agradezco también su aprobación eclesiástica para la publicación del libro.

Gracias también a mis hermanos jesuitas que durante todos estos años me han apoyado en mi servicio, por iniciativa propia, a la comunidad LGBTI. No soy yo, ni de lejos, el único jesuita que ejerce este tipo de ministerio. Estoy igualmente agradecido a todos mis hermanos que, de muchas y hermosas maneras, me han ayudado a publicar este libro.

Gracias a los pioneros en este ministerio, como la Hermana Jeannine, co-fundadora, junto al P. Robert Nugent, de *New Ways Ministry*, y a John McNeill, antiguo sacerdote jesuita y autor de *The Church and the Homosexual*, un controvertido libro que, sin embargo, fue publicado con aprobación eclesiástica en 1976. El P. Nugent falleció en 2014, y John McNeill en 2015. Tanto ellos dos como la Hermana Jeannine sufrieron de diferentes maneras a causa de su ministerio.

Quiero agradecer también a monseñor John Strynkowski; James Alison; William A. Barry, SJ; James F. Keenan, SJ; Michael O'Loughlin; Arthur Fitzmaurice; Xorje Olivares y Dan De Brakeleer sus comentarios tanto sobre la conferencia como sobre el manuscrito. Gracias a Joseph McAuley (*America*) y a Heidi Hill por su cuidadosa labor de verificación de datos. Gracias a Mickey Maudlin, Mark Tauber, Anna Paustenbach, Noël Chrisman, Ann Moru, Mary Grangeia, Diana Stirpe, Melinda Mullin y Adia Colar, de *Harper-One*, por sus minuciosas revisiones y sugerencias y por su apoyo a este libro. Gracias a Donald Cutler por ser un agente literario tan extraordinariamente alentador. Gracias a Adrian Morgan por la atractiva cubierta del libro. Y gracias a Ivan y Marcos Überti por su amistad y su apoyo.

Pero, por encima de todo, quiero dar las más efusivas gracias a los numerosos católicos LGBTI que han compartido conmigo sus experiencias de cómo ha actuado Dios en sus vidas. Ellos me han mostrado lo que significa haber sido «maravillosamente creados».

## *Introducción a la edición revisada y aumentada*

---

DESDE que se publicó la primera edición de *Building a Bridge*, he tenido la fortuna y la oportunidad de hablar en numerosas parroquias, facultades, casas de retiro y congresos, así como con muchas personas LGBTI [1], con sus padres y madres, con sus hermanos y hermanas, con sus amigos y vecinos. Muchos de estos encuentros han sido para mí profundamente emotivos, porque muchas personas han compartido conmigo sus historias personales: historias de sufrimiento y de lucha, de perseverancia y esperanza, de dudas y de fe.

En cada uno de esos encuentros he aprendido algo nuevo.

Al mismo tiempo, he hablado también con cardenales, obispos, sacerdotes y otros dirigentes eclesiásticos, incluidos agentes de pastoral y colaboradores parroquiales laicos, acerca de su reacción al leer el libro.

Todas estas conversaciones, así como recensiones del libro, cartas de lectores y mensajes recibidos a través de las redes sociales, me han animado a ampliar el libro con las ideas que he ido incorporando a lo largo del camino.

Permítaseme mencionar cinco ideas concretas que me han resultado de gran ayuda.

\* \* \*

*La primera:* poco después de la publicación del libro, constaté algo que tal vez no sorprenda a algunos lectores. Que el ministerio con las personas LGBTI no es simplemente para un número relativamente pequeño de católicos que son LGBTI, sino para un grupo mucho más numeroso.

En principio, el libro iba dirigido a dos clases de público: católicos LGBTI y funcionarios eclesiásticos. Pero después de casi todas las charlas, conferencias o retiros, había personas que me decían cosas como estas: «Mi hija es lesbiana y no ha pisado la iglesia en muchos años, y estoy deseando regalarle su libro». Eran especialmente padres y madres quienes se me acercaban para contarme sus respectivas historias, que casi siempre eran edificantes y sumamente instructivas. Además, he escuchado a abuelas y abuelos, tíos y tíos, hermanas y hermanos, sobrinas y sobrinos, así como a vecinos, amigos, compañeros de vivienda o de trabajo, etcétera, etcétera.

Por consiguiente, muchas más personas de lo que yo había supuesto se ven afectadas por este asunto. Y el número de las mismas no para de crecer. Cuantos más católicos no se sienten incómodos hablando de su sexualidad e identidad, tanto mayor es el número de familias católicas que se sienten afectadas por temas de LGBTI. Y cuantas más familias acuden esperanzadas a sus parroquias, tanto mayor es el número de sacerdotes y agentes de pastoral que se sienten igualmente afectados, al igual que el número de obispos y de responsables diocesanos. Así, poco a poco, la Iglesia entera se siente afectada por el asunto.

Lo primero que constaté, pues, fue que el ministerio con los católicos LGBTI es un ministerio no solo dirigido a esas personas, sino a toda la Iglesia. Y cada vez más. Así mismo, aunque este libro ha sido escrito ante todo para católicos, albergo la esperanza de que muestre ser útil también para todos los cristianos que tratan de acoger a las personas LGBTI en sus iglesias.

\* \* \*

*La segunda:* constaté también que debía ser más claro acerca de un tema muy concreto, a saber, en quién recae la responsabilidad de «tender el puente». La primera edición de este libro lo daba a entender indirectamente, aunque no de un modo directo, porque pensaba yo que era obvio.

Permítaseme, pues, decirlo con mayor claridad: a la iglesia institucional le compete la principal responsabilidad del ministerio del diálogo y la reconciliación, porque es la iglesia institucional la que ha hecho sentirse marginados a los católicos LGBTI, y no al revés. Es cierto que determinadas acciones públicas de algunos grupos LGBTI han apuntado directamente a la iglesia institucional y han provocado fuertes reacciones; pero, si hablamos de marginación, es al clero y a otros eclesiásticos a quienes compete la responsabilidad.

\* \* \*

*La tercera:* algunos lectores se preguntaban por qué había dejado de tratar dos cosas en el libro, a saber: a) la doctrina de la iglesia sobre las relaciones y el matrimonio entre personas del mismo sexo; y b) la crisis padecida en la iglesia en relación con los abusos sexuales.

A este último tema –los abusos sexuales– me referí únicamente de soslayo en la primera edición. Algunos me han preguntado por qué no abordé el tema en profundidad, dado que era una importante razón por la que muchas personas LGBTI habían abandonado la iglesia, sobre todo porque tenían la sensación de que algunos de sus dirigentes mostraban su hipocresía al criticar la actividad sexual LGBTI a la vez que se mostraban más comprensivos con los abusos sexuales por parte del clero. (En la primera edición, al igual que en esta, cito a un hombre gay que manifiesta este sentimiento). Tal sensación, naturalmente, es compartida también por muchas personas heterosexuales.

Pero no traté intencionadamente sobre la crisis de los abusos del clero y los delitos de abusos sexuales, y no porque tuviera miedo de abordar el tema (he escrito sobre él en otros lugares), sino porque un tema tan fundamental merecía un tratamiento más amplio que el que permite un pequeño libro. No quise abordarlo porque merece un tratamiento exhaustivo que excede la finalidad de este libro.

El no haber tratado extensamente sobre las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo fue también algo pretendido, porque la postura de la Iglesia Católica al respecto está muy clara: tales relaciones no pueden permitirse. Al mismo tiempo, la postura de la comunidad católica LGBTI es igualmente clara: las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo forman parte de sus vidas. (Me refiero a la mayoría de los católicos LGBTI, no al número relativamente escaso de los mismos que piensan de otra manera). Teológicamente hablando, pude decirse que esta doctrina no ha sido «recibida» por la comunidad católica LGBTI, a la que iba fundamentalmente dirigida.

Por eso decidí a propósito no tratar el asunto en absoluto, dado que se trata de un terreno en el que ambas partes están, simplemente, excesivamente distanciadas. Lo mismo puede decirse del matrimonio entre personas del mismo sexo: es un tema en el que la iglesia institucional y la mayoría de la comunidad LGBTI se muestran demasiado distantes. En la presente edición, me atengo expresamente a la doctrina del *Catecismo* sobre la sexualidad LGBTI (y, más concretamente, sobre la homosexualidad); pero, una vez más, no entro en un estudio a fondo, porque prefiero hacerlo en aquellas áreas en las que es más posible que exista una cierta coincidencia.

Igualmente, tampoco es este libro un tratado de teología moral ni una reflexión sobre la moralidad sexual de las personas LGBTI. Yo no soy un teólogo moral. Además, no todo tiene que ver con el sexo. Este es, ante todo, un libro acerca del diálogo y la oración.

\* \* \*

*La cuarta:* me gustaría abordar la cuestión del odio. Mientras que la inmensa mayoría de los lectores –en especial personas LGBTI y sus familiares– han expresado, a veces con profunda emoción, su agradecimiento por el libro, este desencadenó en algunos sectores de la iglesia un verdadero torrente de odio. La mayoría de las expresiones de intolerancia aparecieron en medios de

comunicación, pero también en otros ámbitos pude comprobar cómo la mera idea de acoger a personas LGBTI daba origen a los comentarios más homófobos y rebosantes de odio que pueda imaginarse. Naturalmente, yo ya me esperaba que el libro iba a suscitar críticas, pero la intensidad del odio me pilló por sorpresa.

En general, pude anticipar cuáles serían las reacciones críticas más razonadas: algunos católicos LGBTI dirían que me había quedado demasiado corto; algunos obispos y otros eclesiásticos dirían que había ido demasiado lejos. Tal es la naturaleza del diálogo y de la invitación a la gente a conversar... encima del puente, si se quiere.

Gran parte de las críticas y del debate ha sido útil, constructiva y desafiante en el mejor de los sentidos. Y, personalmente, he aprendido mucho de quienes se han mostrado críticos conmigo. Muchas de sus preguntas me han orientado a la hora de redactar esta nueva edición.

Algunas de las críticas, sin embargo, no han sido ni útiles ni constructivas: en ocasiones, como ya he dicho, han rezumado odio. Lo cual sirve de vívido recordatorio de hasta qué punto la homofobia sigue campando a sus anchas en la iglesia y en la sociedad, así como de lo traicioneras que pueden ser las aguas que fluyen bajo el puente. A veces resultaba difícil estar al tanto de los ataques que se producen *online*; pero los comentarios rebosantes de odio y los ataques personales quedaban en su debida perspectiva después de unos cuantos minutos con personas LGBTI y sus familiares. Tan solo unas pocas lágrimas de un católico LGBTI compensaban con creces todo un océano de furibundos ataques.

¿De dónde proviene tanta ira? De diversos orígenes. Yo sugeriría los siguientes:

- a) Miedo a la persona LGBTI como el «otro», el que es visto como diferente y cuya diferencia se considera una amenaza. Esto es auténtica «homofobia», es decir, miedo real a la persona LGBTI.

- b) Odio a la persona LGBTI como el «otro». Lo cual ilustra la manera más coloquial de emplear el término «homofobia»: no como miedo, sino como odio. Un odio que a veces se convierte en búsqueda del chivo expiatorio, donde la persona LGBTI es vista, ante todo y exclusivamente, a través de la lente del pecado, siendo así que, de hecho, todos somos pecadores.
- c) Asco o aversión a la mera idea de las relaciones o incluso la atracción entre personas del mismo sexo, lo cual lleva en ocasiones a odiar a la persona LGBTI.

Estas tres razones precedentes (*miedo, odio y asco*) frecuentemente conducen no solo a la ira, sino a un tipo de *bullying* de patio de colegio (insultos, denigración personal e incluso amenazas de emplear la violencia).

- d) Temor a que cualquier intento de «tender un puente», de escuchar las experiencias de personas anteriormente consideradas como «otros», o de animar a la gente a reflexionar sobre un nuevo modo de praxis eclesial equivalga a propugnar un cambio radical en la doctrina de la iglesia. No se trata, por supuesto, sino de desacuerdo con la idea de tender puentes, que a veces se solidifica en abierta oposición y, en ocasiones, se transforma en auténtica furia.

A tal fin, es importante que los lectores católicos sepan que este libro cuenta con la aprobación eclesiástica de mi superior jesuita. Es decir, como ocurre con todos los libros publicados por jesuitas, el manuscrito fue revisado por el *Censor Librorum* (el censor de libros) de mi provincia jesuítica y, posteriormente, recibió la aprobación oficial para su publicación por parte de mi Superior Provincial jesuita. También ha sido respaldado por varios cardenales, arzobispos y obispos. De modo que todo en este libro arranca de los Evangelios, se basa en el *Catecismo de la Iglesia Católica* y entra perfectamente dentro de la doctrina de la iglesia.

- e) Temor a que acoger a esas personas marginadas es lo que Jesús habría querido. En este caso, el temor –habitualmente propio de personas que conocen bien los evangelios– no es que acoger a esas personas consideradas como «otros» sea malo, sino, más bien, que es precisamente lo que hizo Jesús. Aunque es fácil oponerse, por ejemplo, al matrimonio entre personas del mismo sexo porque va en contra de la visión tradicional del matrimonio, es más difícil argüir que Jesús no acogió a las personas marginadas. La frustración proviene del reconocimiento de que la inclusión de las personas LGBTI es totalmente coherente con la práctica de Jesús de incluir a los marginados. Esta discordancia cognitiva entre oponerse a las personas marginadas y saber que Jesús las acogía puede causar irritación a algunos, que a la vez se debaten con una virulenta tensión interior.
- f) Incomodidad con la propia sexualidad. Desde que se publicó el libro por primera vez, he podido hablar con numerosos amigos psicólogos y psiquiatras, y todos ellos apuntan a este como uno de los más importantes factores a la hora de explicar esa intensa indignación. La sexualidad humana es compleja, y todos nosotros, según los psiquiatras y los psicólogos, nos encontramos dentro de una especie de abanico en lo referente al sexo hacia el que nos sentimos atraídos. Algunos de entre nosotros se sienten incómodos a este respecto, y por eso temas como el de la homosexualidad les aterra, porque les obliga a hacer frente a una serie de sentimientos un tanto complicados. Lo más fácil es dirigir dicho terror hacia fuera, pudiendo adoptar la forma de indignación.

Por lo general, sin embargo, no me he sentido excesivamente molesto por el enfurecimiento, las invectivas e incluso los ataques personales de que he sido objeto, porque el libro fue pensado con la idea de entablar un diálogo, no con la pretensión de ser la última palabra sobre el asunto. Los ataques han servido,

además, a una importante finalidad: recordarme a mí mismo por qué era importante abogar en favor de los católicos LGBTI que anhelan encontrar un lugar en su iglesia.

\* \* \*

*La quinta nota* –y, con mucho, la más importante–: yo mismo había subestimado el deseo de diálogo en torno a los católicos LGBTI en el interior mismo de la iglesia. Una de las primeras charlas que pronuncié después de la publicación del libro tuvo lugar en la iglesia de Santa Cecilia, en Boston –una parroquia muy conocida por acoger a personas LGBTI–, ante unas setecientas personas que llenaban la iglesia en una noche de diario.

El número de asistentes me impresionó. Por entonces, transcurridos tan solo unos meses desde que había escrito el libro, yo estaba, como era de esperar, tan metido de lleno en el asunto que el libro me parecía bastante moderado. Pero ver la iglesia abarrotada me hizo caer en la cuenta de que para muchas personas se trataba de algo totalmente nuevo. A muchos católicos, ver y escuchar a un sacerdote hablando de estos temas les suscitaba profundas reacciones emocionales. Los jóvenes LGBTI me abrazaban; los padres y abuelos de niños LGBTI lloraban; y la gente en general me decía –en términos muy convincentes que incluso yo podría haber previsto– lo agradecida que se sentía.

Un amigo gay lo reflejaba en un correo electrónico que me envió después de una de estas charlas: «Sospecho que una de las razones por las que este tema tiene tanto eco entre muchos católicos es porque un sacerdote habla de él. Habitualmente, la mayoría de ellos solo escuchan a los curas los domingos. Por eso, cuando se trata de temas LGBTI y del clero, la mayoría de los católicos únicamente escuchan las voces negativas, que se hacen oír mucho más o que son destacadas por los medios de comunicación. Ver a un cura diciendo las cosas que tú dices constituye una especie de elocuente contra-relato. Tener a un miembro

del clero que habla positivamente acerca de las personas LGBTI es algo nuevo e impactante a la vez».

Lo cual, probablemente, es cierto. Pero es igualmente probable que esas reacciones no tengan simplemente que ver con el hecho de escuchar a un sacerdote decir tales cosas, ni tampoco con el libro (porque muchos de ellos todavía no lo han leído), sino que tienen que ver con algo aún más profundo: con el simple deseo de debatir abiertamente acerca de este asunto, sobre el que durante mucho tiempo únicamente se había cuchicheado. Yo he recordado muchas veces las palabras de Jesús en el Evangelio de Mateo: «Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados» (10,27).

Esto se vio confirmado una y otra vez. Unas semanas más tarde, en la iglesia de San Juan Apóstol, en Nueva York, pronuncié una charla a última hora de la tarde. No solo había hablado sobre el mismo tema poco antes en la misma iglesia, sino que, además, la parroquia era bien conocida por su dinámico programa de compromiso con los LGBTI. Consiguientemente, pensaba que no acudiría mucha gente. Pero, una vez más, asistieron tantas personas que muchas tuvieron que permanecer de pie, y la charla excedió con mucho el tiempo previsto, porque había muchas preguntas que responder. No mucho después, hablé en la Universidad Villanova, en las afueras de Filadelfia. Una vez más, di por supuesto que, en una universidad católica ubicada en una zona privilegiada del país, el debate sería superfluo. Pero, de nuevo, más de setecientas personas – alumnos, padres y gente de la zona – llenaron el recinto hasta los topes. Después de ambos eventos, hubo asistentes que esperaron hasta dos horas para compartir conmigo sus respectivas historias, a veces profundamente emocionados.

Todas aquellas ocasiones fueron para mí otros tantos recordatorios de la necesidad del debate, incluso allí donde el tema parece ser de sobra «conocido». Una de las últimas preguntas que me hicieron en la iglesia de San Pablo fue: «¿Qué podemos hacer ahora?».

Hay un profundo y evidente deseo de que se tiendan puentes en nuestra

iglesia.

\* \* \*

Finalmente, este libro no pretende dar lugar a una discusión, a una polémica o a un debate, sino que es una invitación al diálogo y a la oración, y luego a un ministerio que hunde sus raíces en Jesucristo. Todo ministro cristiano está enraizado en Jesús; pero llegar a quienes se sienten marginados significa seguir a Jesús más de cerca. Porque esta fue una de sus principales tareas, y por eso mismo debe serlo también para la iglesia.

Por eso mismo, me siento dichoso de poder proseguir mi ministerio con esta nueva edición revisada y ampliada. Ojalá lleve a que se prolongue el diálogo, se tiendan puentes y crezca el espíritu de respeto, compasión y sensibilidad.

## *¿Por qué escribo?*

---

EN el verano de 2016, un hombre armado irrumpió en una discoteca muy popular entre la comunidad gay de Orlando (Florida) y asesinó a cuarenta y nueve personas. Se trataba de la mayor matanza colectiva en la historia de los Estados Unidos hasta entonces.

Como reacción, millones de personas en este país, incluido yo mismo, lloramos y nos manifestamos en apoyo de la comunidad LGBTI. Pero yo estaba interesado también por lo que no escuchaba. Aunque algunos dirigentes de la iglesia expresaban tanto su pesar como su horror, solo unos cuantos de los más de doscientos cincuenta obispos católicos empleaban las expresiones *gay* o *LGBTI*. El cardenal Blase Cupich, de Chicago; el obispo Robert Lynch, de Saint-Petersburg (Florida), el obispo David Zubik, de Pittsburgh, el obispo Robert McElroy, de San Diego, y el obispo John Stowe, de Lexington (Kentucky), hablaron todos ellos en apoyo de la comunidad *LGBTI* o en contra de la homofobia en los días que siguieron a la matanza. Muchos más, en cambio, guardaron silencio.

Aquello me pareció revelador. El hecho de que tan solo unos pocos obispos católicos reconocieran a la comunidad *LGBTI* o incluso emplearan el término *gay*, en unos momentos tan críticos, ponía de manifiesto que la comunidad *LGBTI* seguía siendo invisible en numerosos círculos de la iglesia. Incluso en medio de la tragedia, sus miembros seguían siéndolo.

Aquel hecho me ayudó a reconocer algo de un nuevo modo: la obra del Evangelio no puede realizarse si una parte de la iglesia está esencialmente separada de cualquier otra parte. Entre los dos grupos –la comunidad *LGBTI* y la

iglesia institucional– se ha abierto un enorme abismo, una separación para la que es preciso construir un puente.

\* \* \*

Durante muchos años, he ejercido mi ministerio y he trabajado con personas LGTBI, en su mayor parte católicas. Mi ministerio no ha consistido ante todo en impartir clases o seminarios, sino que, más bien, se ha desarrollado a través de cauces más informales. Gais, lesbianas, bisexuales, transexuales e intersexuales, así como familiares y amigos suyos han acudido a mí en busca de consejo, asesoramiento, confesión y dirección espiritual. Después de una misa, una charla o un retiro, siguen haciéndome preguntas sobre temas espirituales y religiosos, planteando cuestiones sobre temas relacionados con la iglesia o, simplemente, compartiendo conmigo sus experiencias.

En esos ratos he sabido de sus alegrías y sus esperanzas, de sus penas y sus preocupaciones, a veces acompañadas de lágrimas, y otras veces de risas. Mientras tanto, me he hecho amigo de muchos de ellos. Pero no soy yo solo: un gran número de personas en la iglesia (obispos, sacerdotes, diáconos, religiosas, religiosos y agentes laicos de pastoral) podrían decir lo mismo.

También he conocido y trabajado con muchos cardenales, obispos y otros dirigentes de la iglesia. Después de treinta años como jesuita, veinte de ellos ejerciendo mi ministerio en medios de comunicación católicos, he entablado amistad con miembros de la jerarquía de muy diversos modos: desde celebraciones de misas, pasando por peregrinaciones, discursos con ocasión de algún acontecimiento, retiros..., hasta conversaciones de sobremesa. Tales dirigentes eclesiales son amigos míos, y yo confío en sus sabios consejos y en su apoyo pastoral.

A lo largo de los años, sin embargo, he descubierto la existencia de una gran línea divisoria. Lamento profundamente que no exista una mayor comprensión entre los católicos LGTBI y la iglesia institucional. Preferiría no

hablar de dos «lados» porque unos y otros forman parte de la iglesia. Pero muchos católicos LGBTI me han confesado que se han sentido heridos –en forma de no aceptación, de exclusión e incluso de insultos– por la iglesia institucional.

Al mismo tiempo, muchos en la iglesia institucional llegar a contactar con esa comunidad, pero a menudo parecen un tanto confusos acerca de cómo hacerlo. Obviamente, parece que hay algunos que no parecen desear establecer tal contacto, y algunos que incluso parecen sentir hostilidad hacia las personas LGBTI, pero los obispos que yo conozco son sinceros en su deseo de contactar pastoralmente.

Durante las tres décadas que llevo siendo jesuita, una parte de mi ministerio ha consistido en intentar, de manera informal, tender un puente entre ambos grupos. Pero después de la matanza de Orlando se intensificó mi deseo de hacerlo de un modo más formal.

Por eso, cuando *New Ways Ministry*, un grupo que ejerce su ministerio y aboga en favor de los católicos LGBTI, me preguntó, pocas semanas después de la tragedia de Orlando, si aceptaría recibir su *Bridge Building Award* («Premio Tendiendo Puentes») y pronunciar una conferencia con ocasión de la ceremonia de entrega de dicho premio, acepté sin dudarlo. El nombre del premio me sirvió de inspiración para esbozar la idea de un «puente de dos sentidos» que pudiera contribuir a unir a la iglesia institucional y a la comunidad LGBTI.

La primera parte de este libro la constituye dicha conferencia, que ha sido ampliada hasta constituir un ensayo más extenso, en el que se urge a la iglesia a tratar a la comunidad LGBTI con «respeto, compasión y sensibilidad» (una frase tomada del *Catecismo de la Iglesia Católica*), y a dicha comunidad a corresponder del mismo modo, haciendo que se reflejen esas virtudes en su relación con la iglesia institucional.

Permítaseme decir algo importante ya desde el principio: comprendo las dificultades con que las personas LGBTI se han debatido en la iglesia. Ellas mismas me han referido historias acerca de cómo han sido insultadas,

calumniadas, excluidas, rechazadas e incluso expulsadas. Y yo no deseo minimizar su dolor.

Hace poco, por ejemplo, recibí un mensaje de una mujer norteamericana en el que me preguntaba si yo conocía a algún «sacerdote compasivo» que viviera en algún lugar cerca de donde ella vivía. La mujer trabajaba en un hospital para enfermos terminales, y el capellán asignado a la atención espiritual de los pacientes se negaba a administrar la sagrada unción a un hombre que estaba a punto de morir..., porque era gay. De modo que espero poder comenzar apreciando el tremendo dolor infligido a numerosas personas LGBTI por algunos ministros de la iglesia.

A pesar de todo, creo que es importante para la comunidad LGBTI –para todos, de hecho– tratar a los demás con respeto, aun cuando su propia iglesia los vea en ocasiones como enemigos. Esto forma parte del hecho de ser cristiano, por más difícil que pueda parecer.

Lo cual no significa que no pueda criticarse y desafiar a la iglesia cuando esta necesita ser criticada y desafiada. Pero todo ello ha de hacerse con respeto, compasión y sensibilidad. De hecho, el respeto, la compasión y la sensibilidad son dones infravalorados a la hora de abordar los conflictos y las discrepancias en general; pero son dones que pueden compartirse con la cultura en general. Tales virtudes pueden ayudar no solo a católicos y cristianos, sino a todas las personas de buena voluntad que buscan la unidad.

\* \* \*

En los últimos años, el clima social y político en los Estados Unidos, en general, se ha hecho más proclive a la división, y el discurso social más conflictivo. También fuera de los Estados Unidos, diversos grupos sociales, políticos y étnicos se ven enfrentados unos a otros con una intensidad que parece ser no solo nueva, sino aterradora. No hace demasiado tiempo, distintas facciones opuestas se relacionaban a menudo entre sí cortésmente y trabajaban juntas por el bien

común. Obviamente, había tensiones; pero lo que prevalecía era una discreta cortesía y un tácito respeto. Ahora, todo lo que uno parece encontrar es menosprecio. Como consecuencia, muchas personas se sienten impotentes para evitar la continua crispación del tejido social, así como los insultos, los ataques personales y la violencia a que la mencionada división da lugar

Para mí, las cajas de resonancia creadas por los medios de comunicación social –donde la forma que tiene uno de ver la vida apenas es cuestionada–, los canales de noticias –especializados en simplistas y a veces falsos análisis de situaciones políticas complicadas– y los líderes ciudadanos –a quienes no parece importarles la división que sus palabras y sus actos puede ocasionar– constituyen otros tantos cambios que contribuyen a esa desunión, así como a la sensación de desesperanza que se produce frente a ella.

En estos tiempos (a decir verdad, en todos los tiempos), la iglesia debería ser un signo de unidad. Sin embargo, para mucha gente la iglesia contribuye a la división, en la medida en que algunos dirigentes cristianos y sus congregaciones establecen fronteras entre «nos-otros» y «ellos». Pero la iglesia funciona excelentemente cuando encarna las virtudes del respeto, la compasión y la sensibilidad.

Por eso, espero que este breve libro pueda constituir una meditación para la iglesia en general, y no solo para las personas interesadas en los asuntos LGBTI.

\* \* \*

### *Algunas notas*

Ante todo, no todos los dirigentes eclesiásticos tienen que ser reprendidos por no tratar solícitamente a los católicos LGBTI. Ni mucho menos. Además de los obispos que ya he mencionado, hay docenas de ellos más que se muestran cordiales y acogedores con la comunidad LGBTI, así como muchas parroquias en las que colaboran con entusiasmo numerosas personas en programas dirigidos a

dicha comunidad. Muchos obispos y sacerdotes –por no hablar de diáconos, religiosas y religiosos, así como dirigentes laicos católicos– son merecedores de los mayores elogios por su compasiva forma de ejercer el ministerio con los católicos LGBTI.

De hecho, uno de los aspectos de la iglesia que más sorprenden a los no católicos es cómo funciona el ministerio con la comunidad LGBTI, sin ruidos ni alharacas, en muchas diócesis y parroquias. Muchos católicos LGBTI aman a sus parroquias y se sienten en ellas como en casa.

En segundo lugar, no toda persona LGBTI tiene problemas de autoaceptación. En nuestros días, el proceso de llegar a comprender la propia identidad como persona LGBTI resulta bastante más fácil que hace algunas décadas.

Por ejemplo, uno de los aspectos más emotivos de mi asistencia a la ceremonia de *New Ways Ministry* en Baltimore fue el hecho de que me acompañaran dos amigos: uno de ellos era un joven de dieciséis años que acababa de revelar su condición de gay a sus compañeros de clase en el colegio católico al que asistía; el otro era su padre, de cuarenta y tantos años, el cual, junto con el resto de su familia, había aceptado a su hijo con los brazos abiertos y de todo corazón. Y al siguiente fin de semana, en un viaje a Filadelfia para dar una charla en una parroquia, fueron a recibirme a la estación dos hermanos, ambos de veintitantes años. Uno de ellos, que estudiaba en la universidad, me dijo con toda espontaneidad que era gay, y el modo tan relajado en que me lo dijo me hizo entender que se sentía perfectamente a gusto con su sexualidad.

Por tanto, no deseo dar a entender, con mis comentarios o con los pasajes bíblicos que aparezcan a lo largo del libro, que una persona LGBTI debería sentirse excluida. Algunas personas LGBTI simplemente asumen, como deberían hacer todas, que tienen su lugar en la iglesia y no se sienten molestas por los ocasionales comentarios negativos que tienen que escuchar. sin embargo, Para la mayoría de las personas LGBTI, sin embargo, sigue resultando difícil el proceso, por una parte, de comprender que son amadas por Dios tal como son y, por otra, de encontrar su lugar en la iglesia.

En tercer lugar, aunque el libro invita a los miembros de ambos grupos –el de la iglesia institucional y el de los católicos LGBTI– a acercarse entre sí con respeto, compasión y sensibilidad, la mayor responsabilidad de este proceso compete a la iglesia institucional. La principal carga a la hora de tender este puente recae en los obispos, sacerdotes y otros eclesiásticos, a quienes se invita a dar los primeros pasos y a trabajar duramente en aras de la reconciliación. ¿Por qué? Porque, como ya he mencionado, aun cuando algunos grupos LGBTI hayan puesto públicamente a la iglesia en su punto de mira, es la iglesia institucional la que ha hecho que los católicos LGBTI se sientan marginados, y no al revés.

A propósito, el hecho de que emplee LGBTI como adjetivo no significa que pretenda excluir a nadie: se trata de la nomenclatura más común en el momento en que escribo este libro. Podría usar también LGBTIQA (lesbianas, gais, bisexuales, transexuales, intersexuales *queer* [2] y asexuales, o también LGBTI+. Tal vez algún día nos pongamos de acuerdo en emplear un acrónimo más corto o un nombre más inclusivo; de hecho, mi objetivo es incluir a todas las personas que sienten que su trayectoria espiritual y su acogida en la iglesia se han visto dificultadas por su orientación sexual o por su identidad de género.

\* \* \*

En general, lo que quisiera es ofrecer un puente para todos nosotros y, además, prestar apoyo a ese puente con la segunda parte del libro: una serie de pasajes bíblicos que han demostrado servir de ayuda a los católicos LGBTI, así como unas breves reflexiones sobre dichos pasajes, algunos de los cuales son mencionados en la primera parte, como son, por ejemplo, el relato de la curación del siervo del centurión romano, así como el del encuentro de Jesús con Zaqueo, el recaudador de impuestos, en Jericó. A primera vista, podría extrañar que estos conocidos pasajes pudieran decirles algo a las personas LGBTI; pero, leyendo el relato con ojos nuevos, espero que resulte más claro.

También he incluido otros pasajes bíblicos que, basados en mi experiencia personal, se han revelado sumamente útiles en la trayectoria espiritual de algunos católicos LGBTI. También estos pasajes irán acompañados de breves reflexiones e interrogantes, como ayuda para orar a partir de ellos.

Los pasajes bíblicos que he seleccionado y mis reflexiones personales han sido también pensados para padres, amigos y gente que apoya a las personas LGBTI, así como para toda la iglesia, incluyendo parroquias y diócesis, sacerdotes y obispos. A fin de cuentas, la Biblia es para todos. Solo espero que dichas reflexiones puedan ser de ayuda, tanto a nivel personal como comunitario, y animen a parroquias y diócesis a la oración, el diálogo, el discernimiento y la acción en común... Y a la conversión.

En este contexto, la palabra *conversión* merece una cierta atención. De hecho, la utilizo en mi vida como jesuita tan a menudo que a veces olvido que la palabra en cuestión puede significar cosas distintas para las personas LGBTI y para sus amigos y familiares. A lo que yo me refiero es a la conversión a la que *todos nosotros* somos llamados por Dios y a la conversión de mente y de corazón a la que nos llamó Jesús.

En el Evangelio de Marcos, una de las primeras cosas que hace Jesús es llamar a la *metánoia*, que a menudo se traduce como «arrepentimiento», pero cuya traducción más exacta es, probablemente, «conversión» (Mc 1,15). Recuérdese que, aunque Jesús habría predicado principalmente en arameo, su lengua materna, los evangelios fueron escritos en griego. *Méta* es la palabra griega para «después» o «más allá», y *noūs* es «mente». En tiempos de Jesús, una *metánoia* significaba un cambio que transformaba la mente y el corazón.

Por tanto, no pretendo decir que las únicas personas llamadas a la conversión sean las personas LGBTI, o que estas estén llamadas a una «terapia de conversión», una ridícula y desacreditada metodología que trata de «transformar» a las personas LGBTI en personas heterosexuales. La conversión –*metánoia*– es para todos.

Por último, sé que este asunto –la forma de llegar y tratar a las personas

LGBTI en la iglesia– es sumamente conflictivo para muchos. Dado que yo he conocido y ejercido mi ministerio con personas LGBTI, sé que cada situación es única y que a veces puede producir una enorme angustia.

Por eso pido disculpas de antemano si alguien tiene la sensación de que minimizo su dolor, que no comprendo su situación, que le regaño innecesariamente o que obvio algo realmente importante. Mi experiencia con personas LGBTI es amplia, pero no tan exhaustiva como la de otras personas que ejercen este ministerio a tiempo completo.

Este ensayo, pues, no es un proyecto detallado del puente, con las correspondientes instrucciones para su construcción; ni es tampoco una especie de «maqueta» de lo que debería ser el resultado definitivo. Se trata, más bien, de un boceto preliminar, de un punto de partida, de una ocasión para dialogar y reflexionar. Siéntase el lector totalmente libre de estar en desacuerdo (algunas personas ya me lo han hecho saber). Y, por favor, reflexione sobre aquellos aspectos de este libro que le resulten útiles... y olvídense del resto.

Así pues, amigos, os invito a uniros a mí sobre un puente.

## Primera parte: UN PUENTE DE DOBLE SENTIDO

---

→ ←

---

LAS relaciones entre los católicos LGBTI y la Iglesia Católica han sido a veces polémicas y combativas, y otras veces cálidas y acogedoras. Gran parte de la tensión que caracteriza tales y tan complicadas relaciones se debe a una falta de comunicación y a una enorme desconfianza mutua entre tales católicos y la jerarquía. Lo que hace falta es un puente entre esa comunidad y la iglesia.

Por eso querría invitar al lector a que me acompañe mientras trato de describir cómo podríamos construir ese puente. A este respecto, querría reflexionar sobre cómo llega la iglesia a la comunidad LGBTI, y viceversa, porque los buenos puentes llevan a la gente en ambos sentidos.

Como probablemente ya sabe el lector, el *Catecismo de la Iglesia Católica* dice que los católicos están llamados a tratar a los homosexuales con «respeto, compasión y sensibilidad» (n. 2.358). ¿Qué podría esto significar? Vamos a meditar sobre esta pregunta, así como sobre esta otra: ¿qué podría significar para la comunidad LGBTI tratar a la iglesia con respeto, compasión y sensibilidad?

Para responder a ello, tal vez sea útil definir ambos grupos. Naturalmente, las personas LGBTI forman parte de la iglesia, por lo que, en cierto sentido, ambas preguntas implican una falsa dicotomía. La iglesia es todo el «Pueblo de Dios», para emplear el lenguaje del Concilio Vaticano II. Por eso, puede resultar extraño debatir acerca de cómo el Pueblo de Dios puede relacionarse con una parte del Pueblo de Dios. A la manera de un buen jesuita, permítaseme, pues, afinar los términos.

Cuando, en este estudio, me refiero a la iglesia, quiero decir la «iglesia institucional», es decir, el Vaticano y la jerarquía eclesial (papas y cardenales, arzobispos y obispos, sacerdotes y diáconos), así como cualesquiera, incluidos laicos y laicas, que desempeñen cualquier cargo de carácter oficial en la iglesia. De modo que, por lo que respecta a este estudio, la «iglesia institucional» incluye desde el papa hasta la última directora de un colegio católico. Además, a veces me refiero tanto a los católicos LGBTI como a la comunidad LGBTI. De hecho, la iglesia mantiene relaciones con ambos grupos, porque, a menudo, lo que dice acerca de los católicos LGBTI llega a oídos de personas LGBTI que no son católicas.

Comencemos, pues, recorriendo el primer carril del puente, el que conduce de la iglesia institucional a la comunidad LGBTI, y reflexionemos sobre lo que puede significar para la iglesia tratar con respeto, compasión y sensibilidad a las personas LGBTI.

## RESPETO

→

---

**A**NTE todo, *respeto* significa, como poco, reconocer que la comunidad LGBTI *existe* y extender a ella el mismo reconocimiento que cualquier comunidad desea y merece por el simple hecho de estar presente entre nosotros.

A raíz de la tragedia ocurrida en Orlando en 2016, algunos dirigentes eclesiales se refirieron al hecho sin mencionar siquiera las expresiones LGBTI o *gay*. Lo cual revelaba un cierto fracaso a la hora de reconocer la existencia de tal comunidad. Pero no es ese un modelo cristiano, en absoluto, porque Jesús reconoce a todo el mundo, incluso a quienes parecen invisibles en la comunidad en general. De hecho, entró en contacto específicamente con quienes se encontraban en los márgenes. Por eso, los católicos tenemos la responsabilidad de hacer visibles y valiosos a todos.

Reconocer que los católicos LGBTI existen tiene unas importantes consecuencias pastorales. Significa hacer llegar nuestro ministerio a esa comunidad, cosa que ya hacen –y muy bien, por cierto– algunas diócesis, parroquias y escuelas. A modo de ejemplos, podemos citar la celebración de la Misa con grupos LGBTI, el apoyo a programas diocesanos y parroquiales de compromiso en su favor y, en general, la ayuda a los católicos LGBTI a sentir que forman parte de la iglesia, en la que son bienvenidos y amados.

Algunos católicos se han opuesto a tal propuesta, afirmando que cualquier acercamiento implica un acuerdo tácito con todo cuanto diga o haga una comunidad LGBTI. Una objeción absolutamente injusta, porque, en la práctica, no se hace con ningún otro grupo. Si una diócesis apoya, por ejemplo, a un grupo de empresarios católicos, ello no significa que la diócesis esté de acuerdo con todos

y cada uno de los valores de la Norteamérica empresarial. Ni significa tampoco que la iglesia bendiga todo cuanto diga o haga cualquier empresario o empresaria. Nadie insinúa siquiera tal cosa. ¿Por qué no? Porque la gente entiende que la diócesis trata de ayudar a los miembros de aquellos grupos que se sienten más conectados con su iglesia, con la iglesia a la que pertenecen en virtud de su bautismo.

\* \* \*

Permítaseme hacer una pausa para subrayar la importancia del bautismo a la luz de este asunto. «El sagrado Bautismo constituye la base de toda la vida cristiana», dice acertadamente el *Catecismo*, «la puerta de acceso a la vida en el Espíritu» (n. 1.213). Es imposible sobrevalorar su importancia, porque el Bautismo nos incorpora a la iglesia.

Es esencial para todos los cristianos, incluidos los católicos LGBTI, comprender la importancia de este sacramento en sus vidas y cómo sella su lugar en la iglesia.

No hace mucho, al comienzo de una misa dominical en la parroquia neoyorquina en la que yo trabajo, el celebrante anunció que en el transcurso de la misa se celebraría un bautizo. El sacerdote se las arregló estupendamente para entrelazar el rito bautismal dentro del más amplio contexto de la misa y, en el momento prefijado, pronunció la antigua fórmula: «Yo te bautizo, Elías, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», a la vez que vertía un poco de agua sobre la cabeza de la criatura. Luego sostuvo a esta en alto y dijo: «¡Bienvenido a la comunidad cristiana!».

En aquel momento, el órgano hizo sonar las primeras notas del himno de Pascua *The Strife is O'er*, que comienza con un sonoro «¡Alleluya, Alleluya, Alleluya!».

Y yo pensé para mí: ¡Sí! *Este es un momento que cambia la vida para el niño, para su familia, para la Iglesia y para el universo entero. Una nueva*

*persona ha sido acogida en la iglesia, Los cielos cantan, sin duda, «¡Alleluya!».*

Y de inmediato pensé en las personas LGBTI y en la cantidad de veces que la gente les dice que no pertenecen a la iglesia. Sin embargo, el propio Cristo los llamó a la iglesia... para siempre. Por eso, cuando alguna persona LGBTI me hace saber que alguien le ha dicho que no forma parte de la iglesia, suelo responderle: «Tú fuiste bautizado y tienes tanto lugar en la iglesia como yo, como tu obispo o como el mismo papa».

Una parte inexcusable del respeto consiste en tratar a los católicos LGBTI como miembros de pleno derecho de la iglesia, en virtud de su bautismo.

\* \* \*

En segundo lugar, *respeto* significa llamar a un grupo de la manera en que este quiere ser llamado. Si alguien, en el terreno personal, te dice que prefiere que le llames «Jim», en lugar de «James», tú le harás caso, naturalmente, y le llamarás como él prefiere que le llames. Es lo menos que exige la cortesía.

Lo mismo ocurre en el terreno grupal. Ya no usamos el anticuado e incluso ofensivo término «negratas». ¿Por qué? Porque ese grupo se siente más a gusto con otros nombres, como «afroamericanos», «de color» o, simplemente, «negros», siempre sin emplear un tono despectivo. Hace poco, me enteré de que «personas discapacitadas» no resulta tan aceptable como «personas con discapacidades». Por eso, ahora empleo esta segunda expresión. ¿Por qué? Porque es señal de respeto llamar a las personas con el nombre que ellas prefieran. Todos tenemos derecho al nombre con que deseamos ser llamados.

Este no es un asunto menor. En las tradiciones judía y cristiana, los nombres son importantes. En el Antiguo Testamento, Dios autoriza a Adán y Eva a dar nombre a las criaturas (Gn 2,18-23). Dios también transforma el nombre de Abram en Abrahán (Gn 17,4-6). El nombre, en las Escrituras Hebreas, simboliza la identidad de una persona; conocer el nombre de una persona significaba, en algún sentido, que conocías a la persona, que tenías una

cierta intimidad con ella, que incluso gozabas de una especie de poder sobre ella. Esta es una razón por la que, cuando Moisés pide conocer el nombre de Dios, este le dice: «Yo soy el que soy» (Ex 3,14-15), que es tanto como decir –según explicaba mi profesor de Antiguo Testamento–: «No es asunto tuyo».

Posteriormente, en el Nuevo Testamento, también Jesús cambia el nombre de Simón por el de Pedro (Mt 16,18; Jn 1,42). El perseguidor Saulo se redenomina a sí mismo como Pablo (Hch 13,9). Y también en nuestra iglesia actual son importantes los nombres. La primera pregunta que un sacerdote o un diácono hace a los padres en el bautizo de un niño/a en la Iglesia Católica es: «¿Qué nombre queréis dar a este/a niño/a?».

Y porque los nombres son importantes, invitamos a los dirigentes de la iglesia a prestar mucha atención al modo en que se refieren a la comunidad LGTBI. Olvidémonos ya de expresiones tan anticuadas como «aquejado de la atracción por personas del mismo sexo», que ninguna persona LGTBI utiliza, e incluso «persona homosexual», que a muchos les resulta excesivamente fría. Por otra parte, ¿cómo será capaz de escuchar la comunidad LGTBI, si la iglesia insiste en emplear un lenguaje ofensivo a sus oídos?

Sobre este tema, como sobre cualquier otro, podemos mirar a Jesús en busca de orientación.

Pensemos en las formas en que Jesús hablaba a la gente de su tiempo: empleando especialmente, como reflejan los Sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), un lenguaje que sus seguidores pudieran entender, hecho de palabras y frases a la medida de sus respectivas situaciones.

Cuando se encuentra por primera vez con los discípulos que están pescando en el Mar de Galilea, por ejemplo, no les habla como lo haría un carpintero, diciéndoles, por ejemplo: «Construyamos la casa de Dios» o «Pongamos los cimientos del reino de Dios».

En lugar de ello, el carpintero Jesús se dirige a ellos en *su* lenguaje, el lenguaje de los pescadores: «Seguidme», les dice, «y yo os haré pescadores de hombres» (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22).

El diálogo comienza por reconocer cómo hay que hablar con otra persona. Necesitamos estar especialmente atentos en este sentido con respecto a la comunidad LGBTI. Como dijo la Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos en su carta pastoral *Always Our Children*, escrita en 1997 y dirigida a los padres de católicos LGBTI, «el lenguaje no debería ser un obstáculo para una comunicación leal y sincera».

Hay aquí, además, una paradoja que suele pasarse por alto: la expresión «atracción por personas del mismo sexo» es la que suelen preferir algunos católicos tradicionalistas que se oponen a emplear los términos «gay» o «LGBTI», porque presuntamente identifican a una persona única y exclusivamente por sus deseos sexuales. Pero eso es precisamente lo que hace la expresión «atracción por personas del mismo sexo». Y, por si fuera poco, dicha expresión incluye de manera explícita la palabra «sexo», por lo que difícilmente puede afirmarse que constituye una mejora respecto de los mencionados términos. Yo siempre me he preguntado si la resistencia a los términos «gay» y «LGBTI» se debe al hecho de que son justamente los preferidos por las personas LGBTI, por lo que su uso se considera una forma de «cesión».

No soy yo el único que apoya el hecho de que se llame a las personas por los nombres con que prefieren ser llamadas. En 2017, en respuesta a una pregunta que le hicieron en el transcurso de una conferencia, el cardenal Blase Cupich, arzobispo de Chicago, dijo:

«Siempre hemos deseado cerciorarnos de que iniciábamos el diálogo afirmando que todas las personas son valiosas, que sus vidas deberían ser respetadas y que nosotros las respetamos. Por eso pienso que los términos “gay” “lesbiana” y “LGBTI”, así como cualquier otro término con que uno quiera definirse, deberían ser respetados. A la gente hay que llamarla como quiere ser llamada, en lugar de inventarnos términos que tal vez nos resulten menos incómodos. Así que empecemos por ahí».

Dejémonos, pues, de expresiones que nadie utiliza en la comunidad LGBTI, En lugar de ello, oigamos a nuestros hermanos gais, nuestras hermanas lesbianas

y nuestros hermanos y hermanas transexuales cómo prefieren llamarse. En lugar de ser nosotros quienes decidamos qué términos emplear –aunque «gais», «lesbianas», «LGBTI» y «LGBTIQ» son los más comunes–, desde aquí invito a los dirigentes de la iglesia a reconocer que las personas tienen derecho a denominarse como quieran. Y llamarlas de ese modo forma parte del respeto que les debemos.

Y si el papa Francisco y varios de sus cardenales y obispos pueden emplear la palabra *gay*, como han hecho en diversas ocasiones durante su papado, también puede hacerlo el resto de la iglesia.

\* \* \*

*Respeto* significa también reconocer que los católicos LGBTI constituyen otros tantos dones para la iglesia, como individuos y también como comunidad. Unos dones que contribuyen a edificar la iglesia de una manera especial, como escribió Pablo cuando comparó al Pueblo de Dios con un cuerpo humano (1 Cor 12,12-27). Cada parte del cuerpo –la mano, el ojo, el pie...– es importante. De hecho, como dijo el mismo Pablo, son las partes del cuerpo que «consideramos menos honorables» las que merecen un respeto aún mayor.

Muchas personas LGBTI se han sentido realmente «menos honorables» en la iglesia. En una charla que di recientemente en una parroquia, el moderador pidió que los católicos LGBTI que se encontraban en la sala levantaran la mano. Un montón de manos se levantaron. Entonces les preguntó: «¿Cuántos de ustedes se han sentido alguna vez excluidos en la iglesia?» Nadie bajó la mano que había alzado.

Según san Pablo, es por estos amados miembros de la iglesia y por el don que para ella significan por quienes debemos mostrar *mayor* respeto: «Aquellos miembros del cuerpo que creemos menos honorables los vestimos con mayor honor», escribió.

Consideremos los numerosos dones aportados por los católicos LGBTI que trabajan en parroquias, escuelas, archivos, casas de retiro, hospitales y agencias de servicios sociales. «Honrémoslos», como dice Pablo. Por poner algunos ejemplos, varios de los sacerdotes musicalmente más dotados que yo he conocido en mis casi treinta años de jesuita eran gais que, semana tras semana, han deleitado enormemente a sus feligreses durante los diversos actos litúrgicos. Durante varios años, he trabajado en un ministerio jesuítico con una mujer lesbiana que aportaba al trabajo grandes dosis de inteligencia, talento y buen humor. Uno de mis directores espirituales favoritos –personas que te ayudan a ser consciente de la presencia de Dios en tu oración y en tu vida diaria– era un hombre gay; en otra etapa de mi vida fue una mujer lesbiana. Sus sabios consejos y la paciencia con que uno y otra me escuchaban me ayudaron más de lo que soy capaz de expresar. Ha habido personas LGBTI creyentes, consideradas, inteligentes, comprometidas y amables que han enriquecido mi vida espiritual de incontables maneras.

La iglesia entera es invitada a meditar acerca de cómo los católicos LGBTI la hacen crecer con su presencia, del mismo modo que hay personas ancianas, jóvenes, mujeres, personas con discapacidades, diversos grupos étnicos o cualesquiera otros colectivos que hacen crecer a una parroquia o a una diócesis. Y, aunque a menudo es un error generalizar, sin embargo podemos preguntarnos: ¿cuáles podrían ser los dones que hemos mencionado?

Muchas personas LGBTI, si no la mayoría, han soportado desde muy temprana edad todo tipo de incomprendiciones, prejuicios, odios, persecuciones e incluso actos violentos, por lo que ellos precisamente sienten a menudo una compasión natural por los marginados. *Su compasión* es un don: les han hecho sentirse muchas veces mal acogidos en sus parroquias y en su iglesia, pero perseveran, debido a su profunda fe. *Su perseverancia* es un don: frecuentemente se muestran indulgentes y perdonan al clero y otros funcionarios de la iglesia que los tratan como si fueran mercancía dañada. *Su perdón* es un don. La compasión, la perseverancia y el perdón son otros tantos dones.

Pero podríamos añadir dones que son aplicables a ministerios más concretos. Hace poco, una mujer que trabaja con personas con discapacidades físicas me dijo que ella creía que las personas LGBTI se encuentran entre las que mejores resultados obtienen con esa gente. ¿Por qué? Como trabajadora social, suponía lo siguiente: «Las personas LGBTI se han sentido juzgadas durante tanto tiempo que, a la hora de ejercer su ministerio, se acercan a la gente libres de todo prejuicio». Según su experiencia, son muchos los que tienden a juzgar a las personas con discapacidades físicas, mientras que las personas LGBTI no parecen sentir de tal modo la necesidad de juzgar.

Los católicos LGBTI se cuentan, además, entre los más eficaces evangelizadores del catolicismo en sus comunidades. Con ocasión de una charla en la parroquia, una mujer lesbiana, a la que pregunté cuál había su reacción ante lo que yo había dicho, arrancó un montón de risas entre el público cuando dijo que el reto más difícil no era «salir del armario» como lesbiana ante sus amigas católicas, sino «“salir del armario” como católica ante sus amigas lesbianas». Ella es una especie de embajadora del catolicismo ante sus amigos LGBTI, algunos de los cuales albergan una serie de sospechas en relación con la iglesia. Para ella, sin embargo, la iglesia es un hogar. Al mismo tiempo, ayuda a la iglesia a reflexionar sobre el lugar que tienen en ella las personas LGBTI. Otra amiga lesbiana denominó este proceso como «doble evangelización».

\* \* \*

Permítaseme añadir otro don: el de mis hermanos sacerdotes que son gais, así como los miembros de las órdenes religiosas, masculinas y femeninas, que guardan la castidad y son gais o lesbianas.

Existen muchas razones por las que la mayoría de los sacerdotes y religiosos gais y de las religiosas lesbianas no hacen pública su condición sexual. Entre dichas razones, podemos citar las siguientes: son personas con derecho a su privacidad; sus obispos o superiores religiosos les piden que no lo hagan

público; ellos mismos se sienten incómodos con su sexualidad; o temen represalias por parte de sus feligreses o de las personas con las que ejercen su ministerio.

Pero hay centenares, quizá miles, de santos sacerdotes gais que trabajan muy duramente, así como de miembros de órdenes religiosas que son gais o lesbianas, que viven toda su vida su promesa de celibato y su voto de castidad y contribuyen generosamente al desarrollo de la iglesia.

A veces, cuando hablo de esto, la gente se sorprende. O se enfada. Pero yo no digo nada polémico en absoluto; simplemente, doy fe de un hecho: conozco a muchos sacerdotes gais célibes, religiosos gais y religiosas lesbianas. En ocasiones, ellos han sido mis directores espirituales, mis confesores e incluso mis superiores religiosos. Algunos de ellos son las personas más santas que he conocido. Decir que los conozco es como decir que veo el sol en el cielo. Es un hecho, ni más ni menos.

Esos hombres y mujeres entregan libremente todo su ser a la iglesia. Ellos mismos son el don.

Ver, llamar por su nombre y honrar todos esos dones son otros tantos componentes del respeto debido a nuestros hermanos y hermanas LGBTI. También lo es aceptarlos como hijos amados de Dios y *hacerles saber* que lo son. La iglesia está especialmente llamada a proclamar el amor de Dios a unas personas a las que a menudo se hace que se sientan –ya sea por los familiares, los vecinos o los dirigentes religiosos– como si fueran mercancía dañada, indignas del ministerio e incluso infrahumanas. La iglesia está invitada tanto a proclamar como a demostrar que las personas LGBTI son hijos e hijas amados de Dios.

\* \* \*

Es importante también recordar que las personas LGBTI están, al igual que todos nosotros, llamadas a la santidad. «Santidad» no es una palabra que empleen a menudo dichas personas, pero el Concilio Vaticano II habló de la «llamada

universal a la santidad», de la vocación de todos a la santidad. Como le gustaba decir a santa Teresa de Calcuta, la santidad es el deber de todos. Y la alegría de todos, añadiría yo.

Las personas LGBTI también están llamadas a ser santas, como lo estamos todos.

Debemos también, por tanto, considerar el hecho de que, probablemente, algunos santos y santas fueron gais, lesbianas o bisexuales. Sí, ya sé que estas expresiones no se han usado hasta hace muy poco, y que el concepto moderno de homosexualidad es un constructo cultural relativamente tardío; pero si un pequeño porcentaje de los seres humanos son gais, lesbianas o bisexuales, entonces parece lógico pensar que un pequeño porcentaje de los miles de santos también lo fueron, porque todos ellos, naturalmente, fueron seres humanos. Y la santidad es cosa de la humanidad.

En otras palabras, también entre los santos ha habido hombres y mujeres que sentían atracción por personas de su mismo sexo. Lo cual no significa que obraran de acuerdo con sus deseos sexuales; pero si se considera —por poner un ejemplo entre los miles de santos— el número de sacerdotes, religiosos y religiosas que han sido canonizados, es probable que algunos de ellos y ellas, aun cuando vivieran toda su vida cumpliendo fielmente sus promesas de celibato y de castidad, sintieran atracción hacia personas de su mismo sexo.

¿Quiénes? Es difícil decirlo. Tal vez imposible, teniendo en cuenta cuán escasamente se habría comprendido, admitido y ni siquiera hablado sobre la homosexualidad en el pasado. Sin embargo, a mi modo de ver, hay algunos santos que, al menos basándonos en sus escritos y en lo que sabemos acerca de sus vidas, parecen haber sido lo que hoy llamaríamos gais o lesbianas. Pero repito que es muy difícil saberlo con absoluta seguridad.

En nuestros días, podemos fijarnos en varias personas santas que eran también LGBTI. Como debería ser obvio a estas alturas, yo he conocido a muchas personas santas en mi vida que eran a la vez LGBTI. Un caso que algunos conocen es el de Mychal Judge, OFM, el heroico franciscano capellán de bomberos y

héroe durante la tragedia del 11-S. El P. Judge fue el primer oficial que resultó víctima del brutal ataque contra la ciudad de Nueva York, falleciendo tras introducirse abnegadamente en una de las Torres Gemelas del World Trade Center para ayudar a rescatar a la gente. También él era un sacerdote célibe y gay. ¿Cómo sé yo que era gay? No solo por haber leído diversas biografías suyas (*Father Mychal Judge*, de Michael Ford, y *The Book of Mychal*, de Michael Daly, entre otras), sino también gracias a que lo sabían varios de sus hermanos franciscanos.

Pensemos también en Henri J. M. Nouwen, el sacerdote y psicólogo holandés cuyos clarividentes libros sobre la vida espiritual, como el ya clásico *El retorno del hijo pródigo*, han sido de inestimable ayuda para millones de sus lectores. Hacia el final de su vida, de pronto se enamoró perdidamente de otro hombre. ¿Y cómo sé yo que el P. Nouwen era gay o bisexual? De nuevo, basándome no solo en biografías y ensayos (*El profeta herido*, de Michael Ford, y [Robert A. Jonas, ed.], *Escritos esenciales de Henri Nouwen*, traducidos ambos al español por Sal Terrae), sino además, en este caso, tras haber conocido al hombre de quien se enamoró.

¿Eran santas estas personas? Es difícil saberlo, pero yo afirmaría que ciertamente lo eran, y por eso pueden mostrarnos cómo se puede ser, a la vez, una persona LGBTI y santa.

Cuando cito estos casos, algunas personas manifiestan su sorpresa. Pero ¿por qué se sorprenden? ¿Acaso porque piensan que las personas gais no pueden ser santas? Algunos incluso se sienten ofendidos. Pero ¿por qué se ofenden? Ser gay no es un pecado y, de todas formas, el P. Judge observó su voto de castidad, y el P. Nouwen cumplió su promesa de celibato.

Quienes se sorprenden puede que también se sorprendan al ser recibidos en el cielo por un montón de santos gais y santas lesbianas. Y quienes se sienten ofendidos tal vez descubran que su actitud ha sido perdonada por esos mismos santos

\* \* \*

Pero volvamos sobre el concepto de «respeto».

El respeto debería extenderse también al lugar de trabajo, sobre todo en una iglesia o una organización relacionada con la iglesia. Por eso me invade el desaliento al observar la reciente tendencia, en algunos lugares, a despedir a personas LGBTI. Según la organización *New Ways Ministry*, desde 2010 casi setenta personas que trabajaban en instituciones católicas en los Estados Unidos han sido despedidas, u obligadas a dimitir, o se les ha rescindido el contrato, o han visto este en peligro a causa de su orientación sexual..., a menudo después de años de servicio y siendo conocida su condición de personas LGBTI. En esta cifra, según *New Ways*, se incluye solo a aquellas personas cuya situación de ha hecho pública; a título anecdótico, también se conocen otros muchos casos.

Por supuesto que las organizaciones eclesiásticas tienen autoridad para exigir a sus empleados la observancia de las enseñanzas de la iglesia. El problema es que tal autoridad se aplica de un modo sumamente *selectivo*. Casi todos los despidos producidos en los últimos años han tenido que ver con la condición LGBTI de despedidos y despedidas. Concretamente, cuando una de las partes desempeñaba un papel público en la iglesia, los despidos suelen haber afectado a aquellos empleados y empleadas que han contraído matrimonio con personas de su mismo sexo, lo cual es contrario a la doctrina de la iglesia.

Pero si la adhesión a la doctrina de la iglesia va a ser una prueba decisiva para conseguir un empleo en las instituciones católicas, entonces las diócesis y las parroquias deberían ser coherentes. ¿Acaso despedimos a un hombre o una mujer heterosexual que se divorcia y vuelve a casarse sin una anulación del matrimonio anterior? Divorciarse y volver a casarse de ese modo es contrario a la doctrina de la iglesia. De hecho, el divorcio es algo que el propio Jesús prohibió (Mt 19,8-9). ¿Despedimos a las mujeres que quedan embarazadas o a los padres que engendran hijos fuera del matrimonio? ¿Qué pasa con las parejas que viven juntas sin estar casadas? ¿Damos el finiquito a las personas que

practican el control artificial de la natalidad? Todo ello va también en contra de la doctrina de la iglesia.

¿Y qué decir de los empleados de la iglesia que no son católicos? Si despedimos a empleados que no están de acuerdo o no aceptan la doctrina de la iglesia, ¿acaso hacemos lo mismo con todos los protestantes que trabajan en una institución católica por el hecho de que no crean en la autoridad del papa? Y esta es una importante enseñanza de la iglesia. ¿Despedimos acaso a los «unitaristas» que no creen en la Trinidad? ¿Despedimos a los empleados judíos que no creen en Jesucristo, en la Encarnación o en la Resurrección? Despedimos a todos los agnósticos o ateos que dudan o no creen en la existencia de Dios?

¿Despedimos a tales personas por semejantes cosas? No, no lo hacemos. ¿Por qué no? Porque somos selectivos –tal vez inconscientemente, o puede que de manera consciente– con respecto a *cuáles* son las enseñanzas de la iglesia que son importantes.

He aquí otra forma de considerar esta forma de selectividad que nos muestra por qué es especialmente problemática. Exigir a los empleados de la iglesia que acepten las enseñanzas de la iglesia significa, en un nivel más fundamental, aceptar el Evangelio. Para ser coherentes, ¿no deberíamos despedir a las personas por no ayudar a los pobres, por no perdonar o por no ser bondadosas? ¿O por ser crueles?

Todo esto puede parecer extraño y puede incluso hacerle a uno poner los ojos en blanco; pero ¿por qué? Esos mandamientos de Jesús son los más esenciales de la doctrina de la iglesia.

Algunos han afirmado que estos últimos argumentos que acabamos de formular son inviables, porque, a diferencia del hecho de contraer matrimonio con una persona del mismo sexo, el ser cruel, por ejemplo, no es un «pecado público» ni ocasiona un «posible escándalo». Pero cualquiera que haya trabajado en cualquier tipo de ámbito profesional –incluyendo una rectoría, un archivo eclesiástico, una casa de retiro, un hospital o una escuela– les dirá que ser cruel

es un acto muy público. Y, en mi opinión, el hecho de que sea cruel una persona que trabaja en una institución católica es realmente un «escándalo público»

Lo que ocurre, más bien, es que preferimos no fijarnos en esas cosas.

La selectividad a la hora de fijarnos en personas LGBTI cuando hemos de realizar despidos es, citando las palabras del *Catecismo* católico, un «signo de discriminación injusta» (n. 2.358), cosa que deberíamos evitar a toda costa. De hecho, en 2016, la revista jesuítica *America* publicó un editorial en el que se decía que «la notoriedad pública de tales despidos, cuando van acompañados de una falta del debido proceso y la ausencia de toda consideración comparable con respecto a la situación matrimonial de los empleados heterosexuales, constituyen signos de “discriminación injusta”, y la iglesia de los Estados Unidos debería esforzarse más por evitarlos».

Un joven gay quiso compartir conmigo otra perspectiva en relación con este fenómeno. Se preguntaba si la selectividad no se debería únicamente a la homofobia, sino al hecho de que los hombres y mujeres heterosexuales nunca se ven en la necesidad de considerar qué sucedería si fuesen gais. Por eso es más fácil para ellos condenar la homosexualidad, porque se ven a sí mismos como heterosexuales ahora y para siempre. «Usted nunca podrá predicar hipócritamente acerca del “pecaminoso estilo de vida homosexual”», me escribió en un e-mail, «porque nunca se encontrará allí donde la tentación está presente».

Esta era una razón por la que él creía que la atención se centraba tanto en este asunto, en lugar de centrarse en otros temas relacionados con la moralidad sexual, como el sexo prematrimonial o el divorcio. De hecho, los hombres y mujeres heterosexuales pueden entablar relaciones sexuales prematrimoniales o buscar el divorcio, pero se sienten libres para condenar la homosexualidad, porque esta nunca será una experiencia que vayan a tener que afrontar. Se trata de un argumento realmente importante a considerar.

## COMPASIÓN



¿QUÉ supondría para la iglesia institucional mostrar compasión por los hombres y mujeres LGBTI?

La palabra *compasión* (del griego *páschō*) significa «experimentar con» o «sufrir con». Así pues, ¿qué supondría para la iglesia institucional no solo respetar a los católicos LGBTI, sino también estar con ellos, experimentar la vida con ellos e incluso sufrir con ellos?

Esta pregunta podría hacerse con respecto no solo a la jerarquía, sino a la iglesia entera. Puede hacerse en relación tanto con los obispos y sacerdotes como con los agentes de pastoral, directores, profesores, administradores de centros de enseñanza católicos y todos cuantos, sin desempeñar ningún trabajo oficial en la iglesia, participan en la vida eclesial como fieles feligreses: hombre y mujeres católicos de todo tipo. ¿Como podemos todos nosotros experimentar y sufrir con nuestros hermanos y hermanas LGBTI?

El primer y más esencial requisito consiste en escuchar. Es imposible experimentar la vida de una persona, o ser compasivo con ella, si no escuchas a la persona o no le haces preguntas.

He aquí una serie de preguntas que los dirigentes católicos podrían hacer a sus hermanos y hermanas LGBTI:

- *¿Cómo fue tener que crecer como muchacho gay, como muchacha lesbiana o como una persona transexual?*
- *¿Cómo es tu vida ahora?*

- *¿Has sufrido como consecuencia de tu orientación o identidad de género?*
- *¿Dónde experimentas alegría en tu vida?*
- *¿Cuál es tu experiencia de Dios?*
- *¿Cuál es tu experiencia de Jesús?*
- *¿Cuál es tu experiencia de la iglesia?*
- *¿Qué es lo que esperas, lo que ansías o aquello por lo que rezas?*

También pueden hacer a los padres de católicos LGBTI esta clase de preguntas:

- *¿Qué significa para ti tener un hijo/a LGBTI?*
- *¿Qué supuso para ti cuando tu hijo/a te hizo saber su identidad sexual?*
- *¿Cómo es ahora tu relación con tu hijo/a?*
- *¿Te sientes bien acogido/a en la iglesia?*
- *¿Temes alguna vez que tu hijo/a abandone la iglesia? Y si ya la ha abandonado, ¿habláis de ello?*
- *¿Cómo podría la iglesia ser un lugar más acogedor para tu hijo/a?*
- *¿Cuál es tu experiencia de Dios?*
- *¿Qué es lo que esperas, lo que ansías, aquello por lo que rezas, en relación tanto contigo como con tu hijo/a?*

Para que la iglesia practique la compasión, tenemos necesidad de escuchar. Y cuando escuchemos, aprenderemos, nos veremos desafiados y nos sentiremos inspirados.

\* \* \*

Me voy a permitir compartir con el lector seis breves historias que nos invitan a todos a escuchar:

1. Uno de mis más viejos amigos es un gay llamado Mark, que en su momento perteneció a una orden religiosa. Hace unos veinte años, después de que Mark abandonara la orden, «salió del armario» y empezó a vivir con su compañero, con el que ahora está legalmente casado, el cual es víctima de una grave y prolongada enfermedad, y Mark ha cuidado de él durante muchos años con enorme entrega y cariño.

*¿Qué podemos aprender de Mark sobre el amor?*

2. Un hombre bastante mayor me contó que su nieto le había hecho saber su condición de gay. Le pregunté qué le había dicho él en respuesta. Me dijo que llevaba tiempo sospechando que su nieto era gay, por lo que, cuando su nieto se sentó frente a él para contárselo, antes de que de sus labios saliera una sola palabra, el abuelo le dijo: «Te quiero, sea lo que sea lo que vas a decirme».

*¿Qué podemos aprender de este abuelo sobre la compasión?*

3. Después de dar una charla en una facultad universitaria católica de Filadelfia, un joven me dijo que la primera persona a la que había confesado su condición de gay fue un sacerdote católico. Durante un retiro para universitarios, decidió reconocer públicamente su homosexualidad, pero se sentía tan nervioso que estaba «literalmente temblando». Lo primero que le dijo el sacerdote fue: «Jesús te ama. Y tu iglesia te acepta». El joven me dijo: «Aquellos salvó mi vida».

*¿Qué podemos aprender de este sacerdote sobre la aceptación?*

4. Una mujer de más de ochenta años, con los cabellos blancos como la nieve y las mejillas sonrosadas, se acercó a la mesa donde yo estaba firmando libros, después de una charla que había tenido en Connecticut, y me dijo: «Padre, tengo algo que decirle». La charla se había centrado en Jesús, no en temas específicamente LGTBI. Pensé que quería hablarme sobre Jesús o contarme que había peregrinado a Tierra Santa. En lugar de ello, me dijo:

«Padre, tengo una nieta que es transexual y a la que quiero muchísimo. Lo único que deseo es que se sienta bien acogida en la iglesia».

*¿Qué podemos aprender de esta abuela acerca de la fe?*

5. En una parroquia de Boston, invité a un hombre gay y a una mujer lesbiana a que manifestaran su «reacción» ante mi charla sobre los católicos LGBTI, con la idea de promover un verdadero diálogo. En su respuesta, la mujer, llamada Maggie, quiso responder a una pregunta destinada a la reflexión que figura al final del libro: «Cuando piensa usted en su orientación sexual o su identidad de género, ¿qué palabra emplea?». Mi intención no era otra que invitar a los lectores a reflexionar sobre determinados pasajes bíblicos que tratan acerca de los nombres y del hecho de nombrar, y animarles a «nombrar», su sexualidad. De modo que yo había esperado palabras como «gay», «lesbiana» o «bisexual». Pero aquella noche, cuando ella leyó la pregunta y pensó en su sexualidad, la palabra que salió de sus labios fue «joy» (alegría). ¡Fue una enorme sorpresa!

*¿Qué podemos aprender de Maggie sobre la sexualidad?*

6. Y tal vez sea la siguiente la mayor sorpresa: aquella misma tarde en Boston, una pareja estaba esperando a que le firmara el libro. Uno de los miembros de la pareja era una mujer transgénero –una mujer que había comenzado su vida como un hombre–, mientras que el otro era una «mujer cisgénero» –alguien que nació como mujer y sigue siéndolo–. (Como ya hice notar previamente, he tratado de estar al tanto de la terminología contemporánea, aunque reconozco que estos términos se quedan anticuados enseguida).

La mujer cisgénero me dijo que llevaban casadas muchos años, lo cual me desconcertó, porque el matrimonio entre personas del mismo sexo no hacía tanto que había sido legalizado en Massachusetts. Ella notó mi desconcierto, sonrió y me dijo: «Nos casamos cuando ella todavía era un hombre».

Me quedé en silencio, sin saber qué decir: me encontraba ante una mujer aparentemente heterosexual que se había casado con un hombre heterosexual que ahora era una mujer. ¿Cómo había hecho tal cosa? «El amor es el amor», dijo ella.

He aquí un matrimonio que casi todos los funcionarios de la iglesia probablemente considerarían «irregular», por emplear el término eclesiástico oficial. Sin embargo, era todo un modelo de fidelidad: incluso después de que un miembro de la pareja había cambiado de género, el matrimonio permanecía intacto.

*¿Qué podemos aprender de ellas sobre la fidelidad?*

\* \* \*

Para poder aprender lo que sea, necesitamos escuchar.

Si escuchamos atentamente, oiremos también las llamadas en petición de ayuda y de oración, especialmente en tiempos y lugares de persecución. Y si nuestros hermanos y hermanas LGBTI son perseguidos, los dirigentes de la iglesia están llamados a permanecer a su lado. En muchos lugares del mundo, las personas LGBTI están expuestas a sufrir las más terribles formas de prejuicios, violencias e incluso asesinatos. «Redadas» de personas LGBTI se producen regularmente en países como Indonesia, Egipto, Azerbaiyán y Chechenia. En algunos países, una persona puede ser encarcelada o incluso *ejecutada* por ser gay o por tener relaciones con personas de su mismo sexo. En el momento en que escribo esto, entablar relaciones con personas del mismo sexo constituye un delito en más de setenta países, y en trece países se castiga con la muerte el mero hecho de ser gay o bisexual.

En esos países, la iglesia institucional tiene el absoluto deber moral de apoyar públicamente a nuestros hermanos y hermanas. Lo cual, tristemente, no sucede muy a menudo y, de hecho, unos cuantos dirigentes de la iglesia han tenido que soportar algunas de estas leyes discriminatorias. Pero la llamada a

permanecer junto a nuestros hermanos y hermanas LGBTI es inherente a la doctrina católica. El *Catecismo* dice que debe evitarse «todo indicio de discriminación injusta» (n. 2.358). Más fundamentalmente, ayudar, defender y preocuparse por cualquiera que esté siendo agredido físicamente forma parte, indudablemente, de la compasión. Forma parte del hecho de ser discípulo de Jesucristo. Quien tenga alguna duda al respecto, que considere la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,25-37).

En lo que a nosotros concierne, ¿que significaría para la iglesia en los Estados Unidos decir, siempre que sea necesario, que «es injusto tratar de ese modo a la comunidad LGBTI»? Con cierta regularidad, los dirigentes católicos hacen públicamente declaraciones –como es su deber– defendiendo a los no nacidos, a los refugiados e inmigrantes, a los pobres, a los «sin techo», a los ancianos... Esta es una forma de estar al lado de la gente: manifestándose públicamente en su favor, incluso «cargando con el muerto» en su lugar.

Pero ¿dónde aparecen declaraciones en favor, específicamente, de nuestros hermanos y hermanas LGBTI? Cuando hago esta pregunta, algunos responden: «No puede compararse lo que tienen que soportar los refugiados con lo que tienen que afrontar las personas LGBTI». Dado que he trabajado durante dos años con refugiados en África oriental, sé perfectamente que eso es muy cierto a menudo. Pero es igualmente importante no ignorar los índices exageradamente elevados de suicidios entre los jóvenes LGBTI y el hecho de que estas personas son, proporcionalmente, víctimas de más delitos de odio que cualquier otro grupo minoritario en nuestro país.

He aquí algunas estadísticas del *Trevor Project*, una organización que ayuda a prevenir los suicidios de adolescentes LGBTI, los cuales nos recuerdan que lo que está en juego es la vida misma:

- El número de intentos de suicidio entre la juventud lesbiana, gay y bisexual es *cinco veces* mayor que entre la juventud heterosexual.

- Los/as jóvenes lesbianas, gais y bisexuales contemplan seriamente la posibilidad de suicidarse *tres veces* más que los jóvenes heterosexuales.
- Los/as jóvenes lesbianas, gais y bisexuales que provienen de familias «abiertamente contrarias» a su condición tienen *8,4* más posibilidades de intentar el suicidio que los jóvenes LGBTI que apenas o en lo más mínimo sienten ese rechazo.
- En una encuesta a nivel nacional, el *cuarenta por ciento* de los adultos transgénero consultados habían intentado suicidarse una vez, y el *noventa y dos por ciento* de ellos afirmaron haberlo intentado ante de los veinticinco años.
- Cada caso de victimización de los/as jóvenes lesbianas, gais y bisexuales –acoso físico o acoso y abuso verbal– incrementa *2,5* veces, por término medio, la probabilidad de una conducta auto-lesiva.

El *bullying* ejercido contra los alumnos en los centros educativos es también un mal al que deberíamos oponernos abiertamente, dada, sobre todo, la larga historia y la amplia experiencia de la Iglesia Católica en la dirección de centros de enseñanza primaria, secundaria y superior.

El GLSEN (*Gay, Lesbian and Straight Education Network*), un grupo dedicado a la protección de estudiantes LGBTI en los Estados Unidos, ofrece las siguientes estadísticas –que dan mucho que pensar– sobre los estudiantes LGBTI de enseñanza media y superior:

- Un *ochenta y cinco por ciento* afirmó ser objeto de acoso verbal.
- Un *sesenta y tres por ciento* declaró tener que escuchar comentarios homofóbicos por parte de profesores del centro.
- Un *cincuenta y siete por ciento* se sentía inseguro a causa de su orientación sexual.

- Un *cincuenta y siete por ciento* no refirió experiencias de *bullying* porque tenían alguna duda de que se hubieran producido.
- Un *sesenta y tres por ciento* que sí declaró haber sufrido *bullying* dijo que el centro no hizo nada por solucionarlo o les recomendó que lo olvidaran.

Como ya he mencionado anteriormente, a raíz de la matanza producida en 2016 en un club gay de la ciudad de Orlando, mientras la comunidad LGBTI estaba de luto en todo el país, personalmente me sentí decepcionado por el hecho de que no fueran más los obispos que mostraran su solidaridad con las víctimas. Algunos sí lo hicieron. Pero imaginemos que el atentado se hubiera producido contra una iglesia metodista. Muchos obispos habrían dicho: «Estamos al lado y apoyamos incondicionalmente a nuestros y hermanas metodistas». ¿Por qué no hubo más dirigentes católicos que hablaran de ese modo de nuestros hermanos y hermanas LGBTI de Orlando? Personalmente, me pareció una falta de compasión y de solidaridad, un fallo imperdonable a la hora de compartir el sufrimiento. Orlando nos invita a todos a reflexionar sobre ello.

Orlando nos invita también a reflexionar sobre lo que implican tales fallos. Como solía decírnos en los cursos de doctorado James F. Keenan, SJ, catedrático de teología moral en el Boston College, lo más frecuente era que Jesús no criticara a quienes eran débiles pero solidarios. A quienes criticaba Jesús era, más bien, a quienes eran fuertes pero insolidarios: por ejemplo, el rico que comía opíparamente y no se preocupaba por el pobre tendido a su puerta y lleno de llagas (Lc 16,19-31); o el jefe de la sinagoga que no se paró a pensar que una pobre mujer necesitara ser curada en sábado (Lc 13,10-16); o el fariseo que no se tomó la molestia de recibir a Jesús en su casa ofreciéndole agua para sus pies (Lc 7,36-45).

Para Jesús, como nos decía el P. Keenan, el pecado consistía en «no tomarse la molestia de amar», que es, en mi opinión, lo que hicieron muchos en la iglesia

con ocasión de la matanza de Orlando. ¿Cuántas veces dejamos nosotros de tomarnos la más mínima molestia de ese modo?

\* \* \*

No tenemos necesidad de buscar muy lejos un modelo de cómo proceder. Dios ya lo encontró para todos nosotros... en Jesús. En las primeras líneas del Evangelio de Juan leemos: «La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Una traducción más exacta del griego original sería: «La Palabra se hizo carne y puso su tienda entre nosotros» (*eskēnōsen en hēmín*). ¿No es una frase realmente hermosa? Dios puso su tienda entre nosotros. Esto es lo que hizo Jesús. Vivió junto a nosotros, se puso de nuestra parte, incluso murió como nosotros.

Eso es lo que la iglesia está llamada a hacer con todos los grupos marginados, como el papa Francisco nos ha recordado a menudo, incluidos los católicos LGBTI: experimentar sus vidas y sufrir con ellos. «Para Jesús –dijo Francisco en 2015, durante una homilía ante un grupo de nuevos cardenales– lo importante, por encima de todo, es llegar a salvar a quienes se encuentran alejados, sanar las heridas de los enfermos, reintegrar a todos en la familia de Dios. ¡Y esto es algo que escandaliza a algunos!».

¿Podemos regocijarnos con nuestros hermanos y hermanas LGBTI? ¿Puede la iglesia entera –desde el papa hasta los feligreses, pasando por los obispos, los sacerdotes y los agentes de pastoral– regocijarse con los dones y talentos, las alegrías y las esperanzas, el entusiasmo y la energía de los católicos LGBTI?

Especialmente entre los más jóvenes de estos, he observado un enorme entusiasmo por la fe. Tal sea porque, a diferencia de sus hermanos y hermanas de más edad, ellos han crecido en una sociedad donde pueden sentirse más cómodos con su sexualidad, por lo que tal vez su identidad sexual les produzca menos agobio. (Esto es tan solo lo que yo supongo). En general, los jóvenes

LGBTI que se muestran más activos en la iglesia ofrecen a esta un montón de dones que podemos celebrar y guardar como oro en paño.

Podemos celebrar y atesorar algo más que los meros dones de los católicos LGBTI. Podemos celebrar y atesorarlos a *ellos*. Esta es también una forma de compasión: tomar parte en sus vidas y experimentar la alegría cristiana que los hombres y las mujeres LGBTI, tengan la edad que tengan, proporcionan a la iglesia.

## SENSIBILIDAD

→

---

¿CÓMO puede la iglesia institucional ser *sensible* para con las personas LGBTI? Es esta una hermosa palabra empleada por el *catecismo*.

Mi viejo *Merriam-Webster's Dictionary* define la *sensibilidad* como «conocimiento y comprensión de los sentimientos de otras personas». Lo cual guarda relación con la llamada a la iglesia, por parte del papa Francisco, a ser una iglesia de «encuentro» y «acompañamiento».

En primer lugar, es casi imposible conocer los sentimientos de otra persona a distancia. No puede uno comprender los sentimientos de una comunidad si no *conoce* a tal comunidad. No puedes ser sensible para con los miembros de la comunidad LGBTI si te limitas a publicar artículos, predicar o «tuitear» sobre ellos... sin conocerlos.

Una razón por la que a la iglesia institucional le cuesta ser sensible en este terreno –y me baso fundamentalmente en lo que he podido observar– es que muchos de sus dirigentes aún no conocen a muchas personas gais o lesbianas. La tentación consiste en esbozar una sonrisa forzada y decir que no es verdad; que los dirigentes de la iglesia conocen a personas gais: sacerdotes y religiosos, concretamente, que no se han manifestado públicamente acerca de su sexualidad. Pero yo voy más allá: muchos dirigentes de la iglesia no conocen, a nivel personal, a personas LGBTI que se hayan manifestado abiertamente acerca de su sexualidad e identidad. Esta falta de familiaridad y de amistad significa que es más difícil para ellos ser sensibles. ¿Cómo puedes ser sensible a las situaciones de las personas si no las conoces? Habría que invitar a la jerarquía, pues, a conocer a católicos LGBTI y entablar amistad con ellos.

Algunas de las razones que subyacen a esta falta de familiaridad y de amistad son fáciles de comprender. Un amigo mío, un gay llamado Brian, formó parte, durante algún tiempo, del personal que trabajaba para un obispo norteamericano. A menudo viajaban juntos en el mismo coche para asistir a un encuentro diocesano o visitar una parroquia. Mientras conducía, el obispo solía hacer comentarios homófobos que ofendían profundamente a mi amigo, el cual trabajaba duramente en la oficina del obispo, concretamente en asuntos de justicia social. De hecho, el obispo solía alabar su comportamiento laboral. (Más tarde, Brian trabajaría en una labor similar en la oficina de la Conferencia Episcopal Norteamericana).

De modo que un día le pregunté a Brian por qué «no salía del armario» ante su jefe. «¿Estás bromeando? –me replicó–; él es la última persona ante la que yo “saldría del armario”. Es terriblemente homófobo, y mucho me temo que perdería mi trabajo». Así que el obispo trabajaba con una persona a la que admiraba y en la que confiaba y que, sin que él lo supiera, además era gay. Su homofobia había hecho más difícil para las personas LGBTI sentirse cómodas a su lado y, tal vez como consecuencia, su homofobia no había remitido.

En 2015, el cardenal Christoph Schönborn, arzobispo de Viena, recordó a la iglesia la importancia de la familiaridad y la amistad en la asamblea del Sínodo de Obispos sobre la Familia, en el que se reunió una serie de obispos, a invitación del papa, para tratar una amplia diversidad de temas relacionados con la familia, entre ellos el de la sexualidad humana. El cardenal Schönborn habló de una pareja gay a la que él conocía y que había hecho que cambiara su forma de ver a las personas LGBTI. Incluso hizo un relativo elogio del matrimonio gay de sus amigos. Dijo el cardenal:

«Comparten sus vidas, comparten sus alegrías y sus penas, se ayudan mutuamente. Hemos de reconocer que estas personas han dado un importante paso para su propio bien y para el bien del otro, aun cuando, naturalmente, no es esta una situación que la iglesia considere regular».

Por otra parte, desautorizó a un sacerdote de su archidiócesis que había prohibido participar en el consejo parroquial a un hombre que había contraído un matrimonio gay. Es decir, el cardenal Schönborn se puso de parte de su hermano LGTBI. Dos años más tarde, hablando del apoyo de la iglesia a la familia en general, dijo: «Favorecer a la familia no significa desfavorecer otras formas de vida; incluso quienes viven una unión homosexual tienen necesidad de su familia». Gran parte de su sensibilidad se debía a su experiencia, conocimiento y amistad con personas LGTBI.

El cardenal Schönborn solía decir que «la iglesia debe acompañar a la gente».

\* \* \*

En esto, como en todo, Jesús es nuestro modelo. Cuando Jesús se encontraba con personas que vivían en los márgenes de la sociedad, no percibía categorías, sino que veía a individuos. Más claro: no digo que los individuos LGTBI deberían ser o sentirse marginados. Lo que digo, más bien, es que en la iglesia muchos de ellos se sienten marginados. Son vistos como «otros».

Pero para Jesús no había tales «otros». Jesús veía más allá de las categorías; se encontraba con las personas allí donde estas estuvieran y las acompañaba.

El Evangelio de Mateo, por ejemplo, refiere el episodio en el que Jesús se encuentra con un centurión romano en Cafarnaún, una localidad pesquera junto al mar de Galilea (Mt 8,5,13). El centurión se acerca a Jesús para pedirle que sane a su criado. Cuando Jesús se ofrece a ir a la casa del centurión, este le replica: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa». Luego le dice que sabe lo que significa tener autoridad, puesto que él también tiene a hombres a su mando. Todo lo que Jesús necesita hacer –dice– es decir una palabra. Jesús manifiesta su asombro ante la fe del centurión y sana a su criado.

En otras palabras, aunque el centurión no era judío y, por tanto, vivía en los márgenes de aquel medio social, Jesús vio en él a alguien necesitado, escuchó lo

que tenía que decir y respondió a su necesidad.

En otro pasaje, esta vez del Evangelio de Lucas, Jesús pasa por Jericó con sus discípulos cuando, de pronto, se encuentra con un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los recaudadores de impuestos (los publicanos) en aquella importante ciudad (Lc 19,1-10). En este relato, Zaqueo, que es descrito como «de pequeña estatura», se sube a lo alto de una higuera porque «trataba de ver quién era Jesús», cosa que no podía hacer, debido a que la multitud se lo impedía.

Cuando Jesús ve a Zaqueo encaramado al árbol, ve a una persona que trata de encontrarse con él. En este punto, es importante recordar que Zaqueo era jefe de los recaudadores de impuestos de la ciudad y que, por lo tanto, sería considerado como el «principal pecador» de aquella sociedad. También él es alguien que se encuentra en los márgenes. Sin embargo, Jesús llama a Zaqueo por su nombre y se autoinvita a comer en su casa.

Jesús estaba deseando estar, permanecer y tratar amistad con todas aquellas personas que pudieran sentirse en los márgenes o incluso fuera de los márgenes de la sociedad judía del siglo I en Galilea y en Judea.

En su ministerio con ellos, el movimiento de Jesús era siempre de fuera hacia dentro. Hacía entrar a los que se encontraban fuera. Al mismo tiempo, llevaba afuera a sus discípulos y a quienes se hallaban dentro: les hacía acercarse a los márgenes.

El mensaje de Jesús fue siempre un mensaje de inclusión, que comunicaba hablando a las personas, sanándolas y ofreciéndoles lo que los escrituristas denominan «comunidad de mesa», es decir, comer con ellas, lo cual constituía un signo de acogida y aceptación en la Palestina del siglo I. Y esto lo hizo una y otra vez, no solo con el centurión romano y con Zaqueo, sino con otros publicanos, así como con prostitutas, con una mujer samaritana y con muchos de los enfermos que también eran vistos como marginados.

Lo que deseo subrayar no es que las personas LGBTI hayan de ser tratadas como pecadoras, como muchas de ellas eran consideradas en aquellos días...,

*porque todos somos pecadores.* Intento decir, más bien, que Jesús se acercaba continuamente a todos cuantos se sentían marginados de algún modo.

De hecho, Jesús fue criticado por ello muchas veces. Pero el movimiento de Jesús era un movimiento de inclusión. Trata de crear un sentido del «nosotros».

Y es que con Jesús no hay «nosotros» y «ellos». Únicamente hay «nosotros».

En este punto, suele objetarse diciendo: «No. Jesús siempre les decía, ante todo, “¡no pequéis”!». No podemos, pues, andar con personas LGTBI, porque son pecadoras –prosigue la argumentación–; y cuando tropecemos con ellas, lo primero que debemos decir es: «¡Dejad de pecar!».

Pero lo más frecuentes es que no sea ese el estilo de Jesús.

En el episodio del centurión romano, por ejemplo, Jesús se encuentra con alguien que no solo no es judío, sino que probablemente cree en múltiples dioses. Pero Jesús no le grita: «¡Pagano!» ni le reprende por no ser judío. En lugar de ello, reconoce su sorpresa ante la fe de aquel hombre, de quien dice «no haber encontrado en nadie una fe tan grande en Israel», y a continuación sana a su criado.

En realidad, el Evangelio de Lucas dice explícitamente que Jesús quedó «asombrado» por la fe del centurión. En otras palabras, Jesús estaba abierto a dejarse sorprender por lo que fuera, en relación con una persona marginada.

Del mismo modo, en el episodio de Zaqueo, después de descubrir encaramado al árbol al recaudador de impuestos, un hombre que simplemente desea ver «quién era Jesús», este no le señala con el dedo ni le grita: «¡Pecador!», sino que le dice que quiere ir a comer a su casa, un signo público de acogida, antes de que Zaqueo haya dicho o hecho nada en absoluto. Solo después de que Jesús se ofrezca a que lo reciba en su casa, Zaqueo se ve movido a conversión, prometiendo además devolver a todos cuanto haya podido defraudarles.

Incluso en tiempos de Jesús, semejante cosa provocaba oposición. La gente, dice Lucas, «se puso a murmurar» ante el gesto de Jesús de ir a hospedarse en

casa de Zaqueo. ¡La misma actitud que a menudo observa hoy mucha gente!

Para Jesús, sin embargo, lo más frecuente es que sea *primero la comunidad* –el conocimiento, el encuentro, la inclusión...– y *después la conversión*.

También aquí estoy hablando de la conversión que todos nosotros necesitamos, no simplemente las personas LGBTI. Todos somos a llamados a la *metánoia*, a la conversión de nuestras mentes y de nuestros corazones.

De hecho, en una fascinante reflexión sobre la relación de Jesús con los recaudadores de impuestos (los publicanos) en el Evangelio de Marcos, dos distinguidos especialistas en Nuevo Testamento, Daniel J. Harrington, SJ, y John R. Donahue, SJ –en la colección de comentarios bíblicos *Sacra Pagina*–, subrayan un importante aspecto de tales relatos. Salvo en el caso de Mateo (o Leví), el recaudador de impuestos que deja su trabajo para seguir a Jesús, «no existe indicio alguno de que los recaudadores de impuestos abandonaran su profesión después de haber establecido contacto con Jesús».

Lo mismo puede aplicarse en el caso de Zaqueo (en el Evangelio de Lucas), que experimenta una *metánoia*, pero no se indica en absoluto que dejara de ser recaudador de impuestos. Y, naturalmente, Jesús siguió encontrándose y comiendo con aquel grupo de personas marginales que eran objeto de intensas controversias (Mc 2,13-17).

En estos casos, ¿cuál era, entonces, la intención de Jesús?

Según los PP. Harrington y Donahue, «equivalía a un sencillo mensaje en el sentido de que Dios amaba a esas personas, las cuales formaban parte del reino que estaba siendo inaugurado por Jesús».

Y concluyen su análisis con la siguiente observación:

«La praxis de Jesús aquí descrita manifiesta una innegable preferencia por los marginales... La iglesia se enfrentan hoy al desafío de emplear sus energías y sus recursos no solo en los “bien vistos” y en los fuertes, sino también (y especialmente) en los que tienen necesidad de ser sanados y sentirse aceptados por Dios».

El papa Francisco se hizo eco de este enfoque en una conferencia de prensa en 2016, en su vuelo de regreso a Roma tras la visita que realizó a Georgia y Azerbaiyán: «Las personas deben ser acompañadas, como las acompañó Jesús. Si una persona en esa situación que usted me plantea se acerca a Jesús, seguro que este no le dirá: “Márchate, porque eres homosexual”».

La sensibilidad se basa en el encuentro, el acompañamiento y la amistad

\* \* \*

¿Adónde nos conduce esto? Al segundo significado de *sensibilidad*, que es, en el lenguaje habitual, una aguda conciencia de lo que puede causar daño u ofender a alguien. Cuando somos sensibles a las situaciones de los demás, entonces somos sensibles a todo cuanto pueda ofenderles innecesariamente.

Una forma de ser sensible consiste en considerar el lenguaje que empleamos. Algunos obispos han invitado recientemente a la iglesia a revisar la expresión «objetivamente desordenado» cuando se emplea para describir la inclinación homosexual (como ocurre en el n. 2.358 del *Catecismo*). La expresión se refiere a la orientación, no a la persona; pero no deja de ser, como me han dicho muchas personas LGTBI, innecesariamente hiriente para ellas.

Para comprender mejor el contexto de esta frase, reproducimos la enseñanza del *Catecismo* sobre este asunto, y sobre la homosexualidad en general:

«[2.357] La homosexualidad designa las relaciones entre hombres o mujeres que experimentan una atracción sexual, exclusiva o predominante, hacia personas del mismo sexo. Reviste formas muy variadas a través de los siglos y las culturas. Su origen psíquico permanece en gran medida inexplicado. Apoyándose en la Sagrada Escritura, que los presenta como depravaciones graves, la Tradición ha declarado siempre que “los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados”. Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una

verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso

[2.358] Un número apreciable de hombres y mujeres presentan tendencias homosexuales profundamente arraigadas. Esta inclinación, objetivamente desordenada, constituye para la mayoría de ellos una auténtica prueba. Deben ser acogidos con respeto, compasión y sensibilidad. Se evitirá, con respecto a ellos, todo signo de discriminación injusta. Estas personas están llamadas a realizar la voluntad de Dios en su vida y, si son cristianas, a unir al sacrificio de la cruz del Señor las dificultades que pueden encontrar a causa de su condición.

[2.359] Las personas homosexuales están llamadas a la castidad. Mediante virtudes de dominio de sí mismo que eduquen la libertad interior, y a veces mediante el apoyo de una amistad desinteresada, de la oración y la gracia sacramental, pueden y deben acercarse gradual y resueltamente a la perfección cristiana».

En algún sentido, nuestra sexualidad afecta a todo cuanto hacemos, incluida la forma en que amamos, aun cuando no esté implicada ni se contemple la expresión sexual de tal amor. Por eso, denominar como «objetivamente desordenada» la sexualidad de una persona significa decirle a una persona que todo cuanto tiene que ver con su amor, aun el más casto, es desordenado. Lo cual parece innecesariamente cruel.

Reconsiderar, actualizar o incluso prescindir de semejante lenguaje fue algo que se debatió en el Sínodo sobre la Familia, según algunos medios. Posteriormente, en 2016, un obispo australiano, Vincent Long Van Nguyen, dijo en una conferencia:

«No podemos hablar de la integridad de la creación, del amor universal e inclusivo de Dios, a la vez que colaboramos con los poderes opresivos en el maltrato infligido a las minorías raciales, a las mujeres y a las personas homosexuales... No gozaríamos de ningún crédito entre los jóvenes, especialmente cuando afirmamos tratar con amor y compasión a las

personas homosexuales y, sin embargo, definimos su sexualidad como “intrínsecamente desordenada”».

Al finalizar una charla parroquial, la madre de un hijo gay me preguntó: «¿Entiende la gente lo que puede significar para un muchacho gay de catorce años leer un lenguaje como ese? Podría *destruirlo*».

Forma parte de la sensibilidad comprender esto. Forma parte de la sensibilidad escuchar a esta madre.

## RESPETO

←

---

DÉMONOS ahora una vuelta por el otro carril del puente, el que conduce de la comunidad LGBTI a la iglesia institucional. ¿Qué puede significar para los católicos LGBTI tratar con respeto, compasión y sensibilidad a la iglesia institucional?

En la Iglesia Católica, la jerarquía goza de un inmenso poder institucional. Miembros de la jerarquía tienen el poder de admitir a los individuos a los sacramentos, de permitir o prohibir a los sacerdotes celebrar tales sacramentos, de autorizar o impedir ministerios diocesanos o parroquiales, de consentir o no que las personas conserven sus puestos de trabajo en las instituciones católicas, etcétera.

Pero los católicos LGBTI también tienen poder. Los medios de comunicación occidentales, por ejemplo, cada vez empatizan con la comunidad LGBTI más que la jerarquía católica. Se trata de una especie de «poder blando». Sin embargo, en la iglesia institucional es la jerarquía la que actúa desde posiciones de poder (y no blando, precisamente).

A los católicos LGBTI se les invita a tratar con respeto, compasión y sensibilidad a esas personas que ocupan el poder. ¿Por qué? Porque, como ya hemos mencionado, se trata de un puente de doble sentido. Más importante aún: los católicos LGBTI son cristianos, y esas tres virtudes que he citado expresan el amor cristiano; son ellas las que contribuyen a construir toda la comunidad.

Para muchos católicos LGBTI, esto puede constituir un desafío y puede incluso resultar doloroso de oír, dado el modo en que han sido tratados durante tantos años. Yo únicamente les invito a meditar sobre lo que significan las

palabras *respeto, compasión y sensibilidad* aplicadas a su relación con la iglesia. Este es el momento de dejar a un lado la mentalidad «nosotros-y-ellos», porque no hay ni «nosotros» ni «ellos» en la iglesia.

¿Qué podría significar para la comunidad LGBTI mostrar respeto por la iglesia. Y al decir «la iglesia», me refiero concretamente al papa y los obispos – es decir, a la jerarquía y, más ampliamente, al magisterio, a la autoridad doctrinal de la iglesia.

Los católicos creemos que los obispos, los sacerdotes y los diáconos reciben en su ordenación la gracia para ejercer un especial ministerio de liderazgo en la iglesia. También creemos que los obispos tienen una autoridad que les viene de los apóstoles. Esto es lo que queremos decir, en parte, cuando cada domingo, durante la misa, profesamos nuestra fe en que la iglesia es «apostólica». Creemos, además, que el Espíritu Santo inspira y guía a la iglesia. Ciertamente, esto se produce a través del Pueblo de Dios, que, como enseña el Concilio Vaticano II, está imbuido del Espíritu, pero también a través de los papas, los obispos y el clero, en virtud de su ordenación y de sus cargos.

La iglesia institucional –papas y concilios, arzobispos y obispos– hablan con autoridad en su papel de maestros. No todos ellos hablan con el mismo nivel de autoridad (trataremos de ello más adelante), pero los católicos debemos considerar piadosamente lo que ellos enseñan. Y para hacerlo, se nos invita a escuchar. Su enseñanza merece nuestro respeto.

De modo que, en primer lugar, se nos invita a escuchar. En todos los temas, y no solo en lo relacionado con la comunidad LGBTI, el episcopado habla con autoridad y se inspira en el inmenso pozo de la tradición. Cuando los obispos hablan sobre temas como –entre otros– el amor, el perdón y la misericordia, así como sobre la solicitud para con los pobres, los marginados, los no nacidos, los sin hogar, los prisioneros, los refugiados, etcétera, se inspiran no solo en los evangelios, sino también en el tesoro espiritual de la tradición de la iglesia. A menudo, sobre todo en cuestiones de justicia social, los obispos lo hacen con una sabiduría que difícilmente encontraremos en otras instancias.

Cuando el episcopado habla sobre asuntos que tienen que ver con la comunidad LGBTI de un modo en el que no coinciden con los católicos LGBTI, a quienes tal vez enojan y hasta ofenden, tales católicos deben sentirse invitados a escuchar atentamente... y a preguntarse: «¿Qué están diciendo? ¿Por qué lo dicen? ¿Qué es lo que subyace a sus palabras?». Los católicos LGBTI son llamados a escuchar, a considerar, a orar y, por supuesto, a hacer uso de su conciencia debidamente informada, al tiempo que disciernen cómo vivir su vida.

Además de lo que podríamos llamar «respeto eclesial», la jerarquía merece el más elemental respeto humano. A menudo me entristecen las cosas que, sobre determinados obispos, oigo decir a algunos católicos LGBTI y a quienes los apoyan. Oigo tales cosas en privado, pero también en público. Hace poco, en respuesta a una declaración de algunos obispos sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo, un grupo LGBTI dijo que los obispos deberían dejar de vivir «encerrados en sus torres de marfil». Yo pensé: «*¿De veras? ¿Estáis diciendo que también los obispos de diócesis miserables? ¿Que ellos viven en “torres de marfil”? ¿Obispos que ejercen su ministerio con los pobres, que visitan regularmente parroquias en las que se atiende a gentes marginadas, que subvencionan escuelas donde se educa a los hijos de familias paupérrimas y gestionan organizaciones caritativas católicas?*». Podéis estar en desacuerdo con los obispos, pero esa clase de lenguaje no solo es desconsiderado, sino además inexacto.

Más grave aún: algunos católicos LGBTI y quienes les apoyan se burlan a veces de los obispos por sus promesas de celibato, por sus residencias y, en especial, por su vestimenta. El hecho de subir a la red fotografías de obispos vistiendo elaboradísimos ornamentos litúrgicos pretende dar a entender que los obispos son afeminados, hipócritas o gais reprimidos.

Desea la comunidad LGBTI proceder de tal modo? ¿Desean los gais tildar de afeminados a los obispos, cuando muchos hombres gay probablemente tuvieron

que soportar bromas mucho más crueles por esa misma razón cuando eran jóvenes? ¿No significa eso, simplemente, perpetuar un «bucle» interminable de odio? ¿Cómo pueden censurar a un obispo por no respetar a la comunidad LGBTI cuando ellos, a su vez, no le muestran ningún respeto? ¿Está bien que unas personas critiquen a otras por sus presuntas actitudes no cristianas, cuando ellas mismas son no cristianas?

Algunas personas LGBTI piensan que se trata de una condena justificable de lo que ellas consideran una hipocresía. Un hombre gay me dijo que él sentía que era no solo justificable, sino «terapéutico», sobre todo cuando la condena iba dirigida contra ciertos dirigentes de la iglesia que, según sus palabras, «habían dicho cosas espantosas sobre los gais».

Pero yo invito a las personas LGBTI a reflexionar sobre esta pregunta: ¿Es todo ello acorde con nuestra vocación cristiana? A mí, personalmente, me parece una perpetuación del interminable «bucle» de odio que ya he mencionado.

Esto puede resultar muy duro de escuchar para personas que se sienten desalentadas por la iglesia. Un amigo gay me decía recientemente que toda esa burla no está originada por el odio, sino por una sensación de haber sido traicionados. «Saber que hay miembros de la jerarquía que son gais», me escribía hace poco, «resulta a la vez frustrante y desolador cuando les oyes descalificar a los laicos LGBTI».

Pero respetar a las personas con quienes no estás de acuerdo forma parte del núcleo mismo del estilo cristiano, una parte del cual la constituye, sin duda, el perdón, una virtud cristiana esencial.

Incluso desde un punto de vista humano, representa una buena estrategia. Si deseas sinceramente influir en la visión de la iglesia respecto de los LGBTI, te ayudará ganarte la confianza de los miembros de la jerarquía. Una forma de conseguirlo consiste en respetarlos. De nuevo, puede que esto resulte difícil de oír para las personas LGBTI. Pero la mayoría de los representantes de la iglesia, al menos los que yo conozco, simplemente reaccionan mejor ante un diálogo cortés que ante una protesta airada. Y esto puede afirmarse, de hecho, no solo de la

mayoría de los obispos, sino de la mayoría de la gente. Por eso, tanto la visión cristiana del asunto como el mero sentido común recomiendan: «Respetadlos».

\* \* \*

Para finalizar, una anécdota: recién acabada una charla en el centro católico de una gran universidad, el padre de un joven gay se levantó para plantear un problema. Me dijo que él y su mujer habían acogido a su hijo con los brazos abiertos y de todo corazón después de que él les hubiera hecho saber su condición sexual. Al mismo tiempo, el padre dijo que su obispo nunca había visto con buenos ojos a las personas LGBTI. Y refirió una sorprendente historia – un tanto optimista, pero en absoluto edulcorada– acerca de «tender un puente» de respeto. Lo que sigue son sus propias palabras, tomadas de una carta que me envió posteriormente y cuyo estilo he modificado ligerísimamente:

«No hace mucho, nuestro nuevo obispo presidía su primera celebración de una confirmación, precisamente en nuestra parroquia. Durante la homilía, se refirió a los males que conlleva el matrimonio entre personas del mismo sexo, cosa que siguió haciendo posteriormente en las distintas celebraciones de confirmación, después de que el papa Francisco hubiera afirmado que la iglesia se había “obsesionado” con la homosexualidad y necesitaba recuperar un “nuevo equilibrio” en su predicación.

Yo escribí al obispo una carta, en un tono un tanto airado, en el que ponía de relieve el contraste entre el mensaje del papa y el suyo. Él me respondió con otra carta igualmente airada. Luego le escribí otra carta en la que empleé un tono bastante más suave, y él me respondió en un tono también bastante más sosegado y comprensivo. Y ahí acabó nuestra comunicación.

Un hecho decisivo tuvo lugar mientras leía la *Regla de San Benito*, el texto del siglo VI que rige la vida de las comunidades benedictinas. He de aclarar que yo soy un “laico cisterciense”, es decir, una persona laica afiliada a una abadía cercana y que se ha comprometido a vivir de acuerdo con la *Regla*, adaptada a nuestra vida individual.

En un determinado momento, san Benito escribe: “Soporta con paciencia las injurias. Perdona a tus enemigos (Mt 5,44; Lc 6,27). Si alguien te maldice, no le respondas con otra maldición, sino bendícelo”.

Aquellas palabras me llegaron al corazón. En mi mente, había hecho del obispo un enemigo. Por primera vez, tenía que poner en práctica el mandato más difícil de la Biblia: “Ama a tus enemigos”. Recé por él... y para que se me perdonara mi indignación.

Entonces recordé algo importante: hace unos años, asistí, junto con mi esposa, a una charla en nuestra parroquia titulada “Acoger a los católicos gais en la iglesia”, donde supimos que el *Catecismo* enseña que los gais deberían ser tratados con “respeto, compasión y sensibilidad”.

Después de lo ocurrido con el obispo, dije a mi mujer: “Debería tratar al obispo con el mismo respeto, compasión y sensibilidad con que deseo que él trate a nuestro hijo. Tengo que ser con él como quiero que sea él conmigo”.

De modo que, en el espíritu de san Benito, escribí una nueva carta en la que citaba el elevado índice de suicidios entre las personas LGBTI, presentándolos como un “problema vital”, y le preguntaba si podríamos hablar sobre ello en un espíritu de amor por mi hijo y de amor por nuestra iglesia.

Para mi sorpresa, su secretario me llamó para concertar una entrevista. En nuestro primer encuentro, hablamos durante una hora y media. Yo me mostré lo más cercano que pude, compartiendo con él la historia de mi vida con mi mujer y nuestro hijo (incluso le enseñé dibujos suyos desde que era un niño hasta sus tiempos de “Águila Scout”), le hablé de cómo había nacido nuestro hijo y cómo yo había sospechado que podría ser gay desde que tenía tan solo tres años.

Por mi parte, traté de apelar a su corazón y no entablar un debate intelectual.

Luego le dije: “Lo más doloroso de todo este asunto para mi hijo, para mi mujer y para mí ha sido ver cómo no era bien acogido e incluso era rechazado por la iglesia”.

En ese momento, el obispo me preguntó con un aspecto de auténtico desconcierto: “¿Puedo preguntar por qué se siente él tratado de ese modo?”

La primera respuesta que se me ocurrió fue: “¡Usted se está burlando de mí!”

Pero me di cuenta de que probablemente nunca había tenido una conversación como aquella con el padre de un joven gay. Aunque yo me sentía decepcionado de que él no fuera consciente de cómo podía sentirse mi hijo o cualquier otra persona LGBTI, pude percibir que era una persona abierta, sincera y que grataba de comprender. Su pregunta me hizo caer en la cuenta de la importancia de nuestro encuentro, si es que tenía que existir alguna esperanza de que se produjera en nuestra iglesia una reacción con respecto a este problema.

Durante nuestro encuentro, cité varias veces el documento de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos *Always Our Children*, de 1997, sobre el ministerio con las personas LGBTI. Al término de nuestra primera sesión, me dijo: “Ha citado usted *Always Our Children*, pero ¿conoce usted el documento actualizado en 2006?” No. No lo conocía. Entonces, para mi sorpresa, me invitó a hablar sobre dicho documento y sobre el grupo “Courage”, que anima a las personas LGBTI a vivir la castidad. Yo leí, investigué a fondo y oré a partir del documento de 2006, que me resultó algo difícil de comprender... y nos pusimos a debatir durante más de una hora. Luego nos reunimos de nuevo para debatir acerca de “Courage”, también durante más de una hora. Y está previsto que nos veamos de nuevo en unos meses.

No estoy seguro de lo que habremos podido avanzar, pero mi esperanza y mi oración van en el sentido de que algo ha ocurrido, y el resultado lo dejo en manos del Espíritu Santo. Por más que esté en desacuerdo con su teología y con su forma de aferrarse a la “ley natural”, por encima de la ciencia y de las propias Escrituras, tengo que reconocer que ahora admiro al obispo por su disposición a encontrarse conmigo y por ser tan generoso con su tiempo».

Según mi experiencia, esta es la forma de tender un puente que, en definitiva, producirá más fruto. Hay un tiempo para protestar, pero hay también un tiempo para dialogar respetuosamente.

## COMPASIÓN

←

---

¿EN qué podría consistir mostrar compasión para con la jerarquía.

Ante todo, recordemos la definición de *compasión*: «experimentar con» o «sufrir con». Y una parte de ello, como ya he mencionado, consiste en saber cómo es la vida de una persona. Una parte de la compasión para con la iglesia institucional, por tanto, consiste en comprender realmente la vida de las personas que en ella ejercen el poder.

En mis años como jesuita he conocido a muchos cardenales, arzobispos y obispos. A bastantes de ellos los considero amigos, y muchos han sido muy amables conmigo personalmente. Todos a los que he conocido son hombres de oración y muy trabajadores, servidores leales de la iglesia que tratan de llevar a cabo el ministerio para el que fueron ordenados.

Hace pocos años, por ejemplo, un cardenal conoció a un amigo mío cuya madre padecía una enfermedad terminal. Aunque estábamos asistiendo a un acto bastante multitudinario, el cardenal se llevó aparte a mi amigo, habló con él en privado, rezó con él allí mismo y, finalmente, le pidió el número del teléfono de su madre. Al día siguiente, el cardenal la llamó a su casa, y le dijeron que en ese momento no estaba disponible. «¿Qué hora sería buena para volver a llamar?», preguntó. Quince minutos más tarde, llamó de nuevo y habló con ella largo y tendido, aliviándola de sus preocupaciones y temores.

Otro cardenal me sorprendió llamándome una noche para animarme a proseguir mi ministerio con las personas LGBTI y compartir conmigo sus propios esfuerzos por llegar a esa comunidad. «¡Sigue así!», me dijo.

Un arzobispo se convirtió en amigo mío después de que me invitara a hablar ante una asamblea de su diócesis. Después de invitarme a cenar relajadamente la noche anterior, junto con algunos miembros de su equipo, vino a recogerme a las 5,30 de la mañana siguiente en su pequeño coche y recorrimos el camino hasta la iglesia donde debía pronunciar mi charla. Durante el trayecto, que duró una hora, me hizo partícipe, con enorme transparencia, de las alegrías y las frustraciones de su ministerio.

Y a un obispo que trabaja en el Vaticano, con quien he entablado una buena amistad y que me aconseja sobre numerosos temas, le encanta contarme divertidas anécdotas acerca del hecho de que a su madre no le impresiona el hecho de que sea obispo ni lo que ella llama su «gracioso sombrero».

Si refiero todas estas historias, no es para mostrar a cuántos cardenales y obispos conozco, sino para recordar al lector que los miembros de la jerarquía son algo más que lo que la gente pueda leer u oír acerca de ellos. Y lo mismo puede decirse de todos los dirigentes de la iglesia, clérigos o laicos. En la medida en que la iglesia institucional es invitada a conocer y tratar a las personas LGTBI como hermanos y hermanas, así también la comunidad LGTBI es invitada a conocer y tratar como hermanos a esos dirigentes de la iglesia.

Verlos como personas que se esfuerzan lo más posible por amar forma parte de la compasión. Y lo mismo se diga sobre comprender la responsabilidad de sus respectivos trabajos.

Actualmente, además del normal «triple ministerio» de los obispos de «enseñar, gobernar y santificar» (es decir, enseñar el Evangelio, regir la diócesis y celebrar los sacramentos), los obispos tienen que hacer lo siguiente:

- *Dotar de personal a las parroquias, dado el progresivo descenso del número de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa.*
- *Hacer frente a los efectos colaterales –económicos, legales y emocionales– de los casos de abuso sexual por parte del clero, casos con los que, habitualmente, ellos no tienen nada que ver.*

- *Decidir qué parroquias y escuelas clausurar o reforzar, ante las conmovedoras peticiones o airadas protestas de feligreses, vecinos, alumnos y antiguos alumnos.*
- *Contribuir a recaudar fondos para casi todas las instituciones de sus respectivas diócesis: escuelas, hospitales, casas de retiro, hogares sacerdotiales y agencias de servicios sociales.*
- *En algunos casos, ocuparse de una diócesis en crecimiento y con un número cada vez mayor de fieles, teniendo que afrontar la falta de recursos e infraestructuras.*
- *Responder a las quejas de católicos airados que acuden a los despachos diocesanos para presentar todo tipo de quejas: supuestas arbitrariedades litúrgicas cometidas en las celebraciones eucarísticas; comentarios indebidos de un sacerdote durante una homilía; un artículo desafortunado en el periódico diocesano; e incluso el hecho de que un católico haya recibido un premio de un grupo que no es de su gusto.*

El no ver a estos dirigentes de la iglesia en el contexto de sus complicadas funciones significa no percibir la realidad de la situación; o puede también revelar una falta de compasión que obstaculiza la receptividad del mensaje que está siendo comunicado. Una compasión que sí se daba, por ejemplo, en el caso que veíamos en el capítulo anterior: el del padre de un joven gay que trató de comprender a su obispo como alguien que quizá nunca había conocido anteriormente al padre de un muchacho gay.

\* \* \*

La compasión nos conduce, además, a lo que podríamos llamar una «igualdad de corazón», que significa llegar a comprender que al menos algunas personas que ocupan puestos de liderazgo en la iglesia pueden ellas mismas verse en una

situación problemática. Puede tratarse de hombres homosexuales que, a una edad temprana, se vieron torturados por las mismas actitudes de odio de que eran objeto la mayoría de las personas LGTBI y que ingresaron en un mundo religioso que parecía permitirles una cierta seguridad y privacidad.

En un escrito publicado en 2010 en la *London Review of Books*, el novelista irlandés Colm Tóibín, que ha declarado abiertamente ser gay, ofrecía un perspicaz y empático resumen de cómo podría haber sido ese proceso. Recordaba Tóibín haber asistido, con dieciséis años, a un «taller» para muchachos que creían tener vocación para el sacerdocio:

«Algunas de las razones por las que algunos hombres gais se hacen sacerdotes son obvias y bien sencillas; otras, no tanto. El hacerse sacerdote, en primer lugar, parecía resolver el problema que suponía el que los demás supieran que eras homosexual. Como sacerdote, podías ser célibe (o soltero), y todo el mundo podría entender las razones: porque habías sentido la vocación, es decir, habías sido llamado por Dios, habías sido especialmente escogido por él. Para otros jóvenes, la idea de no tener nunca sexo con una mujer era algo que, simplemente, no podían contemplar. Para ti, en cambio, esa clase de sexo resultaba problemática, de modo que no tenías un proyecto de futuro precisamente fácil. Por otra parte, la idea de hacer un voto de no tener jamás sexo con una mujer te ofrecía un alivio. Pero la idea de que podrías desear tener sexo con hombres, de que podrías estar “inclinado en ese sentido”, como solía decirse, ni siquiera se mencionó una sola vez durante aquel “taller” en el que se hablaba de todo lo habido y por haber».

Estas distan mucho de ser las únicas razones por las que algunos hombres gay ingresan en los seminarios y en las casas de formación de las órdenes religiosas. En general, los sacerdotes y religiosos gais ingresan por las mismas razones por las que lo hacen sus homólogos heterosexuales: se sienten llamados por Dios a seguir el Evangelio de ese modo, a servir a la iglesia de ese modo, a ayudar a la gente de ese modo... Sin embargo, las razones aducidas por Tóibín (una cierta privacidad, una forma de servir a Dios sin tener que admitir la propia

sexualidad) pueden haber sido factores adicionales en una llamada concreta a dicha forma de vida. Puede que algunos hayan seguido viendo las cosas del mismo modo, aun cuando en las últimas décadas, poco a poco, la verdad en relación con la condición de gay se ha entendido cada vez mejor, y vivir con ello ya no resulta tan aterrador.

Algo parecido a esto es haber vivido teniendo que soportar los efectos del odio –especialmente el odio tan arraigado hace pocas décadas– a los gais y a las lesbianas y sin ser capaz de admitir una parte muy privada de uno mismo. Por eso se invita a los católicos LGBTI a amar y orar por aquellos a quienes el teólogo James Alison describe como nuestros «hermanos en apuros», aun cuando su propio entorno les lleve a veces a comportarse como si fueran enemigos de la comunidad LGBTI.

La invitación es a ver a esos obispos y otros dirigentes de la iglesia en toda su humanidad y su complejidad y teniendo que soportar la carga de sus ministerio. Sé que esto puede resultar difícil para algunas personas LGBTI, y sé también que los dirigentes de la iglesia están llamados del mismo modo a comprender la complejidad de la vida de las personas LGBTI; pero intentarlo forma parte de la compasión cristiana.

Muchas personas de la comunidad LGBTI sienten que los miembros de la iglesia institucional, al menos algunos obispos y sacerdotes, les han perseguido. Por eso ven a esos hombres como sus enemigos, sus perseguidores o, cuando menos, como hombres que no les comprenden. Y es triste reconocer que algunos obispos, sacerdotes y diáconos realmente han dicho y hecho cosas que revelan su ignorancia y que son verdaderamente hirientes e incluso odiosas.

Un amigo mío gay decía que se sentía particularmente airado a raíz de que estallara el escándalo de los abusos sexuales por parte de algunos clérigos. Después de unos años tratando de permanecer en la iglesia, a pesar de no sentirse acogido en ella, se sintió profundamente traicionado por la institución. «Estaba realmente furioso», me dijo. ¿Cómo podía aceptar condenas de su

propia sexualidad por parte de miembros de la jerarquía que habían encubierto delitos de abusos sexuales?

Esto no debería sorprender a nadie. Muchos católicos –tanto heterosexuales como LGBTI– se sintieron escandalizados, y con razón, por tales abusos sexuales, que alcanzaron su apogeo informativo a comienzos de este siglo. Los abusos sexuales perpetrados contra niños por parte de sacerdotes y hermanos religiosos (y ocasionalmente por religiosas) eran delitos que producían auténtico horror, y muchos católicos reaccionaron abandonando la iglesia. Y es que para algunas personas LGBTI, de lo cual se hacían eco los comentarios de mi amigo, resultaba excesivamente insoportable descubrir que algunos miembros de la misma jerarquía que habían condenado tales delitos como «objetivamente desordenados», o bien no habían abordado debidamente el problema, o bien habían hecho «la vista gorda» ante los abusos contra niños por parte del clero.

En todos los años en que he asesorado y hablado con hombres y mujeres LGBTI, he oído incontables historias de crueles y despiadados comentarios realizados por algunos sacerdotes en homilías y en conversaciones privadas que revelan las más odiosas actitudes hacia las personas LGBTI. Una y otra vez, he tenido que escuchar la misma pregunta: «¿Cómo puedo permanecer en una iglesia que me trata de ese modo?» Creo, no obstante, que tales hechos representan una minoría por parte de la jerarquía y del clero, aunque se trata de una minoría que, hasta hace muy poco, se intentaba hacer ver como no tan minoritaria en la iglesia; creo que la tendencia está cambiando poco a poco; y creo que la actitud del papa Francisco y las medidas que está tomando hoy un importante número de dirigentes de la iglesia están contribuyendo a sanar de algún modo la herida. Muchos dirigentes de la iglesia –obispos y sacerdotes– manifiestan comprender profundamente el daño que han padecido los católicos LGBTI.

Por ejemplo, a raíz de la matanza de la discoteca *Pulse* en Orlando, el obispo Robert Lynch, de Saint Petersburg (Florida), que desde entonces se ha retirado, escribió en su blog lo siguiente:

«Desdichadamente, es la religión, incluida la nuestra, la que tiene en su punto de mira, sobre todo verbalmente, y alimenta a menudo el desprecio por los gais, las lesbianas y los/as transexuales. Los ataques que se lanzan hoy contra hombres y mujeres LGBTI siembran muchas veces la semilla del menosprecio, seguido de un odio que puede desembocar en la violencia. Todos esos hombres y mujeres que fueron abatidos a tiros en la madrugada de ayer habían sido creados a imagen y semejanza de Dios. Eso es lo que nosotros enseñamos, lo que nosotros creemos y lo que nosotros representamos. Sin saber todavía quiénes perpetraron la matanza, cuando vi al Imán musulmán asistir a la conferencia de prensa de ayer por la mañana, supe que en alguna parte del trágico asunto había que buscar raíces religiosas. Cuando unas personas perturbadas hacen tales cosas carentes de todo sentido, todos nosotros observamos, juzgamos y actuamos desde algún tipo de trasfondo religioso. Elegir como víctimas a unas personas a causa de su religión, su orientación sexual, su nacionalidad..., ha de resultar ofensivo a los ojos de Dios. Esto tiene que parar ya».

En otras palabras, muchos dirigentes católicos apoyan a la comunidad LGBTI. Y la iglesia está cambiando en relación con su acogida.

\* \* \*

Uno de los signos más extraordinarios de este reciente cambio fue el recibimiento público dispensado, por parte del cardenal Joseph Tobin, de Newark, a un grupo de peregrinos LGBTI.

Se trata de un grupo denominado *In God's Image* («A imagen de Dios») que trabaja en quince parroquias de Nueva Jersey, Pensilvania y Nueva York y que agrupa a personas LGBTI para compartir sus reflexiones y su fe. En 2017, el grupo tuvo la idea de organizar una peregrinación para católicos LGBTI a la catedral-basílica del Sagrado Corazón en Newark. Cuando se pusieron en contacto, con el cardenal Tobin, este les sorprendió con una carta en la que decía: «Estoy encantado de que usted y los hermanos y hermanas LGBTI hayan pensado en visitar nuestra catedral».

El día de la peregrinación, más de ciento cincuenta peregrinos LGBTI viajaron hasta la magnífica catedral, donde un obispo celebró una misa junto con varios sacerdotes como concelebrantes. Previamente, el cardenal Tobin, revestido con una resplandeciente casulla roja, en pie delante del altar mayor, dio la bienvenida a los peregrinos con palabras del Antiguo Testamento: «Yo soy José, vuestro hermano», dijo; «yo soy vuestro hermano, como discípulo de Jesús; yo soy vuestro hermano, como un pecador que encuentra misericordia en el Señor».

En la primera plana del *New York Times*, el cardenal Tobin explicó: «La palabra que he empleado es “bienvenidos”... Se trata de personas que no se han sentido bienvenidas en otros lugares. Rezo para que lo sean. Hoy, en la iglesia católica, leemos un pasaje del Nuevo Testamento en el que se dice que tenemos que saber dar razón de nuestra esperanza. Y yo pido que esta peregrinación sea para ellos, y para toda la iglesia en realidad, una razón para la esperanza».

De modo que cada vez es mayor el número de obispos que se muestran acogedores.

Por cierto que, recientemente, pronuncié una charla en una de las parroquias cuyos responsables laicos habían colaborado en la preparación de la peregrinación a Newark. Enfrente de la iglesia había algo que me sorprendió y me emocionó: una lápida en un pequeño jardín a escasa distancia de una estatua de María. La lápida decía: «Praying for Peace and Unity. Remembering the Orlando Victims: 12 June 2016. Recordemos, creamos».

De modo que también es cada vez mayor el número de parroquias que se muestran acogedoras.

Sin embargo, ¿cuál es la respuesta cristiana de algunos católicos LGBTI que siguen mostrando su hostilidad hacia excelentes dirigentes de la iglesia?

A modo de sugerencia, permítaseme referir una historia personal. Cuando yo tenía veintisiete años, dije a mis padres que iba a entrar en la Compañía de Jesús. Les solté la noticia así, sin más: ni siquiera les había dicho nunca que estuviera pensándolo. No es de sorprender, por tanto, que se sintieran confusos e

incluso disgustados. Consideraron que mi decisión era precipitada. Y aquello me confundió y me disgustó a mí.

Me preguntaba: *¿Cómo es posible que no vean lo que lo que estoy haciendo? ¿Cómo es posible que no me comprendan?* Se lo dije a mi director espiritual, y este me replicó: «Has tenido veintisiete años para ir haciéndoles a la idea, Jim. Y vas y se lo sueltas de repente. Dales tiempo».

Por muy provocador que pueda resultar escucharlo, y sin menospreciar en absoluto el sufrimiento que las personas LGBTI han tenido que padecer en la iglesia, me pregunto si tales personas no podrían seguir dando tiempo a la iglesia institucional: tiempo para conocerse mutuamente. En realidad, una comunidad que abierta y públicamente se declara LGBTI es algo nuevo, incluso para mí. De hecho, el mundo está empezando a familiarizarse con la idea. Y lo mismo ocurre con la iglesia.

Se trata de un problema indudable, pero tal vez no deba sorprender. Lleva tiempo conocer a la gente. Por eso, quizá la comunidad LGBTI pueda seguir regalándole a la iglesia institucional el don de la paciencia.

Si, aun después de todo lo dicho, algunas personas siguen viendo como enemigos a algunos dirigentes de la iglesia, la actitud cristiana más profunda consiste en rezar por ellos. Y no soy yo quien lo dice, sino que lo dice el Jesús de los Evangelios: «Amad a vuestros enemigos, orad por quienes os persiguen» (Mt 5,44-48; Lc 6,27-36).

¿A qué me refiero con «rezar por ellos»? No a esa clase de oración condescendiente que dice: «Dios, ayúdales a no ser tan horribles», sino a una oración sincera por su bienestar. Naturalmente, podemos orar por la conversión de una persona, por su *metánoia*, especialmente si se trata de alguien que no parece estar dispuesto a mostrarse misericordioso y compasivo con los demás; pero la oración debería hacerse siempre con un corazón lleno de amor. La verdadera oración desea que los demás crezcan y prosperen.

Si a algunos católicos sigue costándoles orar por los dirigentes de la iglesia, pueden hacer un tipo de oración que a mí suele ayudarme cuando otra persona

«no me cae bien». Mi oración consiste en tratar de ver a esa persona tal como Dios la ve.

Mi experiencia es que este tipo de oración siempre obtiene respuesta.

## SENSIBILIDAD

←

---

Volvamos a la hermosa palabra *sensibilidad*. Una vez más, podemos emplearla (como hacíamos con las palabras «respeto» y «compasión») en el sentido de no denigrar a los obispos o a la jerarquía. Y una vez más, no se trata de mera cortesía humana, sino de caridad cristiana. Pero querría emplear *sensibilidad* en otro sentido. Querría invitar a la comunidad LGBTI a considerar más detenidamente quién es el que habla y cómo lo hace. En este punto, es cuestión de teología; más concretamente, de eclesiología, que es la rama de la teología cristiana que trata sobre la iglesia misma. Me gustaría centrarme en la idea teológica –que forma parte tradicional de la doctrina católica– de los diferentes «niveles de autoridad».

Como católicos, creemos que hay diversos niveles de autoridad doctrinal en nuestra iglesia. No todos los que desempeñan oficialmente alguna función en la iglesia hablan con el mismo nivel de autoridad. La forma más sencilla de explicarlo es que lo que diga su párroco en la homilía dominical no goza del mismo nivel de autoridad que lo que diga el papa en una encíclica. Los diferentes niveles de autoridad doctrinal comienzan por los Evangelios, seguidos de los documentos de los concilios ecuménicos y, finalmente, las declaraciones papales. Pero incluso estas gozan de diversos niveles de autoridad. Entre las de más elevada autoridad se encuentran las constituciones o encíclicas, dirigidas a toda la iglesia, seguidas de las cartas apostólicas y *motu proprio*s; y, finalmente, las homilías, discursos y conferencias de prensa papales; etcétera. Hay también documentos producidos por los sínodos y por las distintas congregaciones vaticanas; y, en un nivel menos universal, documentos de las conferencias

episcopales y cartas pastorales de los obispos locales. Cada uno de tales documentos goza de un determinado nivel de autoridad. Todos ellos necesitan ser piadosamente leídos y estudiados, pero es importante saber que no todos gozan de la misma autoridad.

Por supuesto que la jerarquía no es el único grupo que habla con autoridad, la cual reside también en la santidad. Hombres y mujeres santos que no forman parte de la jerarquía, como santa Teresa de Calcuta, al igual que laicas y laicos santos, como Dorothy Day o Jean Vanier, hablan con autoridad.

Es importante, además, tener mucho cuidado a la hora de tomar al pie de la letra lo que dicen los medios de comunicación dominantes acerca de las «enseñanzas de la iglesia». Hace poco, leí un titular que decía: «El Vaticano dice a los curas que las homilías no pasen de ocho minutos». Yo pensé para mí: *¿El Vaticano dice eso?* Como era de esperar, cuando leí el artículo, descubrí que las supuestas instrucciones vaticanas provenían de un obispo que trabaja en el Vaticano y que ofrecía una serie de sugerencias propias a los predicadores. El titular era falso. El «Vaticano» no había dicho tal cosa. Una vez más, pues, era cuestión de sensibilidad.

Además, tenemos que ser sensibles al hecho de que, cuando hablan las autoridades del Vaticano –ya sea el papa o una congregación vaticana–, hablan para el mundo entero, no solo para Occidente y, por supuesto, no solo para los Estados Unidos. Una declaración que parece de escaso interés en los Estados Unidos puede resultar traumática en determinados lugares de América Latina o del África Subsahariana.

Por eso me decepcionó profundamente la reacción de algunos católicos LGBTI en los Estados Unidos ante la exhortación del papa sobre la familia, *Amoris laetitia* («La alegría del amor»), donde el papa afirma:

«Queríamos, antes que cualquier otra cosa, afirmar que todas las personas, con independencia de su orientación sexual, deberían ser respetadas en su dignidad y tratadas con consideración, a la vez que se evita cuidadosamente “todo indicio de discriminación injusta”, y en particular toda forma de

agresión o de violencia. Por lo que se refiere a las familias, deben ser objeto de un respetuoso acompañamiento pastoral, para que aquellos que manifiestan una orientación homosexual puedan contar con la ayuda necesaria para comprender y realizar plenamente la voluntad de Dios en su vida» (n. 250).

«*Antes que cualquier otra cosa*», dice el papa, las personas LGBTI deben ser tratadas con dignidad. Se trata de una importantísima afirmación que, por cierto, no habla en absoluto acerca de «desorden objetivo» de ninguna clase. Sin embargo, entre algunas personas LGBTI de este país estas líneas han sido desestimadas por «no ser suficientes».

Tal vez en Occidente tales palabras parezcan insuficientes. Pero el papa no habla únicamente para Occidente ni, mucho menos, exclusivamente para los Estados Unidos. Imagínese lo que significa leer estas líneas en un país donde campa a sus anchas o incluso tiene categoría de norma la violencia contra las personas LGBTI, o donde se encarcela o se ejecuta a tales personas, mientras la Iglesia Católica guarda silencio. Lo que parece un signo de blandura en los Estados Unidos resulta incendiario en otras partes del mundo. Lo que resulta obvio para un obispo en un país constituye un claro, contundente y hasta amenazador reto para un obispo en otro país. Lo que puede parecer árido para las personas LGBTI en un país puede resultar una especie de oasis en el desierto para esa misma clase de personas en otro país. Del mismo modo, la profecía tiene un papel que desempeñar. Los profetas son llamados en ocasiones, debido a su amor a Dios y a los demás, a decir cosas que resultan incómodas e incluso escandalosas para otros. El profeta, a la vez que orienta al pueblo hacia el futuro prometido por Dios, le llama a retornar a la fuente de su amor: el mismo Dios. Sin embargo, el discurso profético no tiene que degenerar en un lenguaje de indignación y avergonzamiento.

Sin duda, muchas personas pensarán en Jesús volcando en el Templo las mesas de los mercaderes y cambistas o vituperando a los dirigentes religiosos de su tiempo: «Pero ¡ay de vosotros, esribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los

hombres el Reino de los Cielos!» (Mt 23,13). Otros pensarán en Juan el Bautista diciendo cosas parecidas junto al río Jordán, vestido con una piel de camello: «Al ver venir a muchos fariseos y saduceos a su bautismo, les dijo: “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?”» (Mt 3,7).

Hay lugar para esta clase de profecía, y la han practicado algunos de los grandes santos de la tradición cristiana. Pero debe hacerse con enorme cuidado. Porque ninguno de nosotros es el profeta ascético Juan el Bautista ni, mucho menos, Jesús, el hombre sin pecado.

Ciertamente, no digo que no haya que airarse nunca. La ira es una natural y sana emoción humana, así como una reacción legítima e incluso necesaria ante la injusticia. El propio Jesús se airaba cuando veía la injusticia, especialmente cuando esta se cometía en contra de los marginados. Y algunos de los más grandes profetas de nuestro tiempo se han visto movidos por una ira plenamente justificada.

Por otra parte, muchos católicos LGBTI tienen perfecto derecho a sentirse airados. ¿Puede alguien echarles en cara su ira cuando han sido insultados, marginados y excluidos durante años y años? Semejante experiencia lleva a muchos a desear justicia para sí mismos y para otros católicos LGBTI, y este deseo se manifiesta de diversos modos.

Como me hizo ver Jason Steidl, un teólogo católico declaradamente gay, hay diferentes formas de actos proféticos que es preciso realizar, en función del individuo o grupo de que se trate y de su «carisma», el término cristiano para referirse a un don concreto (del griego *chárisma*). Recordaba él, en este punto, la imagen paulina de la iglesia como un cuerpo, cada uno de cuyos miembros posee diferentes dones y funciones.

«Cada grupo o persona hace algo diferente», me escribía Jason, «y cada grupo o persona posee un carisma que refleja su relación con la jerarquía y su acceso al poder institucional».

Esta fue para mí una importante percepción, porque, como sacerdote, yo tenía con algunos miembros de la jerarquía unas conexiones que no tenían otros.

Aunque creo que el diálogo sosegado es el modo más eficaz de tender un puente, las llamadas a practicarlo les suenan a huecas a muchas personas LGBTI que se sienten incapaces de intentar cualquier tipo de compromiso con la jerarquía. En otras palabras, sienten que ambos carriles del puente está cerrados para ellos. Sería bien recibido cualquier intento por su parte de dialogar con su obispo local; pero, por numerosas razones, son incapaces de hacerlo, y esta incapacidad incrementa su frustración y su sensación de estar excluidos. De modo que la única salida que sienten a su alcance consiste en realizar actividades como, por ejemplo, manifestaciones públicas de protesta.

Abundando en la imagen de la iglesia como cuerpo, Jason escribió la siguiente reflexión:

«Un grito de dolor provocado por un fuerte golpe en un dedo es mucho más saludable que no sentir dolor alguno. En el primer caso, el cuerpo reacciona como debe para curarse. El dedo sigue siendo una parte viva del cuerpo. En el segundo caso, el dedo está muerto, o gangrenado, o con lepra..., lo cual hace que todo el cuerpo pueda morir por envenenamiento de la sangre. Hay mucho en juego, pero yo confío en que Dios nos ha puesto a todos en el lugar donde estamos con el fin de emplear los dones que Él nos ha dado para trabajar en favor del cambio».

Pero todos cuantos se sienten llamados al ministerio e incluso a la protesta profética están invitados a hacerlo desde una postura de profundo y auténtico amor. Están invitados a preguntarse: *¿Es esto auténtica profecía? ¿De dónde me viene el deseo de ser profético? ¿Qué tiene que ver Dios en ello? ¿Lo hago por amor?*

Los profetas se sienten motivados por el amor, y no solo el amor a los individuos, sino también a la institución. El autor franciscano de libros de espiritualidad Richard Rohr, OFM, escribe lo siguiente acerca de la profecía:

«Por su misma naturaleza, los profetas no pueden estar en el centro de ninguna estructura social, sino más bien en los márgenes. No pueden estar del todo dentro, pero tampoco pueden arrojar piedras desde fuera. Han de

haber sido educados dentro del sistema, conociendo y cumpliendo las normas, antes de poder criticar lo que no es tan esencial o tan importante. Jesús lo hizo magistralmente (cf. Mt 5,17-48). Esto es lo que Martin Luther King, Jr. enseñó a los Estados Unidos; lo que Gandhi enseñó a los británicos que ocupaban la India; y lo que Nelson Mandela enseñó a Sudáfrica. [...] Un profeta critica a un sistema citando los documentos, las constituciones y las Escrituras de dicho sistema en contra de la forma en que se practican. Este es su secreto: los sistemas se desenmascaran mejor desde dentro».

Todos necesitamos practicar el discernimiento cuidadosamente, incluso en aquellos momentos en que nos sentimos llamados a ser «proféticos». Por eso somos llamados a ser sensibles de muchas maneras.

## JUNTOS SOBRE EL PUENTE

---

El lector ha sido invitado a pasear sobre un puente construido sobre los tres pilares del enfoque que adopta el *Catecismo* con respecto al ministerio con las personas LGBTI: respeto, compasión y sensibilidad.

Algunas de las cosas que hemos dicho pueden resultar difíciles de oír para determinados miembros de la comunidad LGBTI, porque ninguno de los dos carriles del puente carece de complicaciones. En ese puente, como en la vida, hay «peajes» que pagar. Cuesta vivir una vida basada en el respeto, la compasión y la sensibilidad. Pero confiar en ese puente significa confiar en que, al final, la gente será capaz de recorrerlo fácilmente en un sentido y en otro, y que tanto la jerarquía como la comunidad LGBTI sabrán encontrarse, acompañarse y amarse mutuamente.

Confiar en ese puente es confiar también en que Dios desea el perdón. Es confiar en que Dios desea la reconciliación. Es confiar en que Dios desea la unidad.

Todos estamos juntos sobre el puente, porque el puente no es otra cosa que la iglesia. Y, en definitiva, al otro lado del puente hay acogida, comunidad y amor para cada grupo.

A modo de conclusión, me gustaría decir algo específicamente a los católicos LGBTI. En tiempo difíciles, debéis preguntaros: «¿Qué es lo que hace que el puente siga en pie? ¿Qué es lo que le impide venirse abajo y hacerse añicos contra las rocas? ¿Qué es lo que nos libra de hundirnos en las traicioneras aguas que discurren por debajo de él?»

La respuesta es: el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, que sostiene a la iglesia, os sostiene a vosotros, porque sois hijos amados de Dios que, en virtud de vuestro bautismo, tenéis tanto derecho a estar en la iglesia como el papa, como vuestro obispo y como yo.

El puente que os invito a atravesar tiene piedras sueltas, grandes obstáculos y profundos baches, porque en nuestra iglesia las personas no somos perfectas. Nunca lo hemos sido (pensemos en san Pedro) y nunca lo seremos. Todos somos personas imperfectas que se esfuerzan por obrar lo mejor posible, cada cual a la luz de su vocación personal. Todos somos peregrinos en camino, pecadores amados que seguimos la llamada que hemos oído en nuestro bautismo y que seguimos escuchando día tras día.

En suma, no estáis solos. Millones de hermanas y hermanos católicos os acompañamos, al igual que muchos dirigentes de la iglesia, mientras recorremos juntos este puente, aunque sea de manera imperfecta.

Más importante aún: os acompaña Dios, el reconciliador de todos los hombres y mujeres, así como el arquitecto, constructor y fundamento del puente.

## Segunda parte: PASAJES BÍBLICOS PARA LA REFLEXIÓN Y LA MEDITACIÓN

---

CUANDO hablamos sobre temas controvertidos con personas con las que no estamos de acuerdo, es fácil a veces perder la noción de lo que tenemos en común. Todos los cristianos tenemos acceso a las riquezas espirituales que encierran las Escrituras, las cuales, en definitiva, fueron escritas en medio de la confusión espiritual y los conflictos sociales propios de la época de cada autor. Podemos, pues, aprender de aquellos que nos han precedido. Esta es una de las razones por las que la reflexión y la meditación sobre las Escrituras pueden constituir una práctica espiritual sumamente rica e iluminadora.

En esta parte del libro he reunido una serie de pasajes bíblicos que sirvan de sendos recursos espirituales para los miembros de la comunidad LGBTI, añadiendo además unas preguntas que puedan ser de ayuda para la reflexión personal o comunitaria. A algunos de esos pasajes ya aludimos en la Primera Parte («Un puente de doble sentido»). Ahora se incluyen otros pasajes que, a lo largo de mi ministerio, he descubierto que pueden resultar coherentes e iluminadores para las personas LGBTI y sus familiares y amigos. Todos esos hermosos pasajes no son únicamente para las personas LGBTI, sino que pueden servir para todos, en especial para quienes abrigan la esperanza de que dichas personas sean más plenamente acogidas en la comunidad.

El lector puede utilizar tales pasajes como deseé, pero permítame ofrecerle algunas sugerencias.

*En primer lugar*, después de cada pasaje o grupo de pasajes sobre un mismo tema, presento una serie de cuestiones para la reflexión que ayuden a meditar

sobre lo que dichos pasajes pueden decirle al lector, el cual ha de tener siempre presente que es Dios quien habla efectivamente a lo largo de la Biblia, la palabra viva de Dios. Puede pensar sobre dichas preguntas e imaginar que se halla en presencia de Dios (lo cual ocurre siempre, pero somos más consciente de ello cuando oramos) y compartir con Él sus respuestas. A algunos les resulta útil «llevar un diario», escribiendo en él lo acaecido en la oración. E incluso hay quienes prefieren «escribir una carta» a Dios.

*En segundo lugar*, una de las tradiciones espirituales de mi orden religiosa es una técnica popularizada por san Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas, en la que uno se imagina a sí mismo, del modo más vívido posible, presente en una escena de la Escritura, y se pregunta: «¿Qué es lo que veo? ¿Qué es lo que oigo? ¿Qué es lo que siento? ¿Qué es lo que percibo con el olfato y con el gusto?...» Con la ayuda de Dios, trata de «situarse» imaginariamente en la escena bíblica.

Este método de oración puede resultarle extraño al lector; pero, dado que la imaginación es uno de los dones que Dios nos ha concedido, Él puede actuar a través de ella. A menudo, esta técnica puede ayudar a ver el pasaje de una forma más personal. Se puede, por ejemplo, leer un pasaje en el que Jesús cura a una persona enferma, reconocer la necesidad de curación en algún aspecto de la propia vida y sentirse movido a pedirle ayuda a Dios en ese aspecto.

Con algunos pasajes, es posible que esta técnica no funcione tan bien: generalmente, las cartas de Pablo, por ejemplo, no son relatos, sino misivas didácticas que pueden prestarse más a una especie de meditación tranquila cuyo primer fruto es una nueva visión o una más profunda comprensión de un determinado tema. Pero en los relatos del Antiguo y el Nuevo Testamentos, numerosos pasajes se prestan fácilmente al tipo imaginativo de la oración «ignaciana». En aquellos relatos en los que Jesús se encuentra con personas que abrigan las más diversas esperanzas y deseos, puede tratar uno de imaginarse a sí mismo en la escena y observar la clase de sentimientos, recuerdos, intuiciones,

deseos y emociones que brotan en él. Entonces ha de prestarles atención y compartir con Dios lo que sucede en la oración.

*En tercer lugar*, podemos permitir que Dios nos hable de un modo más sosegado. Es decir, podemos simplemente quedarnos en silencio con un pasaje bíblico en las manos, o incluso con una sola palabra, sin necesidad de imaginarnos presentes en ninguna «escena». En este caso, la oración está menos interesada en las imágenes y es más espontánea. Puede que entonces descubramos que el pasaje en cuestión nos produce una sensación de calma o comodidad, o bien un deseo de actuar e interceder. En todas estas sensaciones y deseos hay que ver cómo desea Dios comunicarse.

En definitiva, no existe lo que podría llamarse la forma «correcta» de orar. La forma correcta es la que mejor se adapte a cada uno, de quien dependen también los pasajes bíblicos a considerar.

*Por último*, las preguntas para la reflexión pueden considerarse en grupo, bien sea como temas de debate, bien como oración comunitaria. He incluido preguntas para las personas LGBTI, así como para sus familiares amigos y todos cuantos las apoyen.

Esta última serie de preguntas –para familiares, amigos y «allegados»– ha sido pensada para un grupo al que a veces no se da importancia en la iglesia. Recordemos a aquella anciana que me dijo que lo único que deseaba era un lugar en la iglesia para su nieto transgénero. Ella me hizo recordar que el ministerio con las personas LGBTI es un ministerio que no se reduce simplemente a un porcentaje relativamente pequeño de católicos LGBTI, sino también a sus padres y abuelos, hermanos y hermanas, tíos y tíos, así como a sus amigos y vecinos, colaboradores y compañeros de piso.

Por eso, estos pasajes y meditaciones bíblicas, así como las preguntas para la reflexión, son también para ellos, siempre que quieran considerar cómo se relacionan también ellos con Dios.

## SOBRE LOS NOMBRES

---

Los nombres son importantes tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, porque a menudo comunican algo esencial acerca de una persona. «Isaac», por ejemplo, significa «Se ha reído» o «Risa», porque Sara se rió cuando escuchó la increíble noticia de que estaba embarazada, a pesar de su avanzada edad (Gn 18,12). El nombre «Jesús» (Yeshua) significa «El Señor salva». Conocer el nombre de otra persona significaba tener un cierto nivel de conocimiento, de intimidad e incluso de poder sobre ella. Consideremos algunos de los pasajes bíblicos más significativos sobre los nombres y sobre el hecho de poner nombre.

- *Dios permite a Adán («el hombre») poner nombre a las criaturas*  
«Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales y todas las aves del cielo del campo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba y para que cada ser viviente tuviera el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombre a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo» (Gn 2,19-20).
- *Dios cambia de nombre a Abrahán*  
«No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abrahán, pues padre de muchedumbres de pueblos te he constituido» (Gn 17,5).
- *Moisés pide conocer el nombre de Dios*  
«Dijo Yahveh [a Moisés]: “Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces; pues ya conozco sus sufrimientos”. [...] “Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón para

que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto”. Contestó Moisés a Dios: “Si voy a los hijos de Israel y les digo: ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’, cuando me pregunten: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?” Dijo Dios a Moisés: “YO SOY EL QUE SOY”, Y añadió: “Así dirás a los hijos de Israel: ‘Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros’”» (*Ex 3,7.10.13-15*).

\* \* \*

### *Preguntas para la reflexión*

1. ¿Con qué nombre llamas a Dios: *Señor, Creador, Amigo...*? ¿Cuál es para ti el nombre de Dios?
2. ¿Puedes nombrar a algunas de las personas que más te han ayudado en tu trayectoria espiritual? Nómbralas en presencia de Dios y agradece su ayuda.
3. Cuando piensas en tu orientación sexual o identidad de género, ¿qué palabra empleas? ¿Por qué? ¿Puedes hablar de ello con Dios en la oración?
4. ¿Cómo fue para ti «salir del armario» o hacer saber a alguien por primera vez tu sexualidad o identidad? ¿Qué significó para ti el hecho de «nombrarlo»? ¿Puedes compartir con Dios tus experiencias, tanto positivas como negativas? ¿Puedes alegrarte con Dios por las primeras y afligirte con Él por las segundas?
5. Trata de imaginarte orando en lugar de Moisés. ¿Qué te gustaría decirle a Dios directamente? ¿Cómo crees que te sentirías mientras Dios te hablará?
6. *Para familiares, amigos y allegados:* ¿Cómo os sentisteis cuando oísteis por primera vez a vuestro/a familiar o amigo/a «nombrar» su sexualidad o identidad de género? Hizo ello que se modificara o

profundizara vuestra relación con esa persona? ¿Qué os dice todo ello acerca de vuestra relación con Dios?

## DIFERENTES DONES

---

EN su Primera Carta a los Corintios, Pablo presenta una imagen de la iglesia como un cuerpo cuyos miembros contribuyen, todos ellos, a su funcionamiento. Todos ofrecemos diferentes dones a la iglesia, con independencia de quiénes seamos. Algunos tienen dotes para la organización y la celebración de eventos. Otros tienen talento para la música y lo emplean en los actos litúrgicos. Algunos amamos la teología y la empleamos para explicar a los demás nuestra fe. Y todos formamos el Cuerpo de Cristo, una imagen tradicional de la iglesia.

Obsérvese cómo alude Pablo a las partes del cuerpo que se consideran «más viles». A veces, las personas LGBTI se ven, trágicamente, forzadas a sentirse de ese modo en la iglesia y en la sociedad; pero, como dice Pablo, son precisamente estas personas las merecedoras de un mayor respeto:

«Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

En efecto, el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: “Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo”, ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: “Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo”, ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído, ¿dónde el olfato?

Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro, ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno solo el cuerpo. Y no puede

el ojo decir a la mano: “¿No te necesito!” Ni la cabeza a los pies: “¡No os necesito!”

Al contrario, los miembros del cuerpo que parecen más débiles son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo los rodeamos de mayor honor. Así, a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad, pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo.

Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (1 Cor 12,12-27).

\* \* \*

### *Preguntas para la reflexión*

1. San Pablo habla convincentemente de los diferentes dones que cada miembro de la iglesia aporta y con los que puede contribuir al funcionamiento de la iglesia. ¿Qué dones aportas tú? ¿Puedes agradecérselos a Dios?
2. ¿Cómo has ejercitado esos dones?
3. ¿Te ha impedido alguien ejercitar tus dones en la iglesia? ¿Puedes expresarle a Dios cómo te sientes al respecto?
4. Dice Pablo que los «miembros» del cuerpo (o de la iglesia) que han sido menos respetados deberían ser los más honrados. ¿Tiene eso sentido para ti?
5. ¿Sientes que formas parte del cuerpo de la iglesia? ¿Por qué o por qué no? ¿Qué, o quién, te ayuda más a sentirte parte de la iglesia? ¿Cuándo has sentido más intensamente que formas parte de la iglesia?
6. ¿Qué dones de otras personas en la iglesia te han ayudado a acercarte más a Dios? Es decir, ¿quién te ha ayudado en tu trayectoria espiritual?

7. *Para familiares, amigos y allegados:* ¿Cómo te han hecho partícipe de sus dones, en tu vida y en tu ministerio, las personas LGBTI? ¿Cómo reconoces tales dones? ¿Cómo ha desaprovechado tu ministerio esos dones por culpa de los prejuicios? ¿Qué podrías hacer para combatir tales prejuicios?

## CUIDAR DE QUIENES SON PERSEGUIDOS

---

LA mayoría de la gente conoce la parábola de Jesús del «Buen Samaritano», la cual, después de reflexionar durante algún tiempo sobre ella, todavía puede resultar sorprendente para muchos. A fin de cuentas, una parábola no tiene por qué tener un único significado. Según unas conocidas palabras del biblista C. H. Dodd, una parábola «hace que la mente piense de un modo activo». Las parábolas, una de las formas de enseñar preferidas de Jesús, son relatos destinados a abrir la mente y el corazón al misterio de Dios.

A mi modo de ver, esta célebre parábola nos muestra no solo la necesidad de cuidar de quienes son perseguidos, sino también cómo la ayuda puede provenir de alguien completamente inesperado. Por una serie de razones, los samaritanos eran considerados enemigos por el pueblo judío. Por eso en la parábola se produce un cambio radical: en este relato, el héroe para Jesús es aquel con el que nadie cuenta.

Además, la persona odiada resulta ser la persona cuya ayuda se necesita:

«Se levantó un legista y dijo para ponerle a prueba: “Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?”. Él le dijo: “Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees?” Respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Díjole entonces: “Bien has respondido. Haz eso y vivirás”.

Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?” Jesús respondió: “Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores, los cuales, después de despojarlo y golpearlo, se fueron dejándolo medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio lo vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino

llegó junto a él y, al verlo, tuvo compasión y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él, y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?” Él dijo: “El que practicó la misericordia con él”. Díjole Jesús: “Ve y haz tú lo mismo”» (Lc 10,25-37).

\* \* \*

### *Preguntas para la reflexión*

1. ¿Cuándo has sido tú un Buen Samaritano para otra persona?
2. ¿Cuándo ha cuidado de ti alguien inesperado o imprevisto?
3. El gran cambio que se produce en este relato consiste en que la persona que parecería ser la que menos probablemente iba a ayudar al herido no solo le ayuda, sino que va aún más lejos. ¿Te ha ayudado inesperadamente alguien a quien tú odiabas?
4. ¿Ha «pasado de largo» alguien ante ti cuando necesitabas ayuda? ¿Por qué crees que su corazón no logró abrirse? ¿Eres capaz de orar para comprender y hasta perdonar a esa persona?
5. Piensa en personas que te desagradan, tal vez pertenecientes a la iglesia. ¿Eres capaz de orar para que un día puedas comportarte con ellas como un Buen Samaritano? ¿Y puedes orar también para que un día estés abierto a recibir de ellas algún tipo de ayuda?
6. ¿De qué formas ha «vendado» Dios tus heridas?
7. *Para familiares, amigos y allegados:* ¿De qué modo se ha comportado contigo como Buen Samaritano algún miembro de la comunidad LGTBI? ¿Has experimentado algún tipo de sorpresas en este sentido en tu relación con amigos o familiares LGTBI? ¿Qué te dice todo ello acerca de Dios?

## JESÚS SE ENCUENTRA CON LA GENTE ALLÍ DONDE ESTA SE ENCUENTRE

---

EN el episodio de la curación por Jesús del siervo del centurión romano podemos observar cómo Jesús no «castiga» al centurión por el hecho de no ser judío. Tampoco le grita: «¡Pagano!». El comportamiento de Jesús, más bien, consiste en aceptar al centurión tal como es y hacer lo que el hombre le pide: curar a su siervo. Además, elogia generosamente la fe de una persona que en aquella época sería vista como el extranjero por excelencia. Finalmente, Jesús está abierto a dejarse *sorprender* por alguien que se encuentra en los márgenes de la sociedad judía.

«Al entrar en Cafarnaún, se le acercó un centurión y le rogó diciendo: “Señor, mi criado yace en casa paralítico con terribles sufrimientos”. Dícele Jesús: “Yo iré a curarlo”. Replicó el centurión: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a este: ‘Vete’, y va; y a otro: ‘Ven’, y viene; y a mi siervo: ‘Haz esto’, y lo hace”. Al oír esto, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: “Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande. Y os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se pondrán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos, mientras que los hijos del Reino serán echados a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes”. Y dijo Jesús al centurión: “Anda; que te suceda como has creído”. Y en aquella hora sanó el criado» (Mt 8,5-13).

\* \* \*

*Preguntas para la reflexión*

1. ¿Te sorprende el hecho de que Jesús ayudara a alguien que era un «pagano»? ¿Cuál crees que sería la reacción de los que le rodeaban en esos momentos? ¿Qué es lo que hace capaz a Jesús de encontrarse tan libremente con aquel hombre?
2. ¿Qué piensas que hace capaz también al centurión romano de acercarse a Jesús?
3. ¿Qué te dice la acogida del centurión por parte de Jesús acerca de tu acogida por parte de Dios?
4. Cuando imaginas este relato, ¿cuál piensas que sería la reacción del centurión ante este encuentro con Jesús? ¿Has sido tú alguna vez objeto de una acogida inesperada? ¿Qué clase de curación te ha ofrecido Dios?
5. Jesús elogia la fe del centurión como mayor que la de cualquier otro en Israel. ¿Qué te dice a ti la fe del centurión? ¿Cómo puede influir en la tuya?
6. *Para familiares, amigos y allegados:* El miembro de tu familia o amigo tuyo en esa situación ¿te lo ha contado y ha confiado en ti? ¿Te has sentido «sorprendido», como se sintió Jesús, por la confianza que ha depositado en ti? ¿Cómo hace ello que te sientas con respecto a quien ha confiado en ti? ¿Y con respecto a Dios? Observa que el centurión pide ayuda a alguien distinto. ¿Cómo interviene ello en tu propia relación con tu familiar o amigo/a LGTBI?

\* \* \*

Del mismo modo, como veremos en el siguiente pasaje, cuando Jesús conoce a Zaqueo, el jefe de los recaudadores de impuestos en Jericó, Jesús no reprende a la persona considerada probablemente como el «mayor pecador» de la zona. Más bien, lo encuentra y se ofrece a visitar su casa, un signo público de aceptación

que hará que se transforme el corazón de aquel hombre. Para Jesús, lo más frecuente es que lo primero sea la comunidad, y lo segundo la conversión.

Obsérvese, además, que Zaqueo, como muchos de nosotros, simplemente desea ver «quién era Jesús». Un detalle realmente conmovedor y que nos trae el recuerdo de muchas personas LGBTI que en nuestros días desean simplemente encontrar a Jesús. Pero la «muchedumbre» impide a Zaqueo hacer realidad su deseo, como ocurre hoy tantas veces con la comunidad LGBTI... Sin dejarse intimidar, Zaqueo se esfuerza enormemente por ver a Jesús, pero jugándose, literalmente.

Después de haber dispensado una espectacular bienvenida a Jesús, la gente de la ciudad manifiesta su desaprobación poniéndose a «murmurar». Pero Zaqueo «permaneció en pie». El extender la clemencia a una persona «marginal» suele hacer que los de «dentro» murmuren... ¡tanto entonces como hoy! Es un recordatorio de que no debemos permitir que quienes murmuran se crucen en el camino de un encuentro con Jesús. Recuérdese el comentario del papa Francisco: «Para Jesús, lo importante por encima de todo es llegar a los que están alejados, sanar las heridas de los enfermos, ¡reincorporar a todos a la familia de Dios! ¡Y esto resulta escandaloso para algunos!».

Esta experiencia transformadora, este encuentro en directo con la clemencia y la compasión, lleva a Zaqueo a convertirse: a la clase de conversión de corazón y de mente a la que todos estamos llamados.

«Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando llegó a aquel sitio, Jesús, alzando la vista, le dijo: “Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa”. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: “Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador”. Zaqueo permaneció en pie y dijo al Señor: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruple”. Jesús le dijo: “Hoy ha

llegado la salvación a esta casa, porque también este es hijo de Abrahán, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”» (Lc 19,1-10).

\* \* \*

### *Preguntas para la reflexión*

1. Zaqueo se encaramó a un árbol porque deseaba ver «quién era Jesús». ¿Quién es Jesús para ti? ¿Cómo has podido «verlo en tu vida»?
2. El recaudador de impuestos no podía ver «a causa de la gente». Esto probablemente se refiere al hecho de que Zaqueo era «de pequeña estatura», pero puede ser también una convincente imagen de aquellas personas cuyas opiniones o cuya oposición se interponen en nuestro camino. ¿Cuándo los demás, o sus opiniones, te han impedido acercarte a Dios?
3. La idea de que «lo primero, la comunidad; lo segundo, la conversión» la hemos tomado del biblista Ben Meyer, que contrapone el enfoque de Jesús al de Juan el Bautista, el cual exigía primero el arrepentimiento. Por supuesto que todos necesitamos arrepentirnos y estamos llamados a una conversión continua; pero ¿qué te sugiere el enfoque de Jesús en relación con la iglesia?; ¿y en relación contigo?
4. Zaqueo se ve llamado a conversión en este relato. Se trata de la *metánoia*, o conversión de mente y de corazón, a la que todos somos llamados. ¿Qué clase de cambios en tu vida te invita Dios a realizar?
5. *Para familiares, amigos y allegados*: la gente se pone a «murmurar» cuando Jesús ofrece a Zaqueo ser acogido. Es decir, la gente se opone al compromiso de Jesús. ¿Cuándo has salido tú en defensa de tu familiar o amigo LGBTI haciendo caso omiso de las murmuraciones? ¿Has pensado alguna vez en tu apoyo como la obra del propio Jesús? Tal vez podrías compartir esta experiencia con Jesús en la oración.

## HABÉIS SIDO «MARAVILLOSAMENTE CREADOS»

---

EN el Salmo 139, el salmista nos dice que Dios nos ha creado, nos conoce íntimamente y nos comprende. La imagen de Dios tejiéndonos en el vientre de nuestra madre es un vívido recordatorio de que hemos sido «maravillosamente creados» por el Dios que nos ha creado. De todos los pasajes de la Biblia, este, según mi personal experiencia, ha demostrado ser el más eficaz para las personas LGBTI y sus familiares y amigos:

«Yahveh, tú me escrutas y me conoces;  
sabes cuándo me siento y cuándo me levanto,  
mi pensamiento calas desde lejos;  
esté yo en camino o acostado, tú lo adviertes,  
familiares te son todas mis sendas.

Que no está aún en mi lengua la palabra,  
y ya tú, Yahveh, la conoces entera;  
me aprietas por detrás y por delante,  
y tienes puesta sobre mí tu mano.  
Ciencia es misteriosa para mí,  
harto alta, no puedo alcanzarla.

¿Adónde iré yo lejos de tu espíritu,  
adónde de tu rostro podré huir?  
Si hasta los cielos subo, allí estás tú,  
si en el seol me acuesto, allí te encuentras.

Si tomo las alas de la aurora,  
si voy a parar a lo último del mar,  
también allí tu mano me conduce,

tu diestra me aprehende.

Aunque diga: “¡Me cubra al menos la tiniebla,  
y la noche sea en torno a mí un ceñidor”,  
ni la misma tiniebla es tenebrosa para ti,  
y la noche es luminosa como el día.

Porque tú mis vísceras has formado,  
me has tejido en el vientre de mi madre;  
yo te doy gracias por tantas maravillas:  
prodigo soy, prodigios son tus obras.

Mi alma conocías cabalmente,  
y mis huesos no se te ocultaban,  
cuando era yo formado en lo secreto,  
tejido en las honduras de la tierra.

Mi embrión tus ojos lo veían;  
en tu libro están inscritos todos  
los días que han sido señalados,  
sin que ninguno de ellos existiera.

Mas para mí ¡qué arduos son tus pensamientos,  
oh Dios, qué incontable su suma!  
¡Son más, si los recuento, que la arena,  
y al terminar, todavía estoy contigo!»

(Salmo 139,1-8)

\* \* \*

### *Preguntas para la reflexión*

- 1 Piensa en lo que significa para ti haber sido «maravillosamente creado». ¿Puedes alabar a Dios como lo hace el salmista? ¿Cómo sería tu alabanza?

2. ¿Qué te sugiere el hecho de pensar que Dios te tejió «en el vientre de tu madre»?
3. El salmista reconoce que los caminos de Dios trascienden la capacidad humana de comprensión y, sin embargo, él «todavía está con» Dios. ¿De dónde piensas tú que le viene al salmista esa clase de fe?
4. Dios, que solo crea cosas buenas, hizo tus «vísceras». ¿Cómo te hace sentirte eso? ¿Puedes decirle a Dios con tus propias palabras cómo te sientes?
5. Dijo san Agustín: «Dios está más cerca de mí que yo mismo» (*intimior intimo meo*). ¿Cómo es imaginar que Dios te conoce tan íntimamente, como hace el salmista?
6. El salmista escribe: «ni la misma tiniebla es tenebrosa para ti, y la noche es luminosa como el día». ¿Qué te sugieren estas líneas?
7. *Para familiares, amigos y allegados*: ¡Vosotros mismos habéis sido «maravillosamente creados!». Y ese familiar o ese amigo vuestro ha sido hecho de un modo diferente, pero no menos maravilloso. ¿Qué te sugiere esto acerca de las «obras» y los «pensamientos» de Dios?

## DIOS ES TU FUERZA

---

EN tiempos de persecución, de rechazo y de prueba, el Salmo 62 ha ayudado muchas veces a mis amigos LGBTI a encontrar consuelo, paz y fuerza. También puede ser un bálsamo para los familiares y allegados, que tal vez sientan necesidad de consuelo:

«En Dios solo el descanso de mi alma,  
de él viene mi salvación;  
solo él mi roca, mi salvación,  
mi ciudadela, no he de vacilar.

¿Hasta cuándo atacaréis a un solo hombre;  
le abatiréis, vosotros todos,  
como a una muralla que se vence,  
como a pared que se desploma?

Doblez solo proyectan,  
su placer es seducir;  
con mentira en la boca, bendicen,  
y por dentro maldicen.

En Dios solo descansa, oh alma mía,  
de él viene mi esperanza;  
solo él mi roca, mi salvación,  
mi ciudadela, no he de vacilar;  
en Dios mi salvación y mi gloria,  
la roca de mi fuerza.

En Dios mi refugio; confiad en él,  
oh pueblo, en todo tiempo;  
derramad ante él vuestro corazón,

¡Dios es nuestro refugio!

Un soplo solamente los hijos de Adán;  
los hijos de hombre, una mentira;  
si subieran a la balanza,  
serían menos que un soplo todos juntos.

No os fiéis de la opresión,  
no os ilusionéis con la rapiña;  
a las riquezas, cuando aumenten,  
no apeguéis el corazón.

Dios ha hablado una vez,  
dos veces, lo he oído:  
Que de Dios es la fuerza,  
tuyo, Señor, el amor;  
y que tú al hombre pagas  
con arreglo a sus obras».

\* \* \*

### *Preguntas para la reflexión*

1. ¿Qué imagen, de todas las de este salmo, te atrae más: la de Dios como *salvación*, como *roca*, como *ciudadela* o como *refugio*?
2. Contemplando retrospectivamente tu vida, ¿de qué modos ha sido Dios tu «fuerza»?
3. «Su placer es seducir; / con mentira en la boca bendicen, / y por dentro maldicen». Estas duras palabras del salmista van dirigidas a individuos y grupos que han mostrado no sentir amor ni compasión. Le habla sinceramente a Dios de personas que le han causado dolor a él o a los suyos. ¿Puedes confiar lo bastante en Dios para quejarte, como hace el salmista, de quienes te han «maldecido»? ¿Puedes confiar en que Dios escuchará tu oración?

4. ¿Qué significa «derramar» ante Dios tu corazón? ¿Puedes hacerlo ahora mismo orando, confiando en que Dios te escucha?
5. *Para familiares, amigos y allegados:* El proceso de aceptación de la sexualidad de un miembro de la familia o de un amigo puede constituir todo un desafío. ¿Cómo puede ser Dios una «roca» para ti en el futuro?

## JESÚS PROCLAMA SU IDENTIDAD

---

CUANDO Jesús entra en la sinagoga de Nazaret para predicar sobre las Escrituras hebreas y anunciar su identidad y su misión, probablemente sabe cómo van a reaccionar sus convecinos. A fin de cuentas, ha vivido entre ellos, durante treinta años en la pequeña aldea de Nazaret (con una población tan solo de entre dos y cuatro mil personas en tiempos de Jesús). A pesar de ello, proclama abiertamente quién es y lo que representa.

Muchas personas LGBTI me han confesado que este pasaje les ha ayudado a aceptar su «propia» identidad frente a la incomprendión y oposición por parte, incluso, de las personas más cercanas a ellas. Y no nos engañemos: los convecinos de Jesús se enfurecen con él, llegando incluso a intentar «despeñarlo desde una escarpada altura». Consciente de su probable reacción, Jesús les hace saber que necesita hablar de todos modos. El pasaje suele conocerse como el «Rechazo en Nazaret», pero yo prefiero pensar en él como la «Proclamación de la identidad de Jesús»:

«Vino a Nazaret, donde se había criado, y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y, desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito:

*“El Espíritu del Señor sobre mí,  
porque me ha ungido. Me ha enviado  
a anunciar a los pobres la Buena Nueva,  
a proclamar la liberación a los cautivos  
y la vista a los ciegos,  
para dar la libertad a los oprimidos  
y proclamar un año de gracia del Señor”.*

Enrollando el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: “Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”. Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca.

Y decían: “¿No es éste el hijo de José?” Él les dijo: “Seguramente me vais a decir el refrán: ‘Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu patria’”. Y añadió: “En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su tierra”.

“Os digo de verdad: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo gran hambre en todo el país; y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado sino Naamán, el sirio”.

Oyendo estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira y, levantándose, lo arrojaron fuera de la ciudad y lo llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarlo. Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó» (Lc 4,16-30).

\* \* \*

### *Preguntas para la reflexión*

1. ¿Piensas que fue fácil para Jesús proclamar su identidad ante unas personas que creían conocerlo de sobra?
2. ¿Qué crees tú que hizo a Jesús capaz de realizar algo semejante? ¿Qué te hace a ti capaz de aceptarte tal como eres? ¿Has hablado alguna vez con alguien acerca de tu sexualidad o identidad? Si no lo has hecho, ¿qué podría decirte el ejemplo de Jesús?
3. Jesús tuvo que hacer frente a una feroz oposición tanto en su ciudad natal como, posteriormente, en cualquier lugar donde ejerciera su ministerio. La oposición de las personas más cercanas a nosotros puede resultar muy dolorosa. ¿Te has sentido alguna vez

- absolutamente rechazado? ¿Puedes hablarle a Jesús acerca de ese dolor? ¿Puedes dejarle a Él que te hable?
4. Después de ser rechazado en Nazaret, Jesús se encuentra con personas que están deseosas de escuchar su palabra en las ciudades y aldeas en torno al Mar de Galilea. ¿En qué lugares has sido rechazado? ¿En qué lugares te has sentido aceptado?
  5. Jesús sabe lo que es ser rechazado. ¿Cómo hace ello que te sientas con respecto a Él? ¿Puedes compartirlo con Él en la oración?
  6. *Para familiares, amigos y allegados:* ¿Qué te pareció o qué sentiste cuando un miembro de tu familia o un amigo/a te hizo saber su identidad sexual? ¿Has conocido alguna vez a alguien que expresara su deseo, en sentido figurado, de despeñar a esa persona? ¿Cuál fue tu reacción?

## JESÚS LLAMA A PEDRO

---

**A** veces dudamos de ser «dignos» de seguir a Jesús o de ser amados por Dios. Pero todos nosotros –heterosexuales, gais, lesbianas, bisexuales, transexuales, intersexuales– somos imperfectos. Todos tenemos nuestros fallos. Todos pecamos. Sin embargo, Dios nos llama a todos. La respuesta de Pedro es típica: conscientes de nuestra pecaminosidad, nos sentimos indignos de la llamada y la generosidad de Dios. Jesús nos llama, de todos modos.

«Estando Jesús a la orilla del lago de Genesaret, la gente se agolpaba a su alrededor para oír la palabra de Dios. En esto vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las redes. Subió entonces a una de las barcas, que era de Simón, y le rogó que se alejara un poco de tierra. Se sentó y empezó a enseñar desde la barca a la muchedumbre.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar”. Simón le respondió: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero basta que tú lo digas para que eche las redes”. Así lo hicieron, y pescaron tan gran cantidad de peces que las redes amenazaban con romperse. Entonces llamaron por señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían.

Al verlo, Simón Pedro cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”. Y es que el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían capturado. Y lo mismo les ocurrió a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: “No temas. Desde ahora serás pescador de hombres”. Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron» (Lc 5,1-11).

\* \* \*

## *Preguntas para la reflexión*

1. Ante el rostro de la divinidad, Pedro (aquí también llamado «Simón», su nombre original) siente sus imperfecciones. Bill Creed, un jesuita y director espiritual, describió una vez esta experiencia tan común diciendo: «Al sol del amor de Dios vemos nuestras sombras». ¿Cuáles son las «sombras» en tu vida? ¿Puedes llevarlas ante Dios en la oración, como hace aquí Pedro?
2. La de las redes llenas de peces es una elocuente imagen de la abundancia de bendiciones con que Dios nos ha colmado... y seguirá colmándonos. Tal abundancia ayuda a Pedro a confiar en Jesús. Si tuvieras que hacer una lista de las bendiciones de que has sido objeto, ¿qué es lo que habría en tu red?
3. Pedro dice que han estado trabajando toda la noche y no han pescado nada. Y es que, sin Jesús, no podemos hacer nada; con Jesús, podemos hacerlo todo. ¿En qué podrías recurrir a la ayuda de Jesús? ¿Puedes pedírselo en la oración?
4. Jesús sabe que Pedro es imperfecto y, sin embargo, lo llama de todos modos. Todos somos imperfectos, personas con problemas que tratamos de hacerlo todo lo mejor posible. Como solemos decir los jesuitas, todos somos «pecadores amados». ¿Crees tú que Dios puede llamarte a pesar de tus imperfecciones?
5. *Para familiares, amigos y allegados:* También vosotros tenéis una serie de «llamadas» en vuestra vida. Una de ellas es amar a vuestros familiares y amigos en toda su complejidad. Pero a veces sentís que os sentís inadecuados para determinada tarea, como le ocurre a Pedro. ¿Qué es lo que te ayuda a amar y apoyar a tus familiares y amigos LGTBI? ¿Qué clase de «pesca» te anima?

## JESÚS Y LA MUJER SAMARITANA

---

UNA y otra vez, en los Evangelios, Jesús se encuentra con personas que se encuentran al margen de la sociedad, y Él les ofrece su acogida: en este caso, una mujer samaritana. Las tensiones entre judíos y samaritanos (los habitantes de la región de Samaría, entre Judea y Galilea) se habían dado durante siglos, basadas fundamentalmente en diferencias de carácter religioso. «Los judíos no se tratan con los samaritanos», subraya el Evangelio. Por eso, como dice Francis J. Moloney, SDB, experto en Nuevo Testamento, en su comentario al Evangelio de Juan, «por dos motivos no debía Jesús hablar con ella: por ser mujer y por ser samaritana».

Además, la «mujer del pozo» ha estado casada cinco veces y, al parecer, está viviendo con alguien que no es su marido, por lo que seguramente estuviera socialmente estigmatizada. Algunos autores han insinuado que la razón por la que acude al pozo a mediodía («alrededor de la hora sexta»), cuando más apretaba el calor, es porque siente vergüenza, y probablemente a esa hora no habría más mujeres en busca de agua. Además, manifiesta cierta desconfianza (o mera sorpresa) ante Jesús, al que pregunta por qué se dirige a ella.

Nada de todo ello parece molestar a Jesús. Obsérvese cómo Jesús se encuentra con una mujer que se ha sentido marginada, cómo le revela su identidad, y cómo reacciona ella. En respuesta a la acogida que le dispensa Jesús, la mujer se sincera con Él, compartiendo no solo su triste historia, sino también su deseo del «agua viva» que él le ofrece... y que él es.

Después de haberla escuchado y haber compartido con ella algo acerca de sí mismo, la mujer se convierte en un «apóstol», alguien enviado a llevar a otros la Buena Noticia.

«[Jesús] abandonó Judea y volvió a Galilea. Tenía que pasar por Samaría.

Llega, pues, a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca de la heredad que Jacob legó a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, que estaba cansado de tanto andar, se había sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llegó entonces una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dijo: “Dame de beber”. Pues sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le respondió: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le respondió:

“Si conocieras el don de Dios  
y quién es el que te dice:  
‘Dame de beber’,  
tú se lo habrías pedido a él,  
y él te habría dado agua viva”.

Contestó la mujer: “Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Te crees más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, del que bebieron él, sus hijos y sus ganados?” Jesús le respondió:

“Todo el que beba de esta agua  
volverá a tener sed;  
pero el que beba del agua que yo le dé  
no tendrá sed jamás,  
pues el agua que yo le dé  
se convertirá en él en fuente de agua  
que brota para vida eterna”.

Le dijo la mujer: “Señor, dame de esa agua, para no volver a tener sed y no tener que venir aquí a sacarla”. Él le contestó: “Vete, llama a tu marido y vuelve acá”. La mujer le dijo: “No tengo marido”. Jesús le respondió: “Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco, y el que ahora tienes no es marido tuyo. En eso has dicho la verdad”. La mujer replicó: “Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, pero vosotros decís que el lugar donde se debe adorar es Jerusalén”. Jesús le contestó:

«Créeme, mujer, que llega la hora  
en que ni en este monte ni en Jerusalén  
adoraréis al Padre.

Vosotros adoráis lo que no conocéis;  
nosotros adoramos lo que conocemos,  
porque la salvación viene de los judíos.  
Pero llega la hora (ya estamos en ella)  
en que los adoradores verdaderos  
adorarán al Padre en espíritu y en verdad,  
porque así quiere el Padre  
que sean los que le adoren.  
Dios es espíritu,  
y los que adoran  
deben adorar en espíritu y verdad”.

Le dijo la mujer: “Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo desvelará todo”. Jesús le respondió: “Yo soy, el que está hablando contigo”.

En esto llegaron sus discípulos y quedaron sorprendidos de que hablara con una mujer. Pero nadie le preguntó qué quería o de qué hablaba con ella. La mujer, dejando su cántaro, corrió al pueblo y dijo a la gente: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?” Salieron del pueblo y se encaminaron hacia él.

[...]Muchos samaritanos de aquel pueblo creyeron en él por las palabras de la mujer, que atestiguaba: “Me ha dicho todo lo que he hecho”. Cuando llegaron a él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y Jesús se quedó allí dos días. Fueron muchos más los que creyeron por sus palabras, y decían a la mujer: «Ya no creemos por tus palabras, pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn 4,3-30. 39-42).

\* \* \*

*Preguntas para la reflexión*

1. Este es un ejemplo, o retrato, de la generosidad con que Jesús trata a la gente de Samaría. Otro ejemplo sería el modo en que hace de un samaritano el héroe de una de sus parábolas: la del «Buen Samaritano» (Lc 10,25-37). Y es también un ejemplo, que «sorprendió» a los discípulos, de su forma de hablar con una mujer. ¿Qué te sugiere todo ello en relación con el deseo de Jesús de llegar a ti?
2. Jesús no da lugar a equívocos acerca de su identidad: «Yo soy él», dice. En otras palabras, el Mesías. Pero el conocimiento de Jesús únicamente se produce después de que la samaritana se ha sincerado con él. ¿Qué has aprendido acerca de Dios después de haberte mostrado sincero, con otras personas y con Dios, respecto de tu sexualidad o identidad?
3. Jesús necesita algo de aquella mujer: agua. ¿Qué «necesita» Dios de ti? Dicho de otro modo: ¿qué podría Dios estar pidiendo de ti en tu vida?
4. La mujer transporta un pesado cántaro de agua, imagen de sus cargas existenciales. También ella necesita algo de Jesús: «agua de vida». ¿Qué cargas te gustaría dejar a los pies de Jesús? ¿Y qué necesitas de él? ¿Puedes pedírselo?
5. ¿Piensas que la mujer parece recelosa con respecto a Jesús? ¿O sorprendida? ¿Has dudado tú alguna vez de que Dios desea encontrarte? ¿Por qué?
6. La mujer comparte sinceramente su historia con Jesús. «No tengo marido», dice. ¿Te sientes tú cómodo compartiendo con Dios algún aspecto de tu historia? ¿Por qué no lo haces en la oración?
7. Este es uno de los diálogos más largos que Jesús entabla con alguien en los Evangelios. Lleva tiempo llegar a conocer a alguien. ¿Cómo has dejado a Dios conocerte? ¿Y cómo se te ha dado a conocer Dios a ti?
8. Sandra Schneiders, IHM, especialista en Nuevo Testamento, sugiere que el hecho de que la mujer abandone la escena dejando atrás su

cántaro de agua es similar al caso de los primeros discípulos, que «lo dejaron todo» junto al Mar de Galilea para seguir a Jesús (Lc 5,11). Y el testimonio de la mujer produce un gran efecto entre los samaritanos. De este modo, también ella es una apóstol («enviada»). ¿Cómo te anima la actividad de Dios en tu vida a ser «enviado»? ¿Qué es lo que proclamarías?

9. *Para familiares, amigos y allegados:* Los discípulos «quedaron sorprendidos» al ver a Jesús hablando con una mujer (una sorpresa probablemente mayor por el hecho de que se tratase de una samaritana). ¿Has conocido alguna vez a personas que se sorprendieran de que tu familiar o tu amigo fuera LGTBI? ¿Cómo te hizo sentirte? ¿Qué fue lo que permitió a Jesús tratar a la samaritana con tanta delicadeza? ¿Qué fue lo que le permitió no sentirse molesto por lo que otros pudieran pensar? ¿Puedes hablar con Jesús acerca de tus experiencias? ¿Y puedes dejarle a él que hable contigo acerca de ellas?

## CRISTO RESUCITADO SE APARECE A MARÍA MAGDALENA

---

**A** menudo, en la vida parece no haber esperanza. De hecho, después de la Crucifixión, durante el resto del Viernes Santo y el Sábado Santo, los discípulos estuvieron desolados... y atemorizados. Se preguntaban si les esperaría a ellos la misma suerte que había corrido su Maestro. Su esperanza para el mundo parecía haberse esfumado. Pero la Resurrección muestra que la vida triunfa siempre sobre la muerte, el amor sobre el odio, y la esperanza sobre la desesperación.

En el Evangelio de Juan, no es a uno del «círculo íntimo» –los «Doce»– a quien primero se aparece Jesús resucitado, sino a una mujer. Es María Magdalena, no Pedro, la primera en recibir el encargo de anunciar la «Buena Noticia».

En realidad, durante el tiempo –minutos u horas– transcurrido entre el momento en que se le apareció Cristo Resucitado y el momento en que ella anunció la Resurrección a los discípulos, María Magdalena *fue* la iglesia en la Tierra. Únicamente a ella le había sido revelado el misterio de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús.

Se trata de un recordatorio más de cómo ama Dios a quienes con frecuencia son considerados como «distintos.» por el resto del mundo.

«El primer día de la semana, fue María Magdalena de madrugada al sepulcro, cuando todavía estaba oscuro, y vio que la piedra estaba retirada del sepulcro. Echó a correr y llegó donde Simón Pedro y el otro discípulo a quien Jesús quería, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto”.

Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido

que Pedro y llegó primero al sepulcro. Al asomarse, vio los lienzos en el suelo; pero no entró. Detrás llegó también Simón Pedro. Entró en el sepulcro y vio los lienzos en el suelo; pero el sudario que había cubierto su cabeza no estaba junto a los lienzos, sino plegado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que, según la Escritura, Jesús debía resucitar de entre los muertos. Los discípulos, entonces, volvieron a casa.

Estaba María junto al sepulcro, fuera, llorando. Mientras lloraba, se inclinó hacia el sepulcro y vio dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Le preguntaron: “Mujer, ¿por qué lloras?” Ella les respondió: “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto”. Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le preguntó Jesús: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dijo: “Señor, si te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, para que yo me lo lleve”. Jesús le dijo: “María”. Ella se volvió y le dijo en hebreo: “Rabbuní” –que quiere decir “Maestro”–. Replicó Jesús: “Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: ‘Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios’”. Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: “He visto al Señor”, y les repitió las palabras que Jesús había dicho» (Jn 20,1-18).

\* \* \*

### *Preguntas para la reflexión*

1. ¿Puedes recordar alguna vez en que la vida parecía carecer de esperanza? ¿Cuáles han sido tus Viernes Santos y tus Sábados Santos?
2. El mensaje cristiano se centra en la Resurrección, la cual, a su vez, se centra en la esperanza. ¿Qué es lo que a ti te da esperanza? ¿Cuáles han sido tus «resurrecciones»?
3. ¿Quién te da esperanza? ¿Quién te anuncia la Buena Noticia? ¿Quién es tu María Magdalena? ¿Y a quién anuncias tú la Buena Noticia?

4. Durante un tiempo indeterminado, tal como lo describe el Evangelio de Juan, María Magdalena fue la iglesia en la Tierra. Únicamente a ella le había sido revelado el «Misterio Pascual», es decir, la vida, muerte y resurrección de Jesús. Si tuvieras que dar el nombre de una persona que haya sido la iglesia para ti en momentos de oscuridad, ¿qué nombre darías?
5. ¿Puedes agradecer a Dios el que te haya concedido la gracia de ser capaz de esperar?
6. *Para familiares, amigos y allegados:* ¿Dónde has descubierto signos de la Resurrección en las vidas de tus familiares y amigos LGBTI? ¿Dónde los ves en la iglesia?

## EL CAMINO DE EMAÚS

---

CON frecuencia, hay cosas que parecen difíciles de entender e incluso más difíciles aún de aceptar. Es algo que nos ocurre a todos en diferentes momentos de nuestra vida. El relato de los dos discípulos que desaparecen y se van de Jerusalén después de la Crucifixión muestra lo que sucede cuando dejamos que Dios abra nuestros ojos a una nueva manera de ver, cuando nos permitimos reflexionar sobre lo que Dios ha estado haciendo en nuestras vidas y cuando descubrimos a Dios en medio de la comunidad.

«Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que dista sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó a ellos y se puso a caminar a su lado. Pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle. Él les preguntó: “¿De qué vais discutiendo por el camino?” Ellos se pararon con aire entristecido.

Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha pasado allí estos días?” Él les dijo: “¿Qué ha ocurrido?” Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazoreo, un profeta poderoso en obras y palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo: cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que iba a ser él quien liberaría a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que eso pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles que decían que estaba vivo. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron”.

Él les dijo: “¡Qué poco perspicaces sois y qué mente más tarda tenéis para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?” Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les fue explicando lo que decían de él todas las Escrituras.

Al acercarse al pueblo adonde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le rogaron insistenteamente: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado”. Entró, pues, y se quedó con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno a otro: “¿No ardía nuestro corazón en nuestro interior cuando nos hablaba en el camino y nos iba explicando las Escrituras?”

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!” Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan» (Lc 24,13-35).

\* \* \*

### *Preguntas para la reflexión*

1. ¿Cuándo han estado tus ojos «incapacitados para reconocer» a Dios? ¿Qué te ha impedido ver a Dios en esos momentos?
2. Uno de mis directores espirituales decía que para él las palabras «nosotros esperábamos...» son las más tristes de todos los Evangelios. ¿Ha habido algún momento en que hayas dejado de esperar, como los dos discípulos en el camino de Emaús? ¿Cómo ves ahora ese momento?
3. Algunos especialistas en Nuevo Testamento han hecho notar que no se menciona el sexo del segundo discípulo (el que acompaña a Cleofás). De modo que ese otro discípulo puede perfectamente haber sido su

- mujer. ¿Quién te ha acompañado a ti en tus momentos de desesperanza? ¿Quién ha caminado a tu lado?
4. ¿Qué es lo que te permite caer en la cuenta de la presencia de Dios en los momentos difíciles?
  5. Si tuvieras que relatar la historia de tu personal «Camino de Emaús», ¿cómo sería?
  6. *Para familiares, amigos y allegados:* En diferentes momentos de tu vida, tus ojos pueden haber estado «incapacitados para reconocer» la presencia de la gracia de Dios en la vida de tu familiar o amigo LGTBI. ¿Qué te hizo abrir los ojos?

## Tercera parte: UNA ORACIÓN PARA CUANDO ME SIENTO RECHAZADO

---

**L**A racha de suicidios entre personas jóvenes LGBTI no puede dejar de conmover el corazón de un cristiano ni, en realidad, cualquier corazón capaz de sentir compasión. Aunque todo suicidio constituye una terrible tragedia, el suicidio de una persona joven que tiene la sensación de que su vida no cambiará nunca y que va camino de la desesperación, como consecuencia de haber sido objeto de *bullying* o de acoso, resulta especialmente estremecedor.

Muchas personas LGBTI, jóvenes y mayores, me han hecho saber lo heridas que se han sentido por parte de sus iglesias y otras organizaciones religiosas. Invitamos, pues, a las iglesias a encontrar el modo de llegar a las personas LGBTI de un modo más compasivo, ayudándolas a sentirse valoradas y a saber con certeza que son amadas por Dios... y por nosotros. Y debemos hacerlo como Jesús lo hizo: acogiendo, no condenando.

Por mi parte, quiero ofrecer aquí una oración compuesta para aquellas personas que, como sea o donde sea, se sienten excluidas, rechazadas, marginadas, avergonzadas o perseguidas en el ámbito religioso o en cualquier otro.

## UNA ORACIÓN PARA CUANDO ME SIENTO RECHAZADO

---

«Dios amoroso,  
tú me hiciste tal como soy.  
Te alabo y te amo  
porque me creaste maravillosamente,  
a tu imagen y semejanza.  
Pero cuando la gente se burla de mí,  
me siento herido, violentado y hasta avergonzado.  
Por eso te ruego, oh Dios,  
que me ayudes a recordar mi bondad,  
que radica en ti.  
Ayúdame a recordar mi dignidad,  
que tú me concediste cuando fui concebido.  
Ayúdame a recordar que puedo vivir  
una vida de amor, porque tú creaste mi corazón.

Permanece conmigo cuando la gente  
hace que me sienta “distinto”,  
y ayúdame a responder como tú deseas que lo haga:  
con un amor que respete al otro,  
pero respetándome también a mí.  
Ayúdame a encontrar amigos  
que me amen tal como soy.  
Ayúdame, sobre todo, a ser una persona tierna.

Y ayúdame, Dios, a recordar que Jesús me ama,  
pues también él fue enviado como un marginado,  
también él fue incomprendido,  
también a él le escupieron.  
Jesús me comprende y me ama con un amor especial

*por la forma en que tú me hiciste.*

*Y cuando me sienta solo,  
ayúdame a recordar que Jesús  
acogió a todos como amigos.*

*Jesús recordó a todos que Dios los amaba.*

*Jesús animó a todos a reconocer su propia dignidad,  
aun cuando otros no fueran capaces de reconocerla.*

*Jesús amó a todos con el amor que tú le diste.*

*Y también me ama a mí.*

*Una cosa más, oh Dios:  
ayúdame a recordar que nada es imposible contigo,  
que tú tienes una forma mejor de hacer las cosas,  
que tú puedes hallar una forma de amor para mí,  
aunque yo no pueda verla en este momento.*

*Ayúdame a recordar todas estas cosas*

*en el corazón que tú creaste,*

*Dios amoroso.*

*Amén.*

## Cuarta parte: PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL O EN GRUPO

---

ESTA guía de lectura y de debate ha sido pensada para completar *Tender un puente*, de James Martin, SJ, y ayudarte a ti y a tu comunidad a reflexionar más a fondo sobre la invitación que él hace a la Iglesia Católica y a la comunidad LGBTI a acercarse mutuamente. Esperamos que te permita a ti y a tu comunidad comprender más plenamente la aportación del P. Martin a este importante diálogo.

## **Introducción a la edición revisada y ampliada**

1. Dice James Martin, SJ, que él aprendió mucho tras la publicación de la primera edición de este libro, incluido el hecho de que «el ministerio con los católicos LGBTI es un ministerio no solo dirigido a esas personas, sino a toda la Iglesia». ¿Qué clase de compromiso puede asumir la iglesia, por poner un ejemplo, en favor de los familiares de católicos LGBTI?
2. Dice también el P. Martin que la responsabilidad de «tender un puente» debería recaer sobre la iglesia institucional, más que sobre los católicos LGBTI, «porque es la iglesia institucional la que ha hecho sentirse marginados a los católicos LGBTI, y no al revés». ¿Estás de acuerdo?
3. El libro no aborda cuestiones relativas a las relaciones sexuales o al matrimonio entre personas del mismo sexo, porque, como explica el P. Martin, la iglesia institucional y la mayoría de los católicos LGBTI se sienten demasiado ajenos a dicho asunto, y él deseaba centrarse «en aquellas áreas en las que es más posible que exista una cierta coincidencia». Por otra parte, dice, el libro se centra en el diálogo y la oración, más que en cuestiones de moralidad sexual. ¿Qué piensas acerca de su decisión de centrarse en esas «áreas de posible coincidencia»?

\* \* \*

## **¿Por qué escribo?**

1. El P. Martin escribe: «La comunidad LGBTI sigue siendo invisible en numerosos círculos de la iglesia. [...] La obra del Evangelio no puede realizarse si una parte de la iglesia está esencialmente separada de cualquier otra parte. Entre los dos grupos –la comunidad LGBTI y la iglesia institucional– se ha abierto un enorme abismo, una separación para la que

es preciso construir un puente». ¿Hasta qué punto te resulta conocido el «abismo» que él describe? En tu opinión, ¿por qué sigue existiendo tal división?

2. ¿Qué significaría tanto para la Iglesia Católica como para la comunidad LGBTI tratarse mutuamente con «respeto, compasión y sensibilidad», las tres virtudes subrayadas en el *Catecismo de la Iglesia Católica*? ¿Qué tendría que cambiar? ¿Qué cosas podrían seguir tal como están?
3. «Para mucha gente, la iglesia contribuye a la división, en la medida en que algunos dirigentes cristianos y sus congregaciones establecen fronteras entre “nosotros” y “ellos”. Pero la iglesia funciona excelentemente cuando encarna las virtudes del respeto, la compasión y la sensibilidad». ¿Se te ocurre algún ejemplo de aquellos aspectos en que los cristianos se resisten a obrar de ese modo? ¿Qué efecto produce cada una de ambas posturas?
4. «Para la mayoría de las personas LGBTI, sin embargo, sigue resultando difícil el proceso, por una parte, de comprender que son amadas por Dios tal como son y, por otra, de encontrar su lugar en la iglesia». ¿Por qué es así? ¿Has tenido tú (o alguien a quien ames) tal experiencia?

\* \* \*

## **Un puente de doble sentido**

1. El P. Martin da a entender que una gran parte de la tensión entre la Iglesia Católica en los Estados Unidos y la comunidad LGBTI «se debe a una falta de comunicación y a una enorme desconfianza mutua entre los católicos LGBTI y la jerarquía». Y lo que él propone es tender «un puente entre esa comunidad y la iglesia». ¿Por qué piensas que emplea aquí la imagen de un puente? ¿Qué consigue con ello?

## ***El «primer carril»: de la Iglesia a los católicos LGBTI***

## *Respeto*

1. El P. Martin pide «respeto», por parte de la iglesia institucional, a la comunidad LGBTI: «Ante todo, *respeto* significa, como poco, reconocer que la comunidad LGBTI *existe* y extender a ella el mismo reconocimiento que cualquier comunidad desea y merece por el simple hecho de estar presente entre nosotros». Según tu experiencia, ¿reconoce la iglesia institucional que la comunidad LGBTI «existe»? ¿Por qué algo que parece tan simple significa tanto?
2. ¿Te has sentido tú positivamente influido por los «dones» de los católicos LGBTI? Cuáles han sido esos dones. ¿Y cómo podrías rendirle el «honor» que merecen, por emplear el lenguaje de san Pablo?
3. ¿Cómo muestras tú «respeto» a las personas LGBTI?

## *Compasión*

1. «El primer y más esencial requisito consiste en escuchar». Piensa en las personas LGBTI que pueda haber en tu entorno. ¿Qué significaría escucharlas más atentamente aún? ¿Qué tendrías que hacer tú de manera diferente? ¿Qué tendría que hacer la iglesia institucional? ¿Por qué piensas que escuchar es «esencial»?
2. El P. Martin refiere seis historias de personas LGBTI y de sus familiares y amigos que espera te animen a escuchar. ¿Cuál de dichas historias te ha llamado más poderosamente la atención?
3. «Con cierta regularidad, los dirigentes católicos hacen públicamente declaraciones –como es su deber– defendiendo a los no nacidos, a los refugiados e inmigrantes, a los pobres, a los “sin techo”, a los ancianos. [...] Pero ¿dónde aparecen declaraciones en favor, específicamente, de nuestros hermanos y hermanas LGBTI?» En tu opinión, ¿se está empleando un «doble rasero»? Y, si es así, ¿a qué lo atribuyes?

4. Entre las estadísticas que ofrece sobre la relación entre *bullying* y suicidios LGBTI, el P. Martin hace notar que «el número de intentos de suicidio entre la juventud lesbiana, gay y bisexual es *cinco veces* mayor que entre la juventud heterosexual» ¿Te ha sorprendido esta cifra? ¿Qué significa esto respecto del compromiso con la juventud LGBTI como un «problema vital»?
5. ¿De qué modo muestras tu «compasión» para con las personas LGBTI?

### *Sensibilidad*

1. El P. Martin escribe: «No puede uno comprender los sentimientos de una comunidad si no *conoce* a tal comunidad». ¿Cómo podrías mejorar tu conocimiento de la comunidad LGBTI? Si lo consiguieras, ¿qué consecuencias tendría? ¿Cómo podría hacerlo la Iglesia Católica? ¿Qué consecuencias tendría?
2. «Pero para Jesús no había tales “otros”. Jesús veía más allá de las categorías; se encontraba con las personas y las acompañaba allí donde estuvieran». ¿Qué podrían las palabras y las obras de Jesús, así como su modo de tratar a los marginados, enseñar a la iglesia de hoy acerca del modo de relacionarse con la comunidad LGBTI? ¿Qué podrían enseñarte a ti?
3. ¿Qué episodios evangélicos podrían aplicarse a la invitación que se nos hace a tratar a las personas LGBTI con «respeto, compasión y sensibilidad»? ¿Qué pasajes del Evangelio podrían relacionarse con el compromiso para con quienes se sienten marginados?
4. Además de «respeto, compasión y sensibilidad», ¿qué otras virtudes necesita mostrar la iglesia cuando entra en contacto con la comunidad LGBTI?
5. ¿De qué modo muestras tu «sensibilidad» para con las personas LGBTI?

### ***El «segundo carril»: de los católicos LGBTI a la Iglesia***

## *Respeto*

1. A la comunidad católica LGBTI el P. Martin le hace notar lo siguiente: «Este es el momento de dejar a un lado la mentalidad “nosotros-y-ellos”, porque no hay ni “nosotros” ni “ellos” en la iglesia». ¿Has pensado alguna vez en ti mismo como perteneciente al “nosotros”? ¿Te has sentido alguna vez como uno de “ellos”? ¿Qué pueden pensar los católicos LGBTI acerca de la necesidad de prestar atención a este consejo?
2. El P. Martin invita a los católicos LGBTI a mostrar respeto, tanto «eclesial» como «humano», en su compromiso con la iglesia institucional. ¿Cómo define él ambos términos? ¿Por qué son necesarios tanto el uno como el otro?
3. El P. Martin reconoce que puede resultar muy difícil para los católicos LGBTI pensar en tratar a la iglesia institucional con «respeto, compasión y sensibilidad», dada la sensación de haber sido excluidos que muchos de ellos han experimentado. Aun cuando sea difícil, ¿piensas tú que sigue siendo importante para los miembros de un grupo marginado proceder de ese modo? ¿O serías partidario de enfocar el asunto de distinta manera?
4. ¿Cuál es tu reacción ante la historia del padre de un joven gay que se encuentra con su obispo? ¿Te ha hecho sentirte esperanzado, desesperanzado... o una mezcla de ambas cosas? ¿Podría ser este un modelo para el diálogo en el futuro?

## *Compasión*

1. El P. Martin enumera las numerosas obligaciones que competen a los obispos. ¿Cuántas personas, incluidos los miembros de la comunidad LGBTI, piensas tú que son conscientes de tales obligaciones? ¿Cómo podría el hecho de ser conscientes de las mismas conseguir que aumentara la compasión de dicha comunidad para con quienes en la iglesia desempeñan el papel de obispos?

2. Hablando desde su propia experiencia, el P. Martin observa lo siguiente: «Un amigo mío gay decía que se sentía particularmente airado a raíz de que estallara el escándalo de los abusos sexuales por parte de algunos clérigos. Después de unos años tratando de permanecer en la iglesia, a pesar de no sentirse acogido en ella, se sintió profundamente traicionado por la institución. “Estaba realmente furioso”, me dijo. ¿Cómo podía aceptar condenas de su propia sexualidad por parte de miembros de la jerarquía que habían encubierto delitos de abusos sexuales?» Ante situaciones como esta, ¿cómo puede la comunidad LGBTI reconocer los problemas que tiene con la iglesia sin dejar que estos le impidan contribuir a la construcción del «puente de doble sentido» que propugna el P. Martin?
3. ¿Es posible sentir compasión por un grupo o un individuo que te ha marginado? ¿Qué relación guarda esto con la llamada de Jesús a «amar a vuestros enemigos y orar por quienes os persiguen»? (Mt 5,44).

### *Sensibilidad*

1. «Tenemos que ser sensibles al hecho de que, cuando hablan las autoridades del Vaticano –ya sea el papa o una congregación vaticana–, hablan para el mundo entero, no solo para Occidente y, por supuesto, no solo para los Estados Unidos». En otras palabras, cuando escuchamos un pronunciamiento del papa, por ejemplo, somos llamados a recordar que está hablando para los católicos de todo el mundo. ¿Cómo influye en tu visión del catolicismo este aspecto de la «universalidad»?
2. El P. Martin menciona el importante papel que desempeña la profecía en la iglesia. ¿Por qué piensas tú que lo hace? ¿Cuándo has visto tú a la iglesia actuar proféticamente en una serie de temas? ¿Hasta qué punto es importante la profecía para ayudar a la comunidad LGBTI a crecer en sensibilidad para con la iglesia?

3. Richard Rohr, el sacerdote y autor franciscano, ha escrito que los profetas «no pueden estar en el centro de ninguna estructura social, sino más bien en los márgenes. No pueden estar del todo dentro, pero tampoco pueden arrojar piedras desde fuera». ¿Qué relación guarda esto con la necesidad de abogar en favor de la comunidad LGBTI dentro de la iglesia?

### ***Juntos sobre el puente***

1. El P. Martin recuerda a ambos «grupos» que «ninguno de los dos carriles del puente carece de complicaciones. En ese puente, como en la vida, hay “peajes” que pagar. Cuesta vivir una vida basada en el respeto, la compasión y la sensibilidad». ¿Qué «coste» puede suponer para los miembros de la comunidad LGBTI vivir de ese modo? ¿Y para los miembros de la iglesia institucional? ¿Qué es lo que está en juego? ¿Qué estás tú dispuesto a «pagar» en concepto de «peajes»?
2. A la comunidad LGBTI le pregunta el P. Martin: «¿Qué es lo que hace que el puente siga en pie? ¿Qué es lo que le impide venirse abajo y hacerse añicos contra las rocas? ¿Qué es lo que nos libra de hundirnos en las traicioneras aguas que discurren por debajo de él? La respuesta es: el Espíritu Santo». ¿Qué apoyo nos presta el Espíritu como individuos y como comunidad? ¿Cuál es el papel que desempeña el Espíritu en la construcción de la unidad entre ambos grupos? ¿Crees que todo el mundo es bienvenido en la iglesia de Dios?

### **Pasajes bíblicos para la reflexión y la meditación**

1. Cuál de todos los pasajes bíblicos citados te ha resultado más inspirador? ¿Por qué?
2. ¿Cuál de ellos te ha sorprendido más? ¿Ha habido alguno que te haya planteado el reto de ver de distinto modo a las personas LGBTI o a la iglesia

- institucional? ¿Cómo?
3. En diversas entrevistas, el P. Martin ha hecho notar que muchas recensiones de la obra han ignorado esta parte de la misma: la invitación a la oración. ¿A qué crees tú que se debe eso? ¿Crees que la gente, en general, se siente más cómoda con el diálogo que con la oración?
  4. ¿Qué otros pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamentos te sugieren algo acerca de cómo llega Dios a los marginados?
  5. ¿Cómo describirías el acercamiento de Jesús a los marginados de la sociedad de su tiempo? ¿Qué te dice eso acerca de tu compromiso y del compromiso de la iglesia al respecto?

### **Una oración para cuando me siento rechazado**

1. ¿Has sido capaz de rezar esta oración? ¿Qué ha sucedido cuando lo has hecho?
2. ¿Qué significa para todos nosotros haber sido «maravillosamente creados»?
3. Si tuvieras que escribir una oración para alguien que se siente marginado, ¿qué escribirías?

### **Últimas preguntas**

1. ¿Hasta qué punto *Tender un puente* ha supuesto un desafío para ti?
2. «Respeto, compasión y sensibilidad», las tres virtudes de las que habla el *Catecismo de la Iglesia Católica*, han sido mencionadas muy a menudo a lo largo del libro. ¿Cuál o cuáles de esas virtudes crees tú que practicas como es debido? ¿En cuál o en cuáles de ellas podrías tener necesidad de mejorar? Piensa tus respuestas específicamente desde el punto de vista de cómo puedes mostrarte más plenamente solícito con respecto tanto a la comunidad LGBTI como a la iglesia.

3. ¿Qué virtudes y acciones, aparte de las sugeridas por el P. Martin, podrían ser necesarias para ayudar a tender este puente?
4. ¿Con quién crees tú que necesitarías mantener un diálogo –escuchando y haciendo preguntas a la persona en cuestión– para avanzar en la construcción del puente?
5. ¿Dónde ves tú signos reales de la acción del Espíritu Santo en el compromiso de la iglesia con la comunidad LGTBI?
6. ¿Cómo te mueve a ti el Espíritu Santo?

## *Valoraciones positivas de la primera edición de «Tender un puente»*

---

«El Evangelio exige que los católicos LGBTI sean auténticamente amados y valorados en la vida de la iglesia. Pero no lo son. En *Tender un puente* James Martin nos ofrece el lenguaje, la perspectiva y la urgencia de emprender la ardua pero monumentalmente crítica tarea de reemplazar una cultura del aislamiento por una cultura del encuentro y la inclusión compasiva».

– ROBERT W. McELROY,  
Obispo de San Diego

«La comunidad católica debería estar agradecida al P. James Martin por haber escrito *Tender un puente*. Innumerables lesbianas, gais, bisexuales, transexuales e intersexuales católicos llevan años en los márgenes de nuestra comunidad invitando al diálogo. Este libro abre una nueva oportunidad de plantear importantes cuestiones en relación con la inclusión de los católicos LGBTI en la iglesia, y tal oportunidad debería ser aprovechada».

– Editorial de *National Catholic Reporter*

«Un admirable llamamiento a un cortés diálogo que necesita incrementarse. [...] El libro de Martin constituye, además, un valioso recurso espiritual. Dedica la segunda parte a una serie de “Pasajes bíblicos para la reflexión y la meditación” y concluye con una commovedora “Oración para cuando me siento rechazado”. Los textos bíblicos y las preguntas que plantea Martin para la reflexión ayudarán a los católicos LGBTI, así como a sus familiares y amigos, a explorar su relación

con Dios en medio de sus dificultades y a la luz de su dignidad, fundada en el amor de Dios. El mensaje de James Martin es obvio, pero los católicos necesitamos escucharlo en voz alta».

– *The Tablet* (Londres)

«Una vez más, el P. Martin llega al meollo mismo del asunto, como queda de manifiesto en su libro sobre la necesidad de tender puentes entre la iglesia católica y la comunidad LGBTI. Jesús oró con profunda pasión para que todos pudiéramos ser uno, y yo creo que *Tender un puente* contribuye enormemente a responder de manera positiva a tal oración. Con demasiada frecuencia, los miembros de la comunidad LGBTI han sido vistos como “otros”, cuando en realidad somos, todos juntos, hermanos y hermanas, madres y padres, hijos e hijas. Como en cualquier familia, habremos de tener nuestras diferencias, pero ello no hace que seamos menos familia. Es preciso que lean esta valiente obra todos cuantos desean construir la comunidad cristiana y dar testimonio del mensaje evangélico de “inclusión”».

– JOHN C. WESTER,  
ARZOBISPO DE SANTA FE

«James Martin tenía que saber, antes de que escribiera la primera palabra de *Tender un puente*, [...] que, dijera lo que dijera, se iba a meter en un campo de minas en forma de críticas. Lo cual hace que su coraje y su compasión sean aún mayores. [...] Martin hace frente a cualquier crítica con un sencillo y hasta se diría que irrefutable argumento: “Sin embargo, amar es deber de todos, porque Jesucristo así lo exige”. Y añade: “Porque con Jesús no hay ‘nosotros’ y ‘ellos’, sino únicamente ‘nosotros’”. El mensaje esencial aquí encerrado tenía que haberse hecho realidad hace mucho tiempo. Martin urge a la iglesia católica –y, por extensión, a todos cuantos creen en el evangelio del amor– a tratar a los miembros de la comunidad LGBTI con “respeto, compasión y sensibilidad”. Y, a

su vez, pide a la comunidad LGBTI que trate a la iglesia institucional del mismo modo, con esos mismos valores esenciales. Es una propuesta que no debería considerarse “radical” en absoluto».

– *Chicago Tribune*

«Sexualidad, género y religión: una mezcla explosiva. Con este libro el P. Martin muestra como el rosario y la bandera arcoiris pueden encontrarse perfectamente entre sí. Después de este libro de obligada lectura, se comprende por qué *New Ways Ministry* honró al P. Martin con el Premio *Tendiendo Puentes*».

– HNA. JEANNINE GRAMICK, SL,  
cofundadora de *New Ways Ministry*

«Un nuevo libro del jesuita James Martin es como la respuesta a una plegaria. [...] El P. Martin concluye su hermoso libro con una selección de pasajes bíblicos acompañados de preguntas para la reflexión tanto por parte de lectores gais como de sus amigos. Un libro que merece la pena leer».

– PATRICK DUNN,  
Arzobispo de Auckland (Nueva Zelanda)

«Los sorprendentes casos [en los que] Martin se inspira ponen de manifiesto la sutileza de su pensamiento y el tiempo que ha dedicado a pensar en estos temas. Aunque específicamente católico, este recurso, perfectamente asequible, encontrará eco en muchos cristianos que buscan ayuda para atender pastoralmente a las minorías sexuales LGBTI».

– *Publishers Weekly*

«*Tender un puente*, del P. James Martin, describe la “cultura del encuentro” por la que tanto aboga el papa Francisco. Para “tender ese puente”, los de un lado deben dar por supuesta la bondad de los del otro, y viceversa; y unos y otros han

de sentirse movidos por el deseo común de encontrarse en el camino. A la vez que manifiesta su cordial empatía con el sufrimiento que han experimentado los creyentes LGBTI, así como su amor a la iglesia, el P. Martin describe cómo ese encuentro puede ser sumamente fructífero y liberador para los de un lado y los del otro».

– JOHN STOWE,  
Obispo de Lexington

«Sigue siendo raro hoy encontrar en la estructura de la iglesia a alguien – especialmente a un sacerdote católico– que hable abierta y favorablemente acerca de lo que significa ser *queer* [3] y católico a la vez. El P. James Martin constituye esa rara excepción, asumiendo como misión propia el afirmar el derecho de tales personas a pertenecer a la iglesia»

– Vice

«Un estupendo jesuita, James Martin, ha escrito un estupendo libro en el que reta a la iglesia institucional a entrar en diálogo con la comunidad LGBTI. Ello ha supuesto un auténtico desafío para muchos católicos, porque uno no piensa en tender un puente si cree que se encuentra en el lado correcto. Pero es hacia ahí hacia donde tenemos que ir ahora».

– WILTON D. GREGORY,  
Arzobispo de Atlanta

«Si el libro de Martin, con sus reflexiones bíblicas sobre el amor con que nos ha creado Dios y la incondicional acogida que nos dispensa Jesús, puede ayudar a las personas LGBTI y a nuestras familias a experimentar y confiar en la ternura de Dios, habrá puesto la primera piedra del cambio social y de la renovación espiritual».

– *The Washington Post*

«Si piensas que una invitación a tender puentes es decepcionante, porque tú querrías alguna forma de resistencia más beligerante, no te engañes: ser conciliador en este terreno es un tanto delicado y costoso, y el P. Martin, que lleva muchos años tendiendo esos puentes, es bastante más contundente de lo que puede parecer a primera vista. Al igual que el papa Francisco, él sabe que solo acercándonos de veras y entablando relaciones podemos aprender lo que es la misericordia, la cordialidad y el amor al enemigo. Si, y solo si, somos capaces de ser cristianos en esos aspectos, entonces estaremos realmente cerca de ayudar a reparar el escándalo que afecta al corazón mismo de la relación entre los creyentes LGBTI y las iglesias».

JAMES ALLISON,  
autor de *Faith Beyond Resentment: Fragments Catholic and Gay*

«Lean este libro, por favor, si quieren ponerse al corriente de la labor de este eficaz constructor de puentes. Fiel a su condición de jesuita, enmarca estos temas tan complejos en contextos más amplios y desea profundamente que las personas de un lado y de otro se conecten a base de puentes y, como primer paso, se conozcan mutuamente».

REV. MARTIN E. MARTY,  
profesor emérito de Historia del Cristianismo Moderno  
en la Universidad de Chicago

«Es preciso tender el imprescindible puente de doble sentido –dice Martin– desde “el respeto, la compasión y la sensibilidad” que fluye abierta y deliberadamente en ambas direcciones. Su libro desarrolla más concretamente lo que cada una de esas tres virtudes puede significar en dicho diálogo. A medida que examina tácticas, enfoques e incidencias específicas, el libro funciona perfectamente como un amplio examen de conciencia para ambas partes en este enfrentamiento, a menudo doloroso. [...] Es especialmente acertada la imagen de

un puente “de doble sentido”, en la que se reconoce todo ello; y el prerrequisito para tal reconocimiento es la merecida reputación que Martin se ha ganado de respetar, sentir compasión y mostrarse sensible con todos».

– *Commonweal*

«En *Tender un puente*, el P. James Martin insiste en la urgente necesidad de un diálogo sosegado entre todos los católicos y la comunidad LGBTI, basado en la plena comprensión de la doctrina evangélica del amor y el respeto debidos a todo ser humano. Este libro ayuda a toda la iglesia a cumplir el mandato de Jesús de servir a todos no solo sin discriminación alguna, sino con el amor verdadero que merecen todos los hijos de Dios. Un libro sumamente recomendable para parroquias, escuelas y numerosas familias».

– JOSEPH A. FIORENZA,  
Arzobispo emérito de Galveston-Houston

«En demasiados lugares de nuestra iglesia se ha hecho que se sientan incómodas, excluidas e incluso avergonzadas las personas LGBTI. El valiente, profético e inspirador libro del P. Martin representa un paso esencial a la hora de invitar a los dirigentes de la iglesia a atender con más compasión y tener más en cuenta a los católicos LGBTI, que son parte de la iglesia como cualquier otro católico».

– CARDENAL JOSEPH W. TOBIN,  
Arzobispo de Newark

«El atractivo libro de James Martin, modelo de delicadeza y de comprensión, no denigra ni defiende las normas magisteriales de la ética social cristiana., aunque sí se queja, y con razón, de que se apliquen con excesiva selectividad. De hecho, no es este un libro sobre ética sexual, sino sobre eclesiología y sobre teología pastoral. La iglesia es una iglesia peregrina, y su abrazo debe ser inclusivo. Quienes se dedican a labores pastorales deberían adoptar el estilo, propio del papa Francisco, de “encuentro” y “escucha”».

— LISA SOWLE CAHILL,  
*Theological Studies*

## Notas

---

[1] En la edición original en inglés, se emplea la expresión LGBT (*Lesbian, Gay, Bisexual* y *Transexual*). En esta edición española hemos optado por la expresión LGBTI (*Lesbianas, Gais, Bisexuales, Transexuales e Intersexuales*), actualmente más frecuente en nuestro contexto social.

[2] «*Queer*» es una expresión inglesa que significa «raro», pero que se emplea en el lenguaje popular para referirse despectivamente a los gais [N. del T.]

[3] Cf. nota 2.